EDICIONES LIBRERIA SIGLO XX

ARIAS TRUJILLO

DESNUDA



BOGOTA 1942 MEDELLIN

Gabriel Hurtado V.
Biblioteca
Medellín

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Material Documental

RISARALDA

LIBRERIA SIGLO XX
Medellín
Tel. 145-20

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Ediciones Librería Siglo XX

Bernardo Arias Trujillo

RISARALDA

Película de negredumbre y de vaquería, filmada en dos rollos y en lengua castellana.

Segunda edición

LIBRERIA SIGLO XX

Bogotá **Medellín**

Imprimió: Editorial Zapata - Manizales

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

C 863
A 696n L2
1935
Ej. 1

DERECHOS
RESERVADOS

A FRANCISCO JARAMILLO MONTOYA

doy esta cinta del criollaje caldense,
en fe de amistad perfecta.

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

PROLOGO

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Bernardo Arias Trujillo

Amarga fue la vida de Bernardo Arias Trujillo. Cruel y amarga. Había nacido bajo el signo de Saturno, con el estigma de las almas predestinadas. El dolor y la pobreza se dieron cita en su cuna, y no le besó en su frente sino el hada madrina del talento literario que le iba a permitir narrar sus desventuras. Altivo, desdeñoso, desafió con indomable carácter las oligarquías económicas y políticas, cerrándose los caminos del éxito. Su biografía puede resumirse en cuatro líneas; pero el complicado registro de su corazón sigue siendo un enigma aún para sus amigos. En su alma libraban una batalla cotidiana los más opuestos sentimientos. Formado en el seno de una familia patriarcal, de acendradas ideas católicas, desde la más temprana adolescencia empezó a trabajar con peligrosos explosivos intelectuales en el túnel gris de una existencia sin esperanza. El partido político al cual le había entregado el inagotable caudal de su estilo le cerraba agresivamente las puertas del sufragio, y detrás del adalid de las reivindicaciones proletarias alentaba un aristócrata nacido para vivir entre sedas, mimos y perfumes. Su alma insobornable no estaba hecha para los ruidos del mundo. Su tragedia, como la de Demetrio Aurispa en la novela de Gabriel D'Anunzzio, fue no poder tejer su existencia con la fina madeja de sus sueños. Fuera del estrecho y excelso círculo de sus amigos nadie supo comprenderle, y antes de sen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tarse a la mesa se fugó del festín con el orgulloso desdén de sus grandes antepasados románticos.

La ciudad de Manizales no es un meridiano de la cultura en Colombia, pero es un hecho que la potente sinfonía de sus colinas y de sus montes está formada para las almas elegidas. Una fuerza misteriosa liga a sus habitantes con aquel desmesurado paisaje. Lo cierto es que desde sus orígenes, muy recientes, se han venido renovando allí generaciones de políticos, oradores, profesionales y letrados que son clarísimo ornamento de la patria. La facultad dominante de todos ellos es el vigor atlético del estilo. Los manizaleños piensan en voz alta y escriben una prosa vertebrada como sus montañas. En Bernardo Arias Trujillo resplandece todo el genio de la raza. Era el más personal de los escritores de su generación en Colombia, el único que tenía en los gavilanes de su pluma nobleza suficiente para heredar el solio, hoy vacante, de Tomás Carrasquilla. En sus viajes por el sur aprendió a amar lo propio. En un país donde casi todos los letrados son siervos intelectuales de literaturas extranjeras, dóciles cronistas de ideas exóticas, Arias Trujillo se empeñó en descubrir nuestra zona tórrida, nuestras gentes y nuestro idioma. El "criollismo" va adquiriendo ya carta de ciudadanía en la república de las letras. En la sociedad de las naciones nos representan como delegados americanos, José Eustacio Rivera, Ricardo Güiraldes, Rómulo Gallegos. Sólo alcanzan categoría universal las obras regionales: "La Iliada", "La Eneida", "Don Quijote de la Mancha", "Pantagruel y Gargantúa".

Si hablamos del propio idioma es porque el de las dos Antioquias es el castellano. Como lo anotaba Antonio José Restrepo "las gentes del pueblo y de los campos conservan en Antioquia el español que llevaron allí los conquistadores y que muy poco modificaron los colonos en los trescientos años de su encierro e incomunicación en aquellas montañas inaccesibles". Allí se pueden usar los términos vernáculos porque casi todos tienen muy limpia la cuna. Cosa bien distinta fue el idioma nacional que pretendieron fundar los argentinos, abominable brea porteña donde se confunden las germanías de todos los pueblos de la tierra. La reacción contra España, después de la guerra de Independencia, llegó allí hasta el extremo de propiciar la formación de un idioma autóctono, con materiales prestados a todos los continentes. Así pensaban Gutiérrez y Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Tratar de realizar esta empresa fue uno de los grandes desafueros de Rosas. El clérigo francés Luciano Abeille propuso doctoralmente el tema en un libro sobre EL IDIOMA NACIONAL DE LOS ARGENTINOS. Fue entonces cuando Paul Groussac dijo: "La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza. No existe tal idioma argentino en formación. Si tiene, al contrario, un rasgo evidente y plausible nuestra presente producción o reproducción, es el del esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje, es decir, hacia el español castizo".

Más precavidas o mejor orientadas, Colombia, Perú, Venezuela y Chile conservaron intacto el idioma heredado. En estos pueblos se hizo sentir poderosamente el maestrazgo ejemplar de Bello, de Caro y de Cuervo que reemplazaron ventajosamente en América la Real Academia de la Lengua. Hoy está más lejano que nunca el cumplimiento de la aciaga profecía de Cuervo cuando anunció la formación de varios idiomas en el nuevo mundo. Cada día se acentúa más la tradición castiza. En algunos países del continente ocupamos ya los mejores barrios residenciales de "la prodigiosa y díscola ciudad del idioma común", de que habló tan donosamente Capdevila. Alfonso Reyes, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, Espi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

noza Polit, Riva Agüero, Larreta escriben tan buena lengua como sus maestros peninsulares.

Por fortuna la reacción llegó pronto en las propias riberas del Plata. Lugones, Larreta, Gerchunoff, Pedroni, Bernárdez, Mallea, escribieron y escriben allí en limpia prosa castellana. Cosa idéntica está sucediendo desde el Golfo de Méjico hasta el estrecho de Magallanes, evitando la formación de varios idiomas, lo que sería la disgregación espiritual del continente. Mejor que las conferencias internacionales la unidad del idioma congrega a las naciones del Nuevo Mundo.

Es claro que los idiomas se van formando y enriqueciendo por aluvión, con el poderoso caudal que les prestan otras corrientes extranjeras. Los viajes de Herrera, de Garcilaso, de Cervantes, la invasión morisca, la batalla de Lepanto, las Cruzadas, el Imperio de Carlos V, el desborde de los tercios castellanos por la Europa católica, el descubrimiento de América, poblaron de vocablos exóticos el viejo romance de don Alfonso el Sabio y de Gonzalo de Berceo. Pero este comercio, para que sea legítimo, debe estar regido por la celosa jurisprudencia de los escritores príncipes. Los jornaleros de la pluma, utilizando sin discernimiento la jerigonza plebeya, deforman y destruyen la clásica arquitectura labrada por los siglos. Las conquistas están siempre permitidas. Lo reprobable es la claudicación y la entrega.

Bernardo Arias Trujillo empleaba, sin escrúpulos, innumerables vocablos bárbaros, extraídos de la jerga cosmopolita, pero felizmente conservaba la sintaxis clásica. Su novela "RISARALDA" es un abundante manantial del idioma. Sabía encontrar el término exacto y adecuado para cada cosa, y cuando no existía lo creaba.

Arias Trujillo dominaba el idioma con aquel absoluto señorío con que el legendario Juan Manuel Vallejo de su novela sometía potros ariscos, toros salvajes y mujeres

desdeñosas. Su sintaxis es variada y desenvuelta. En "RISARALDA" se utilizan provincialismos de Antioquia y del Valle del Cauca, y la guturación de los negros porteños, sin abandonar la clara linfa del idioma materno. Pero un lector forastero encontrará aquí dificultades casi insalvables. Como epílogo no hubiera sobrado una serie de papeletas lexicográficas, ya que esta novela por su vigor y por su estilo, será leída en breve por los públicos cultos de Lima, de Caracas, de Quito, de Santiago, de Montevideo y de Buenos Aires. Por derecho propio "RISARALDA" es una obra continental.

El Valle de Risaralda es uno de los sitios más encantadores del mundo. Lo afirmamos sin conocer, como diría Suárez, más río que el de la patria. Pero no es posible pedirle más a la naturaleza. Bajo la plenitud azulosa de un cielo clemente se extiende el vallezuelo paradisiaco, sombreado de palmas y tachonado de písamos. Hasta la lejanía disuelve el horizonte el irrefutable verdor de sus campos. Orgullosa la tierra ostenta la suave ondulación de sus colinas, mientras ríos de melodioso nombre acarician golosamente sus contornos. El Puerto de La Virginia domina soñadoramente el paisaje, con sus calles alegres, soleadas y breves. En torno suyo medran las grandes haciendas de la comarca. Portobelo, Balsillas, San Gil, San Francisco, Bengala, Pozo Rubio. Portobelo fue la fundación matriz. La casona antigua está situada entre el Risaralda y el Cauca, vigilada por árboles de sombra benigna. "Abajo de la casa, escribe Arias Trujillo, cerca a los cacaotales de Pacho Mena, hay un písamo solitario, que permanece florecido casi todo el año. Llega un momento de floración tan completa, que sus hojas desaparecen totalmente, y sólo se ve un inmenso árbol incendiado de corolas lacres. Por la tarde, atraídas por la belleza cromática del písamo acuden a tertuliar en sus ramos millares de garzas excursionistas, uniformadas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de blanco, como enfermeras. Y los ojos se extasían cuando ellas se posan sobre el árbol y en menos de un minuto queda éste palidecido por el plumaje garcero. Entonces lo que antes era un árbol en llamas, ahora se ha convertido en una pirámide de nieve, como un nevado surgido milagrosamente de la verdura juvenil del pasto". Así era hasta hace cuatro años. Pero una de las avenidas del río Cauca sepultó entre sus aguas este altar pasionario. Las garzas se han dispersado hacia otros ramajes amigos.

Es una alegría de los sentidos, un embeleso de los ojos y una fiesta del alma, contemplar desde un altosano que hace la carretera, este encantado paraje. Entonces sólo es posible pensar en los sitios privilegiados de la leyenda, en el jardín del paraíso, en los bosques perfumados de la Lombardía o en la tierra que pisaron sus plantas. Espontáneamente brotan en los labios aquellas estrofas de Jorge Isaacs, colmadas de infinitas añoranzas:

"Soñé vagar por bosques de palmeras . . . . "

La obra de Arias Trujilo es la titánica epopeya de la colonización de este valle, realizada hace cuarenta años por don Francisco Jaramillo Ochoa. La primera parte de la novela sería inverosímil si no fuera exacta. Antes que un relato criollo, es la descripción caníbal de un "Packing-House" humano. Hay escenas horripilantes, como la de Esteban Rodas, negro maula y bandido, que parecen la pesadilla de un verdugo. Una mañana de mucho sol, para calmar el llanto de una de sus hijas menores, el salvaje la fue haciendo tajaditas menudas como hostias sobre la corriente del Cauca. Y allí está Juancho Marín que lanza al viento la cabeza mondada de su adversario en arras de desposorio con una negra de "Sopinga". Pero lo extraño es que el autor no ha inventado nada. Todo sucedió como él lo cuenta. Hay numerosos testigos de cada uno de los

episodios narrados. La colonia negra de La Virginia, en los tiempos novelados por Arias Trujillo, pertenece a los más oscuros fondos abisales de la selva americana, mundo repugnante estancado en el tercer día de la creación, para usar la frase del Conde de Keyserling. El hombre, criatura divina, formada en el sexto día del Génesis, es aquí un sér exótico, odiado por la naturaleza vegetal y por los animales de sangre fría. Orquídeas, sapos, culebras, negros de Africa se pasean allí como en su mundo propio. Todo aquí es "selva hirsuta con árboles consulares de grandes ramazones, que forman naves extensas y oscuras, por las cuales erraban fieras y bichos de todo pelambre y veneno, atrincheradas en su salvajía para oponerse al zarpazo del hombre. Lo que no era montaña densa y tupida, eran esteros de agua putrefacta, sobre los que anidaban millares de huevos de mosquitos transmisores de la malaria, y fiebres perniciosas y amarillas. Las pampas húmedas hervían de zancudos y anofeles y sus profundidades inconmensurables eran difíciles de domar porque estaban formadas por parches de greda pegajosa y de agua pútrida de fácil hundimiento y trágica salida, pues frecuentemente se tragaban hombres enteros sin dejar huellas de su antropofagia y ferocidad. La selva era una encrucijada de bejucos y parásitas, ramas caídas y doblados leños que opilaban a cada paso el tránsito del hombre. Millares de orquídeas de lujo lucían sus instalaciones cromáticas bajo los árboles y devengaban del presupuesto de sus gajos, chorros de savia vivificadora. Las tinieblas rondaban en torno, a causa de que las arboledas especísimas se abrazaban a la altura de las copas formando bóvedas de eternas noches en plena claridad del día. El sol no bajó nunca hasta las raíces milenarias, y toda la montaña era silenciosa al alba, por las tardes poblada de rumores trágicos, y por las noches de supersticiones y de rugidos salvajes. Bajo la cúpula de los árboles, en las horas de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mayor mutismo, se escuchaban los latidos incesantes de una naturaleza en gestación y el hervir de las vidas vegetales en perpetua lucha".

El poder descriptivo de esta página alcanza los mejores trozos de la literatura americana. Allí se siente un mundo en creación, donde las primitivas fuerzas terrestres viven en perpetua lucha, y donde crecen como bestias los hombres llamados a dominarlas. Esta naturaleza es melancólica y asesina. Nicolás Montilla, Esteban Rodas, Juancho Marín, todos los negros de "Sopinga" se contagian de la selva: por eso cortan cabezas, sacrifican a sus hijos, se abren el vientre teniendo un poncho como anfiteatro y se sirven de un folklore nostálgico y lujurioso.

La primera parte de la novela es exclusivamente descriptiva: tablado, decoración, danzas, acuarelas. Los personajes están incrustados en el paisaje, o mejor, éste es el principal protagonista, como en "El Jardín de Berenice" de Barrés o en "Brujas la Muerta" de Rodenbach. Abundan descripciones majestuosas donde el estilo juega limpio como la pura gracia del día. La tierra sonríe en sus palmas, en sus guaduales y en sus pisamos. Las barcas dormidas ruedan a la caricia de las aguas. Allí conoció Juan Manuel Vallejo a Carmelita Durán, virgen de ébano, corazón ardiente, rayo ustorio capaz de calentar el Valle de Risaralda después del diluvio. Juan Manuel se fue tras el olor de sus aromas. Este amor, arrancado al mundo del placer, es el romance de la obra, pero no alcanza a hacer de ella una auténtica novela. Sin embargo, el nombre de Bernardo Arias Trujillo está eternamente ligado a la Sulamita porteña. La Canchelo es el Valle de Risaralda humanizado por el hombre blanco. El intermedio donde la canta el insigne estilista, con toda la fuerza de sus amorosas ternuras, es una de las páginas mejor logradas

de la literatura colombiana. Sólo le falta el sortilegio de la rima para ser imperecedera.

¿Y qué americano no ha vertido en la copa de sus deleites el alcohol diabólico de una boca morena, destilada en los alambiques del placer? "Morena eres ¡Oh Hija de la Selva! porque de las canteras de la sombra fuiste creada y con bloques nocturnos esculpida. La noche es un pleonasmo cuando ella cubre tu desnudez recóndita. El cutis felino de tu cuerpo tiene la color oscura de los matules de tabaco sobre el caney del tambo, y es tu cabellera humo de cremada mirra, valle de charol tus mejillas púberes, dátil tostado por las resolanas tu vientre invicto, y todas tus gracias de sacerdotiza embriagan y enloquecen a los hombres como un vino turbio de hechicería. Eres ardiente como las quemas que hacen los campesinos el día de la Candelaria, para sembrar maizales.... Bendita seas, mozuela de manigua, talle de bambú, orquídea del trópico. Canchelito Durán, retoño de la gleba, la de altivos senos en botón, con lisuras de mangos bien maduros y curvas aterciopeladas de entrega, redondos y suaves como los flancos morenos de las tinajas donde se guarda el agua fresca de la casa. Loada seas, virgen de gutapercha, Venus de tinta china, de carnes tensas y firmes como el arco de la cervatana al disparar la flecha. Toda tú estás llena de gracia, por tu salvaje maravilla, por el ardor ecuatorial de esa tu grupa fértil, por las hogueras de tus ojos caníbales y por tu ondulado caminar de ola. Muchacha de betún, Belkis trigueña, estatua antigua, hija de la sombra, ritmo antillano, tanagra de carbón, virgen de luto: en la opulenta geografía de tu cuerpo de doncella, hubiese acampado con ardor un ejército de varoniles guerreros, y en las dos colinas de tus senos concisos, erigido sus banderas vencedoras".

La Canchelo es el capitoso aroma del Valle de Risaralda. Hay que verla recortada sobre el río, en las tardes

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

brujas o bajo el ardor de la canícula. No es posible amarla sino sobre la yerba fresca, confundida con los recentales y con las plantas aromáticas. Esta muchacha pintona travesea por toda la comarca, está en la colina donde se eleva la casa de San Francisco, en la corteza de las frutas, en la mejora de Pacho Mena, en la movible sombra de las palmeras; es el viento que silba en los cañaverales, el río de serpentino curso. Juan Manuel Vallejo la amaba con su amor de vaquero, por arisca y desdeñosa, potranca difícil de domar, cambiante fulgor de terciopelo, lomo bravo que no se rindió sino a la muerte.

Juan Manuel Vallejo pasa por el valle de Risaralda veloz y fulgurante como un meteoro. Es el hijo pródigo de casi todos los hogares antioqueños, que siente la necesidad de "irse", que ama el aguardiente de caña, el vagabundaje, los toreos de plaza, el juego, el viento áspero, los itinerarios desconocidos y los amores peligrosos. Y muere en una tarde de tempestad, firme sobre su silla chocontana, arrastrado por las astas bravías de una fiera indomable. Este episodio está narrado con la severa majestad de las hazañas homéricas. Es una página que hubiera envidiado Sarmiento.

Todo el libro está compuesto de auténticos poemas en prosa. Una antología colombiana sería ya incompleta sin el canto al bambuco, al machete, al poncho, al tiple, los libertadores del alma criolla. Para hacerlos más nuéstros, Arias Trujillo, que sentía hondamente la patria, llevó la genealogía de la música indígena y de nuestras prendas regionales hasta Boyacá y Ayacucho.

A la segunda lectura, después de siete años de publicada, nos hemos encontrado con una obra casi desconocida. La muerte de su autor nos permite juzgarla ya objetivamente, sin los amores y sin los odios que acribillaron su vida. "RISARALDA" no es sólo una gran novela colombiana, sino una de las adquisiciones definitivas de

la literatura en América. Así va a atestiguarlo esta segunda edición, hecha por la librería SIGLO XX, y realizada por la amistosa fidelidad de Arturo Zapata. No hay mausoleo, no hay cenotafio, no hay monumento fúnebre, comparable a esta gran obra.

Posteriormente a "RISARALDA" Bernardo Arias Trujillo vertió al castellano "LA BALADA DE LA CARCEL DE READING", aquel extraño poema donde Oscar Wilde exprimió hasta las heces las viñas de la desolación. Es un hecho que Arias Trujillo no conocía los secretos del habla inglesa y que su traducción está destinada al pozo del olvido. Aquilino Villegas la enjuició en una página de alta crítica y Guillermo Valencia la llevó a la guillotina. En todo caso comparecer ante tribunal tan excelso es honor reservado a los príncipes de la lengua.

Arias Trujillo siguió madurando como escritor y como artista. Su prosa se fue volviendo clásica. En 1938 coleccionó en un libro ilustre —"DICCIONARIO DE EMOCIONES"— sus páginas de crítica y sus "RETABLOS BOLIVARIANOS". Esta obra es un cofre de sándalo. El estilo adquiere aquí una musicalidad nueva, el idioma se depura y la encantada zampoña preludia las misteriosas confidencias del alma. A través de los hombres y de los paisajes nos iba entregando su propia existencia desgarrada. No era mucho lo que sabía de los escritores que comentaba, pero en cambio sí conocía su propio mundo interior y nos presentaba su corazón puesto al desnudo. Sólo a este precio la crítica tiene un valor artístico. En otra forma es vil policía del idioma o mecánico acarreo de materiales ajenos. Lo que menos importan son Lope de Vega o Fernando Crommelynck o Marcelo Proust. Utilizamos un autor exótico para proyectar sobre el mundo la sombra de nuestros dolores, las caladas inquietudes, los afectos soterrados. El verdadero crítico no redacta sino páginas sueltas de un diario íntimo. Goethe afirmaba que toda su obra no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

era sino fragmentos de una gran confesión. Así todo lo escrito es poesía. En el "DICCIONARIO DE EMOCIONES" hay muchas cartas de amor. Lope de Vega o García Lorca no son sino los galantes mensajeros de ellas. Algunas de sus frases surgen tras un velo de lágrimas. Arias Trujillo tenía el mal del siglo, era un sobreviviente de la gran familia romántica, lo dominaba la pasión del análisis. ¡Cuántas tempestades agitaron su alma!

En la obra de Arias Trujillo sobresalen los "RETABLOS BOLIVARIANOS". Así quisiéramos ver narrada totalmente la vida del Padre por un biógrafo apasionado. Nada de documentos, de mensajes, de batallas. El genio no es sino un hombre que ama, sueña, sufre, que en medio de las tormentas del foro, en el vivac del campamento, redactando arengas o poemas, suspira por la caprichosa geometría que dibujan las tibias venas sobre un cuerpo de marfil y de oro. "Si yo supiera los nombres de esas damas egregias que se le ofrendaron en la Magdalena como piñas en sazón, escribiría un manifiesto en honor de sus ojos que yo quisiera azules como el mar del Callao y sinuosos como el Rimac o la diplomacia de Torre Tagle". Toda la grandeza de Bolívar está en la fuga de los agasajos palaciegos, después de sus victorias olímpicas, para reclinarse en "el refugio de la fatal belleza". La verdadera libertad no tiene que ver nada con las leyes, ni con las formas cambiantes del estado; es la soberanía interior, el valor de cada uno para vivir su propia vida.

Las veleidades del destino llevaron a Bernardo Arias Trujillo a la judicatura. El Juez seguía siendo un poeta y un artista. En el polvo de los archivos por donde paseó su impaciencia investigadora hay vetas de oro fino. Entre ellas una página sobre "los paraísos artificiales", de hondo sentido autobiográfico. No encontrando en la tierra sino desolación, quería asomarse al mundo del ensueño por la ventana de los estupefacientes, como Baudelaire,

como Tomás de Quincey, como Gerardo de Nerval. "Embriagaos de algo: de vino, de amor, de poesía", era el inexorable mandato. Recuérdese el grito desgarrador de Tomás Quincey, de regreso de los paraísos del opio: "Podemos mirar cara a cara la muerte; pero sabiendo, como algunos de nosotros lo saben hoy, lo que es la vida humana, ¿quién podría mirar de frente, sin estremecerse, la hora de su nacimiento?" No fueron más amargos los alaridos del atormentado de Idumea.

Arias Trujillo fue un alma desolada y ardiente que se estrelló contra el placer, "ese verdugo sin misericordia". Su vida desordenada, sin brújila, no le permitió darse una formación filosófica. Pero es indudable que estaba afiliado intuitivamente a la secta de Epicuro, el dulce filósofo que estableció la voluptuosidad como el soberano bien, y cuya doctrina, según el testimonio de Diógenes Laercio, tenía, por así decirlo, el hechizo de las sirenas. Y como buen epicúreo fue en estética un hedonista, discípulo de Oscar Wilde y de su maestro Walter Pater, cuya escuela pudiera ostentar esta divisa: Mientras todo se hunde bajo nuestras plantas, ¿qué podemos hacer mejor que unirnos a todas las cosas fugitivas, que parecen prolongar, por un instante, el horizonte de nuestra existencia: colores extraños, sonidos raros o el rostro de una amiga? Su predilección iba hacia los espíritus refinados y sensuales que pretendieron hacer de la existencia una kermesse de inflamadas alegrías: Petronio, César Borgia, Oscar Wilde, Huysmans, Jean Lorrain, Gabriel D'Anunzzio o el Marqués de Bradomín. Su concepto del mundo lo compendió en este aforismo: "Gozo, luego existo".

Orgullosamente desdeñó todas las normas y con idéntica inquietud voluptuosa se paseaba por las cumbres o se hundía en los abismos. En su cerebro se enroscaba la ponzoñosa serpiente del deseo. Amaba las ciudades cosmopolitas, los puertos rumorosos, la loca alegría mundana y el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

íntimo silencio de la alcoba. Tenía perfil mefistofélico, mirada de ave de rapiña y blancas manos gentilicias. Sus tormentas interiores fueron titánicas, y cerró sus ojos, en un día de marzo, bajo la advocación de la Eutanasia, la diosa de la buena muerte. Durante la serena y prolongada agonía se hizo leer de uno de sus amigos predilectos el diálogo donde Platón nos ha narrado la muerte de Sócrates, en el estilo de las cítaras. Después de haber agotado todas las emociones humanas, se marchó altivamente, repitiendo el verso de Baudelaire:

"Entremos en lo ignoto para encontrar lo nuevo."

Murió a los treinta y cuatro años, en la creadora plenitud de sus días, desgarrada la planta por los guijarros del camino y ardida la sien por sueños inmortales. Sobre su mesa de noche estaba la verídica aventura de Cristóbal Colón, relatada por Jacobo Wasermann, y en la página abierta esta frase sugestivamente subrayada: "Nunca supo quién era; sólo supo quién quería ser". Su obra está llamada a perdurar porque tiene el soplo potente de la vida.

No hay que deformar su existencia adornándola falsamente con virtudes que no tuvo. Fué un artista. Y esto es bastante para su gloria.

SILVIO VILLEGAS

Movietone

1

"Hay que tener el valor de hablar como hombre y no como "artista". Hay que sacar elementos del fondo común de todos, y servirse, sin ruborizarse, de las formas usuales que los siglos han marcado con su huella y que están llenas de su alma".

"Hablas a todos, debes pues, usar el lenguaje de todos. No hay palabras ni nobles ni vulgares; no hay estilo limado ni impuro. No hay más que lo que dicen o no dicen, o no expresan con exactitud lo que tienen que decir. Pón tu alma entera en todo lo que piensas, y siénte, lo que sientes. Sigan tus escritos el ritmo de tu corazón. El estilo es el alma". .

ROMAIN ROLLAND

("Juan Cristóbal". — "Las Amigas")

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Para vosotros, negros litorales y mediterráneos de Colombia, es este libro saudoso de elegías, que es como un canto llano, como un responso fraternal y colombianista a vuestra estirpe moribunda.

Ninguna, como la vuestra, fue raza más perseguida y atormentada: en galeras de martirio llegásteis a estas playas de Colombia y con sudor de vuestras sienes y gotas de vuestra sangre se regaron los flancos de la geografía patria. Y cada piedra de nuestros puentes, cada ojiva de nuestros palacios, cada ladrillo de nuestros muros, bautizado está con llanto de vuestras pupilas extranjeras.

A millares moríais en vuestras obras de portento, y eternas son, porque las ajustásteis con amalgama de dolor, con ese cruel cemento fabricado con aguas de vuestras lágrimas y cal de vuestros huesos. Por eso, porque con mezcla de tortura y partículas de alma fueron construídas, ahí están, ilesas a los zarpazos del tiempo, que nada puede contra vuestra inmortalidad acusadora.

Por cada grano de oro de nuestras minas, blanqueó un hueso de vuestros antepasados en los túneles que tienen la misma color de vuestros rostros. Porque de mármol negro estáis formados y con cincel de oprobios esculpidos.

Vuestras madres, instrumentos de placer las hicieron los amos para sus goces no más. Y ya, cuando sus gracias fallecían, a la piara de esclavitud fueron enviadas, para purgar con duro trabajo, los minutos eternos de voluptuosidad que procuraron.

Raza adolecida y paria, conmueve vuestra agonía, y es trágica vuestra extinción, ante la horda blanea que todo lo conquista y acapara, y somete a sus apetitos groseros. Carne de fusiles fuísteis en nuestras guerras de hermanos, pasto de comicios sois en nuestras riñas electorales y maderos de trabajo siempre, para nuestro usufructo. Vosotros conocéis toda la escala cromática de la pesadumbre.

Por cada cruel azote del amo, vosotros devolvíais un cantar, un ritmo nuevo, una copla de amor. Y cuando la patria os entropó como bestias de combate, a la trinchera fuísteis, a defender un suelo que no era vuestro, porque en él no nacieron los abuelos de azabache y porque habitado estaba por hombres que no eran vuestros hermanos.

En Maracaibo, Padilla ilustró vuestros blasones con actos de historia antigua que son la mitología de nuestros mejores hechos. Leonardo Infante, galopó sobre las aguas del Magdalena, como un dios marino, cuando le faltó tierra para ejecutar hazañas. ¡Y Colombia os pagó la fábula, llevándoos maniatados y heridos al patíbulo vergonzoso de los malhechores!

Raza mártir y padecida: son para vuestros vástagos estas saudosas cláusulas de elegía, como un responso fraternal y colombianista, y como un canto llano a vuestra grandeza moribunda.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Es un film 1935



UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

RISARALDA

Argumento y adaptación de .... Bernardo Arias Trujillo
Operador y editor ..... Arturo Zapata
Decoradores ..... El Trópico y el criollaje
Marco de los sucesos ..... El Valle de Risaralda.

— Película escrita en español y hablada en criollo. —

REPARTO:

MUÑECOS PRINCIPALES

Una negra protagonista..... La Cancheio
Un vaquero mayordomo ..... Juan Manuel Vallejo
Primer vaquero ayudante..... Angel, el morenito
Segundo vaquero ayudante..... El negro Desiderio
Un bambuquero de ley..... Juancho Marín
Una dueña de fonda..... Pacha Durán
Un cuatrero famoso..... Víctor Manuel Restrepo
Un ayudante del cuatrero..... Pedro Antonio Escobar
Un trovador de travesía..... Víctor Manuel Londoño
Un comisario mayor ..... Pedro Juan Ramírez
Un músico mayor..... Vicentico Martínez.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

COMPARSAS DE MUÑECOS MINIMOS:

Fondistas, cuatreros, bandidos, gendarmes, negros, negras, lavadoras, mestizos, zambos, mulatos, criollos, blancos, tahúres, amansadores de caballos, bambuquistas, chismosos, vaqueros, arrieros, peones, guapos, trovadores, versiadores, frailes, colonizadores, reseros, paisas, contrabandistas, prófugos, comadres, etc.

AFFICHES DECORATIVOS:

FONDO PARA LA FILMACION Y SINCRONIZACION: El llano de Risaralda, el puerto de La Virginia, la Cordillera de los Andes, los ríos Risaralda, Cauca y Cañaveral. OBJETOS ORNAMENTALES: Ruanas, ponchos, buques, canoas, machetes, monturas, tiples, guitarras, bandolas, requintos, maracas, guaches, chuchos, clarinetes, tamboras, redoblantes, aguardiente, potros, bambucos, torbellinos, guabinas, currulaos, potreros, ganado, murgas, tabacaleras, etc.

Primer rollo:

Tablado, Decoración, Fondo, Paisaje, Coros, Affiches, Danzas, Acuarelas y otros motivos ornamentales.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

1

Valle anchuroso de Risaralda, valle lindo y macho que se va regando entre dos cordilleras como una mancha de tinta verde. Llanura de dulce nombre, que de tan serlo se deslíe en los labios como un confite de infancia y al pronunciarlo se oyen puntilleos de tiple guerrillero y sonajas de bambuco parrandista.

Llano esmeraldino y fanfarrón como un cadete de primeras armas, prado caldense donde la vida es sabrosa, el sol bueno, y el agua clara; vallecito que tiene la epidermis y las colinas acribilladas de palmeras, mansos ríos que acunan los guaduales soñolientos, en cuyas orillas hay hembras sensuales de ondulado caminar, como las samaritanas, y unos mocetones pendencieros que echan al dado la vida, porque las mujeres les digan guapos.

En el principio era la selva. Era en el principio la selva inmensa, silenciosa, poblada de misterio y de osadía. Los siglos rodaban sobre el lomo del río al vaivén de las aguas, y los robustos árboles tutelares, coronados de orquídeas, como dioses, presenciaban taciturnos el desfile infinito de las centurias.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Nadie había pisado la montaña con pagano pie, y el vasto mutismo vegetal no soñó nunca con el trueno demoledor de las hachas implacables. Apenas, el cutis morenito de la tierra había sufrido la pezuña de la bestia, o el rasguño del ave vagabunda. Como en la noche del génesis, los ríos se desbordaban por cauces naturales, las fieras dormían sus siestas en las playas, confiadas y pacíficas, y el sol cumplía democráticamente su itinerario de luz, cada mañana, lo mismo para los esteros ruborizados de garzas, que para los penachos marciales de los árboles abuelos. Sus rayos equitativos alumbraban por igual los ojos fúlgidos del tigre y las pupilas muradas de mansedumbre de las palomas; y todo el valle era feliz porque esa tierra doncellona no había sido violada aún por las sandalias de los hombres.

Pero un día, un negro desvirgó la pubertad de la montaña. Vino, caballero sobre una balsa, en gitano errabundaje, huyendo de la guerra civil, y allí plantó su tienda, absorto ante este valle de dicha, abrigado por dos cordilleras y ceñido por dos ríos fraternales.

Por un lado, el Cauca, marchaba silencioso, rumbo al Magdalena, y por el otro el Risaralda, filosófico, discurría entre una avenida de encendidos písamos. Los cacaotales de ambas orillas perfumaban la selva y abrían sus mazorcas rosadas para mostrar sonrisas de miel silvestre y aromas regaladísimas.

Salvador Rojas, allá por el año cincuenta quizás, edificó el primer rancho y tomó posesión y soberanía del valle. Luego fue a Cartago a participar el descubrimiento de Canaám y a traer compadres del negrerío para fundar el villorrio.

Con varios negros aventureros y alebrestados se vino Salvadorcillo, trayendo, capitán general, al Maestro Agustín López, arquitecto de ocasión, carpintero de oficio, albañil a veces y hasta cantor en horas de vacancia.

Este Agustinejo fue el primero que construyó un tambo de habitación a orillas del Cauca, y en riberas del Risaralda hizo unos cuantos para alquilar a la negredumbre.

Diez o doce andarines de ébano se reunieron allí, anclaron sus ensueños en tierra tan querendona, y nombraron el lugar **"Sopinga"**, apelativo sonoro, muy bien puesto, de sabor negruzco y fácil deletreo.

Eran todos ellos unos ginesillos sinvergüenzones, unos avispados cojuelos de rompe y rasga, una alegre canalluza de guerras civiles, morralla de guerrilla, contrabandistas de profesión, atorrantes y perdularios, amigos de entreveros con autoridades y alguaciles, aficionados a correrse sus vidrios y a hacer firuletes con la "peinilla" a los prójimos que no les eran simpáticos. Menos hábiles para el trabajo que para la pesca y caza, curtidos por el sol, con una briosa y sólida arquitectura muscular, solían hacer sus faenas con lentitud africana, porque más confiaban en la providencia de la tierra que en la fuerza de sus brazos, brillantes de charol y de molicie.

A esas zonas llegaron por derecho de aventura y de conquista. Aunque no habían sido holladas por planta humana, dueña tenían y lo era doña Hersilia Sánchez, que las hubo por herencia desde el coloniaje. Pero esta mujer, inambiciosa y desprevenida, permitió la ocupación de hecho y toleró que los negros se adueñaran de una parte del rico latifundio.

A poco cundió noticia entre la mulatería caucana, la negranza de Marmato y el zambaje de Antioquia, de la querencia fundada para ellos en el vértice de los ríos Cauca y Risaralda y allá afluyeron hasta formar talvez dos centenares.

Así, en esa encrucijada, surgió Nigricia con toda su libertad y tragedia, rebelde y descontentadiza, evasión de las tiranías blancas, tierra libre y fecunda en donde

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la "autoridá" no podría hacer sonar los rebenques sobre las negras espaldas, padecidas de tanto trabajadas.

El mulato Pioquinto Franco y Pedro Salazar empezaron cultivos de tabaco y a elaborar un delicioso aguardiente de contrabando, al mismo tiempo que cultivaban cacao para llevar a los abajeños de Cartago.

Estas gentes estaban incrustadas en la selva y no conocieron trochas, atajos, ni caminos. El único vehículo era la canoa, que echaban sobre el agua, camino del mercado cartagüeño, a donde llevaban cigarros hechizos, aguardiente contrabandeado, cacao seco y algunos animalejos montaraces. El zambaje regresaba, al amor del agua, con panela, mecha amarilla, zarazas y muselinas de vistosos colores y poco precio, para el mujerío de Sopinga.

La plaza de mercado era el propio Cauca, en cuyas aguas mecíanse infinidad de canoas y balsas repletas de abalorios, de frutos y de cacharros. Los compradores se adentraban en barquitas ágiles, que se movían obedientes como bestezuelas domésticas, por todos los claros del río.

Vida tranquilaza la de estas gentes huidizas. Los hombres, cuando estaban de pascuas, es decir, con el humor menos agrio, salían a cazar, y a la hora del ángelus presentábanse con lindas piezas peleadas con bravura: uno traía guagua, otro venado, lancho éste, aquél un zaino, quién un guatín apetecible, y el más machito, un compadre tigre cazado mano a mano en brutal riña, para vender en Cartago su preciosa piel cribada de manchas amarillas y negras de sensual terciopelo. Otros, aparecíanse con buena pesca de jetudos, biringos, bocachicos y bagres de carnes muy blanduchas y exquisitos sabores.

Pero casi toda la semana, los hombres pasábanse las horas del día al pie del rancho, bajo sombra de árbol, desnudos entre la hamaca, fumando cachimbas de tabaco de buen humo y mejor aroma, en tanto que las negras trabajaban como burros en quehaceres de casa y lavando ropas a la orilla del río.

Los sopingos eran gentes rascapulgas y quisquillosas, de una erudita barbarie. Malgeniados, la riña era su diversión y un hombre hacíase despreciable si alguna vez había sido derrotado o no había cometido siquiera un homicidio.

La mayor parte de ellos, tenían tela cortada con la policía e incurrieron durante las guerras civiles en toda clase de infracciones y delitos. Sopinga fue la ínsula escogida para aterrizar allí pícaros y perdonavidas de costumbres bárbaras, que emigraron de los centros urbanos con el fin de hacer de las suyas bajo el sombrío de una selva inaccesible a la pezuña del blanco.

Una muralla densa de mosquitos, zancudos y de cuanto bicho hace del europeo un pobre estropajo de cementerio, se coaligaban para oponerse a su conquista, y en cambio, el boscaje abría puerta franca al negro, cuya piel rechaza naturalmente todas las plagas que a los hombres civilizados destruyen y envilecen.

Ya llevaban algunos años de residencia los atrevidos negros, en la jungla ardiente, sin que se les molestase. Sin embargo, el menos pensado día, las autoridades de Cartago, en vista de que acrecían las noticias de riñas y de asesinatos semaneros en el recién nacido villorrio, enviaron un piquete de policía y un corregidor enérgico para poner paz, garantizar vidas y hacer sentir a la negrocracia la fuerza de la ley.

Olimpo García se llamaba el señor Corregidor y habitante fue un tiempo de la naciente Sopinga. Allí tuvo compadres y amigos, convivió con ellos, fue querido y respetado, y esta circunstancia motivó su nombramiento. En Cartago conocían la índole vidriosa de los sopingos, y por eso trataron de acertar, enviando a Olimpillo, un mozuelo de jarana y de peinilla, con vinculaciones en el case-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

río, todo esto con la esperanza de que fuese acatado por los ariscos habitantes.

El corregidor olímpico fue recibido, apesar del cariño que le tenían los negros, con una rechifla de duración, que amostazó lo suficiente al representante de la autoridad.

Desde que lo divisaron a unas cuadras de distancia, sabedores de la misión que traía, los vecinos se revolvieron y encamináronse al encuentro del Corregidor, protestando por la intromisión de los blancos en sus asuntos. Y como el señor Corregidor les explicara que venía a dar garantías, a proteger las vidas ciudadanas y a hacer obedecer la ley, Juancho Marín se le requintó frente a frente, diciéndole:

—Mire compadre: agradezca que usté es de los nuestros, porque de lo contrario, ya nos lo habríamos embutido de una mascada, como sabé que hay uvas.

—Pero compa, —repuso el Corregidor— si yo no vengo a lamboniarlos sino únicamente hacer respetá la autoridá . . . .

—Qué autoridá ni qué pan caliente! O se larga ligero de esta tierra, o nos lo embodegamos mientras se persina un fraile. Aquí no se li ha tocao cacho a naides para que se metan de acomedidos . . . .

Y esto diciendo Juanchito Marín, el más guapetón de la tribu, se le abalanzó a don Olimpo García, le agarró el bastón de mando, lo volvió picadillos a machete y los arrojó con gesto despreciativo a las aguas del Risaralda.

Con esta ceremonia, la ciudadanía de Sopinga, quería decir que no aceptaba autoridades emanadas de blancos y que deseaba regirse libremente, a su manera.

El buen Olimpo García, que conocía el almendrón y estaba al tanto de la índole de sus compadres, adhirió a los negros, renunció el cargo, hizo saber a las autoridades de Cartago la irreductible idiosincrasia del nuevo villorrio y se quedó a vivir con sus amigos de otros tiempos.

La policía, con la ayuda del propio Corregidor, fue desarmada, apaleados los gendarmes, devueltos con maneas y teñidas las caras de achiote y de carbón, para que al llegar a Cartago, las autoridades se dieran cuenta de que se habían puesto en ridículo y que todo sería inútil para someterlos.

Entre tanto, los sopingos quedáronse con su compadre Olimpo, lo atendieron con largura, reintegráronlo a la cimarronería del puerto, y todos celebraron la pordebajeada que se había dado a los afuereños alguaciles que intentaron turbar sus costumbres, usos, tradiciones y existencias.

Así, dentro de una órbita de rebeldía, sin más ley que sus instintos ni otra autoridad que la fuerza del más guapo, fueron discurriendo los primeros años de Sopinga, la aldeíta criolla que en el vértice de dos ríos edénicos, fundaron Salvador Rojas y el Maestro Agustín López, arquitecto y albañil, trovador y juerguista, quienes imprimieron al pueblaco sus personalidades cambiadizas, arisconas y resueltas.

Gabriel Hurtado V.
Biblioteca
Medellín
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

2

El amor libre era de muy buen recíbo entre los habítantes risaraldinos de Sopinga. Las negras tenían un natural modoso y sumiso, pero era un misterio saber si en realidad amaban a sus hombres. Obedecían ciegamente a los varones y éstos las trataban con rudeza silvestre.

Cuando se retardaba un poco en acatar sus órdenes, el negro agarraba por las mechas a su hembra, ceñíala contra sí, doblábala como un junco del monte, y mientras le alzaba las vistosas enaguas con una mano, con la otra le daba en las nalgas, hasta una docena de "planazos" descargados con la hoja fulgurante de su machete.

La mujercita sometíase al "cariñoso" "plan" de su marido, hacía gestos de dolor para reprimir las quejas y una vez terminado el castigo, tornábase alegre, humilde y olvidadiza, y redoblaba sus esfuerzos para aquerenciar y complacer a su compañero.

Los negros risaraldenses tenían un concepto árabe de la propiedad de la mujer, la cual era para ellos solamente una "cosa". Y ellas lo sabían tan bien, y tan jubilosas estaban de serlo, que ¡guay del entremetido que interviniera en su defensa cuando su macho la estaba castigando! La hembra, enfurecida contra el quijote que quería defenderla, le gritaba:

—No se meta gran sopero en lo que no l' importa y deje de meté el hocico en olla ajena. Déje que mi marido

me pegue todo lo que le dé la gana que pa eso soy su mujé. Y no sía lambón otra vez que se li ocurra . . . .

Entre los sopingos el amor no era egoísta. Con frecuencia, se canjeaban el hembraje, amistosamente por lo general, pero si alguien quería arrebatar para sí la negra de otro, era de pelearla, espumando valor, hasta hacerla suya, por derecho adquisitivo de conquista.

Juancho Marín, el guapo entre los guapos, cuyo nombre sembraba pánico en toda la comarca, dijo un sábado por la tarde a su compadre Cristóbal Murillo, otro machungo que desconocía el miedo y tenía los pantalones muy bien amarrados:

—¿Sabe, compadre, que me ta gustando mucho su mulata?

—¿Con que esas tenemos? Pero le alvierto, compa, qui a la Rita no se la lleva el que quiere, sino el que puede. ¡Y ahi verá si le gusta asina, compa! . . .

—Mire compa: pa que evitemos un "desgustico", por qué no me la cede amigablemente? Pues si no, voy a tené la pena de quitársela a usté manque se me enverraque mucho y tenga que pisále el poncho . . . .

—Si sós tan macho, podés di una vez pisalo. Pero te alvierto que tenés que tené los cojones muy bien rayaos.

Y en diciendo esto, tendió en plena playa, ante un círculo de noveleros, el lindo poncho blanco cribado a rayas rojas, para que el compadre lo pisara.

No había terminado de extenderlo, y ya Juancho Marín, escupiendo sobre la ruana de hilo, posó sus dos enormes patas de elefante en el centro de ella, resollando estas palabras:

—Ahi ta, compadre, bien pisaíta, por complacelo no má . . . .

—Párese machito, compa, que ahi va peinilla, porque el que me pise el poncho nu ha nacío tuavía y si nace, no se cría.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Simultáneamente, sacaron a relucir dos bellos machetes largos, estilizados, afiladísimos, y el círculo se ensanchó para presenciar la pelea.

Juancho Marín se recogió con resortes de felinidad, ondeando el machete con ágil ligereza, y empezó a dibujar pespuntes de mucho garbo, a pocos centímetros de su adversario. Este, a su vez, acosado ante el empuje increíble del otro, reculaba con donaire, no a guisa de huída, sino buscando la manera de atraerlo a campo más estratégico para descabellarlo como si fuese un toro.

Pero Juancho era vivillo y había sido toreado en muchas plazas, para aparecer novicio y dejarse hacer la prueba. Firme en su terreno, siguió bordando figuritas con la punta del machete, plantado en espacio reducido y obligando a su enemigo a pelearle en el estrecho perímetro. Uno y otro se santiguaban con las peinillas y las gentes admirábanse de este juego peligroso y difícil en el que ninguno de los contendores se puede equivocar una cabeza de alfiler sin salir degollado irremediablemente.

Y siguiendo el retozo trágico, poco a poco, se le fue acercando Juancho Marín al contendor. Ya cerca de él, seguro de sí, alzó en dirección oblicua el arma, dirigiéndose a los circunstantes:

—¿Quieren ver cómo se va pal otro toldo, un negrito destos? Vean . . . .

Y diciendo esto, asestóle un machetazo perfecto, matemático, preciso, sobre el pescuezo del adversario. Le rebanó la cabezota con la sabiduría de una guillotina. La tomó de las greñas, alzóla hasta la altura de sus ojos, la miró chorrear con desprecio, y arrojándola nuevamente al suelo dijo:

—¡Qué lástima! Después de todo mi compadre ni an era mala persona. L' he ganao porque soy machito, pero sepan, mis señores, que el finao no era ningún pendejo. Sia defendío como un tigre.

Y chuteó con la punta de los dedos del pie derecho la enorme cabeza ensangrentada y la arrojó al río, haciendo un "goal" perfecto.

Todos aplaudieron a este Goliat negro, de una bella crueldad neroniana, que con la cabeza del enemigo en las garras, le reconocía coraje.

Un rato después, la negredumbre se disolvió a comentar en la fonda del maestro Agustín López el suceso de la tarde.

Entre tanto, Juanchito Marín encaminóse a casa de la Rita. Engallando el pescuezo, muy "requintao" él, le sopló a pico de botella la noticia:

—¿Sabé, mijita, que ya sos viuda?

—¿Por qué me dice eso don Juancho?

—¡Qué don Juancho, ni qué niño muerto! En adelante yo nó seré pa vos sino Juanchito.

—¡No l' entiendo ni pite don Juancho! . . .

—¿Que nó? Pue muy claro; voy a desplicále: he tenío un "desgustico" con mi compadre Cristóbal Murillo por vusté, y como no nos pudimos poné de acuerdo, me ví precisao a peliá por vusté, y a mucha honra . . . .

—Gracias, don Juancho. Pero siga a vé que sucedió.

—Pue lo que tenía que sucedé: que a mi pobre compadre le jue mal en el bunde y a estas horas su mercé es de yo, como la tigra es del tigre y la tatabra es del tatabro . . . .

—Pue si la cosa es asina y es verdá que usté mi ha ganao, don Juancho, a mucho honó lo tengo y mande pa obedecéle.

—Asina me gusta, mija . . . . .

—Pues mi finao marío no era nengún pintao en la paré y había mandao pal otro mundo a mucho cristiano. Si usté le pudo a él, será porque es usté más machito y yo no tengo má que obedecé y san si acabó . . . .

Subrayó la ingrata las últimas palabras con un fogo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nazo de sonrisa que incendió el crepúsculo y prendió en el negro llamas de deseo. Luego se volcó sobre los brazos de Juancho con voluntad dócil de esclava bien comprada. Dijo él:

—Prestá pacá, negrita, esa trompita de melcocha pa yo chupala como caña . . . .

Y el macho le dió dos besos que eran mordiscos, sobó con lujuria los duros pitones de sus pechos y se despidió de la Rita con estas palabras:

—Arregláte bien, que esta noche vamo a celebrá el velorio de mi compadre Cristóbal Murillo con un baile e garrote onde la Pacha Durán. ¿Entendés, negrita?

—Sí, mijito . . . .

Juancho salió a comunicar al vecindario la noticia de su amachinamiento con la nueva guaricha y a invitarlo al baile del "jinao", porque "en despué de too" habían sido "güenos amigos".

La noche se vino encima y los faroles que encapuchaban las velas de sebo empezaron a florecer en el caserío. En lontananza, los arreboles dibujaban aguafuertes y greguerías de colores turbios.

A la orilla del Risaralda, despanzurrado, en posición obcena, el cadáver mútilo de Cristóbal Murillo manchaba la playa con una extensa púrpura de sangre.

Su cabeza, río abajo, iría ya muy lejos, por el Cauca, rumbo al mar.

Sobre su vientre hinchado, un gallinazo torvo, miraba hacia la lejanía, oteando el horizonte.

3

Allá viene Vicentico Martínez desde "El Guineo". por abras y por rastrojos, soplando su clarinete. Al oírlo, el vecindario de las veredas se va tras él, porque esa es la voz del cencerro, el somatén de juerga, la señal de baile en el poblado. Los muchachos gritones le hacen compasa, los campesinos se tercian el poncho sobre los hombros y todo el mundo se alebresta para asistir a la charanga.

Cuando llega al puerto, ya viene con un cortejo numeroso de negras y de chiquillos, de mineros y pescadores que le rodean y adulan, y todos silban a la zaga del clarinete y hacen maracas con las manos para acompañarle sus guabinas retrecheras.

Allá viene Vicentico Martínez, orquesta ambulante, són de pandereta, parranda en marcha, a la caída del sol, por entre encrucijadas y atajos, cruzamientos de veredas, montes socolados, cacaotales perfumosos y matules de tabaco.

Allá viene, "aventando quimba", a campo traviesa unas ocasiones, y otras en su canoa, esparciendo al aire notas tibias de bambuco, giros dulces de guabina y corcoveos de "torbellino", que al golpe de la noche primogénita caen sobre el silencio de la selva como lluvia de rocío.

Sus hijos le acompañan tocando también instrumen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tos de viento, y en Sopinga los esperan sus camaradas de murga: Juaco Ruiz que toca el cornetín, Manuel Rivera la maraca y el guache, Juan Pablo Escobar la tambora y dos negritos mugrosos y sonreídos, los platillos y el redoblante. Más tarde, en pleno baile, saldrán a relucir los tiples, las bandolas, las guitarras y los requintos que algunos vecinos rascan con más buena voluntad que oído y arte.

¡Salud, Vicentico Martínez, oasis de la murria semanera, suspirado médico de tristeza en la monotonía provinciana, que en la noche risaraldina, entre un concierto de chicharras y de grillos, echas tu clarinete al viento, para invitar a las sencillas gentes a la alegría brutal de los bailes negros!

Allá viene Vicentico Martínez, desde su tambo de "El Guineo", por abras y por rastrojos, tocando su clarinete de convocatoria.

Los bailes se iniciaban siempre al finar el mercado sabatino. Los negros, deseosos de holgorio, apuraban la compra del bastimento y se preparaban para asistir al sarao.

Es vistosa y llena de colorido la feria de Sopinga. De Cartago vienen gentes a mercar y traen muselinas y alpargatas, sal y mechas, zarazas y caseras drogas.

Unas negras rechonchas, esféricas de tan gordezuelas, tienden manteles limpios sobre los cuales riegan colaciones rojas con alma de corozo, empanadas, dulces, pandequeso, pandeyuca, confites y otras golosinas regalonas en que las abajeñas de Cartago son especialistas.

Los hombres, sobre costales o ponchos viejos, colocan rimeros de cacao seco, de buen aroma, y botellitas de aguardiente clandestino que tiene tufillo de rica exquisitura para alebrestarle el pico a los catadores.

Negros y negras, antes de comprar la provisión semanal del "resacao", piden la "preba", es decir, se hacen obsequiar un trago de dos pisos con el fin de catar la calidad del brebaje. Y acontece que para comprar sólo una botella, se recorren los interesados mercaderes todos los puestos en solicitud de la "preba". Y cuando, por fin, han adqurido el aguardiente, ya los compradores están borrachos como marineros.

Al filo del medio día, los negros se van poniendo pechisacados y cachorritos y ya en la atmósfera calurosa del cielo bravo, se presienten amagos de tormenta.

Al descolgarse el sol sobre la noche, los negros se preparan para la charanga, así llamados por ellos los bailongos domingueros de los cuales casi nunca se sale con hueso sano, cuando se está con suerte. Porque un baile de ley, para serlo de veras, necesita por lo menos dos "dijuntos". Sin este requisito el baile no se reputa exitoso, sino que se tiene por fracaso y desprestigio.

En primer lugar, en la playa, clausuradas ya las ventas, se van los negros a dar buen filo a las peinillas para ir al bailoteo. Las soban y resoban, afilan y refilan, y al fin, después de muchos roces contra la piedra de amolar, les pasan el "deslabón" como última prueba. Y para ratificar su eficacia, cortan en el aire un pelo que se arrancan de la crisma. Si el cabello es cortado instantáneamente, el arma está ya buena y se puede ir seguro al baile.

Después, dirígense a sus casas a endomingarse desde la víspera —para ellos ya es domingo desde el sábado a la tarde— y se adornan bien, con intención de rivalizar con los afuereños de "Cañaveral", en elegancia y en guapeza.

Los hombres visten pantalón blanco o kaki color canario, carriel terciado sobre el pecho, con arrequives de piel de nutria, cinturón de ancha faja, con broches de cobre, y a un lado, junto al cuadril, cayendo hasta más a-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bajo del ánfora de la pierna, la esbelta peinilla larga, brillantísima de tan sobada, oculta entre una vaina de muchos ramales de cuero que producen un cascabeleo guapito cuando sus dueños se menean con la pareja y le hacen quiebres y desgonces provocativos.

Van a pata limpia, y uno que otro fanfarrón con airecillos de dineroso, calza alpargatas de cabuya, o quimbas con lazo negro. Lucen también en la nuca, largos pañuelos "rabuegallo" de rechinantes colores que flamean al viento como banderas.

Cubren la cabeza con una "corrosca", que es sombrero de anchas alas, tejido con paja amarillenta clara, color de zapote biche. En la diestra mano portan el verraquillo o caragualo, especie de bastón fino de bejuco endurecido, perforado en la parte superior para dar paso a un rejo lánguido. Es adorno y defensa portátil y ellos lo llevan con majestad y jactancia.

Las negras van engalanadas con basquiñas de escaso precio, hechas de zaraza a diez centavos vara, pero muy esponjadas y almidonaditas, que al bailar sus dueñas, producen un fru-frú afrodisiaco que tatúa de "sexe-appeal" el ambiente de la sala, y sirve para estimular gazaperas, rivalidades y desafíos en lo fino del baile.

En el nocturno cuello lucen collares de chaquiras con ensartes de chumbimbas, buscadas por ellas en el bosque. Una balaca de cinta roja les rodea la cabeza poblada de cocuyos, prendidos allí, a guisa de adorno y de melindre. Entre la oscuridad de la noche, estas Venus de azabache, aparecen con las testas iluminadas como las de los santos. Ciñen la cintura con cintas anchas de color granate, y en el pecho llevan encendidas flores de caracucho.

Así van, de gancho con sus negros, pavoneando las polleras, muy orgullosas de sus galanes, a la charanga festiva que en la fonda de la Pacha Durán se celebra todos los sábados y domingos y demás fiestas de guardar. ¡Cha-

ranga bandolera y sabrosita, diversión de criollos de mal trabajar y de negros de alma atravesada, famosa en el contorno, mentadísima en todas partes, centro de diversiones y de querellas, entrevero de trovas y puñales, duelos y fogonazos de pistola, pero siempre deseada y deliciosa, que todavía se recuerda con pasmo y con nostalgia entre la gente vieja de la comarca risaraldina!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

4

Ay, Pachita Durán, mujerona negra, diosa invicta de maduras carnes atardecidas ya por el labrantío de los años, fuente inagotable y abierta de amor libre, Pachita Durán, cascarrabias y avariciosa, tomatrago y marrullera, contrabandista y casquivana, amiga de usufructuar mancebos tímidos, Pachita Durán que manejabas la navaja con la misma agilidad felina que tenías para bailar un bambuco trovado, o te derretías por un negro pillo! . . .

¡Ay, Pachita! Ya estás muerta y tu deceso aconteció después de una tremolina en tu fonda belicosa, que era guarida, nido amoroso, tertulia macha de compadritos, casa de citas, tráfico libre de amor y de trago . . .

Allá estás, Pacha, boca arriba bajo la tierra, en ese cementerio diminuto de La Virginia, pero tu nombre vuela de labio en labio, tus proezas se cantan, tus dichos se repiten, palabras tuyas circulan ahora, y todavía vives en el cobrizo puerto que fundaste con Salvador Rojas y Agustín López, trovador y albañil de aquellos tiempos.

Te embarcaste hacia la muerte, a buena hora, que siempre fuiste mujer lista y prevenciosa. Oportuno viaje el tuyo, Pacha, porque hoy no andan las cosas derecho como en tu tiempo. Ya el pueblo que fundaste con Salvadorcillo ha variado tanto, se le adentró de tal modo la civilización, que perdió hasta el nombre negruzco y sonoro con que lo acristianaron tus compadres: ya no se llama

Sopinga y nadie recuerda esta palabra de tánta melodía, porque el puerto lo bautizaron hace mucho con un apelativo español de mujer simple: se llama La Virginia, su gran río está cruzado por un monumental puente de hierro por donde galopan los automóviles, los ranchos fueron derruídos, hay plazoletas y calles arboladas y el demonio se lo ha llevado todo entre los cuernos, desde que tú, Pachita de mis entretelas, arreglaste tus corotos y te fuiste así no más, camino de la muerte, con tánta despreocupación, como si fueras a una charanga . . . .

¡Ay, Pacha Durán! . . . ¡Si vieras cómo está tu puerto! . . .

La fonda de la Pacha era la más coqueta, ventilada, concurrida y alegre, de Sopinga.

Los negros boquimorados sacudían su pereza incorregible, para coger unas cuantas mazorcas de cacao, elaborar aguardiente clandestino, y arriar sus mujeres hacia los tabacales, obligándolas a cosechar hojas de calidad con el objeto de venderlas en los mercados del puerto. Y violentaban su acidia, tan sólo por tener unas monedas para gastar en las esperadas charangas que rectoraba Pacha Durán, siempre bendecidas por ellos en sus trovas:

"Hoy hay baile onde la Pacha,
y me voy a bambuquiá,
y a tirámelas de guapo . . . .
¡Cómo mi han de ir a pegá! . . .

Era la venta de esta hembra un tambo largo, cubierto con pajas secas, ubicado sobre una barranca cercana al río. El frente, con paredes encaladas, lucía pinturas baratas, vitelas de precio mínimo que representaban episodios de caza o de amor. De los techos del corredor colgaban suntuosas orquídeas y en el patio había éras trian-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gulares de matas florecidas. Una veranera agobiada de corolas rojas, tapizaba las paredes como un gobelino.

El primer cuarto, el más aireado y amplio, era la cantina en donde Pacha Durán atendía a la clientela. Componíase de un mostrador, y al fondo, un alto estante lleno de botellas de cerveza, resacao, fósforos, cigarrillos, y cuantas cosas pueden ocurrirse a un campesino. En un extremo, una mesa humeante de chorizos, empanadas, gallinas frescas, y a veces, por los julios, sabrosas lechonchillas de exquisita preparación y aliño.

En seguida, la sala de baile, pista ancha hasta para medio centenar de parejas, enmarcada con banquetas rústicas; en las paredes algunos cuadros eróticos, farolillos de papel y banderitas a colores.

Más allá, las habitaciones privadas de Pacha y por último, la cocina familiar, en donde la dueña sólo recibía visitas confianzudas para tomar con ellas jícaras de estupendo chocolate.

Después de la cocina, Pacha tenía un huerto de bananos, mangos, guanábanas y ciruelas que daban gusto. Bajo su sombra, en crisis románticas, tocaba la guitarra a la oración, en días de semana, como para disipar el tedio.

El aroma que despedían los frutales, y los matules de tabaco tendidos sobre caneyes en mitad del patio, daban a la huerta y a la casa, algo así como un airecillo santo de paraíso.

Las velas empezaron a arder en las ventanas de la fonda, para anunciar que se daba principio a la charanga. Dos negritos gritones pregonaban desde la puerta, invitando a entrar a los transeúntes:

—¡Gente al baile! ¡Gente al baile . . . . y aentro los de corrosca!

Allá, por "Callelarga" asoma un cortejo de parejas. Se las distingue en la oscuridad, porque las negras traen

las cabezas tachonadas de cocuyos y a la distancia dan la impresión de apariciones fantásticas.

En la puerta, Vicentico Martínez y Pacha Durán esperan la llegada de los fiesteros. En un extremo del salón, aquél tenía un palco especial, por él mismo construído, a fin de guarecerse de los garrotazos y de las peinillas de los contrincantes que relampagueaban siempre en los bailes de éxito. Sin este palco, ningún músico respetable hubiese prestado servicios profesionales.

Pachita le dijo al maestro:

—Pu allá veo brillá negras. Ya viene la gente al baile, Vicentico.

—¿De veras, misiá Pacha? Pue vamos a incontrálos.

Y tomando el tiple por el pescuezo, se lo colocó debajo de la axila, como llevan los gallos de riña los jugadores. Pacha, iba adelante, alumbrando la calle con un candelero de torcida vela.

Se acercó la comparsa. Acaudillábala Juancho Marín, de brazo con la Rita.

El guapetón saludó con esta trova a Vicentico:

"Yo soy Juanchito Marín,
yo soy el verraco e Guaca,
mi garganta es un clarín,
y mi voz una maraca . . . . "

El maestro Vicente, rascándole el buche al tiple contestó la trova de este modo:

"Compadre Juancho Marín,
aquí me vengu a Sopinga,
pa cantále a la Duminga
a vé si me quere al jin".

"Les canto toda la noche
si me mojan la garganta;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el gallo que bebe, canta
mucho más lindo qui un toche".

Juancho, tomándolo del brazo, lo invitó a entrar a la taberna a tomarse un resacao con esta copla:

"Yo le doy un resacao
porque yo soy siempre así;
yo soy azote de guapos
y espanto de los di aquí . . . . "

"Entre pues, don Vicentico,
yo le mojo ese guargüero;
tomesé este anisaito,
compadre clarinetero . . . . "

Vicentico y Juancho, entraron los primeros, ubicándose frente al mostrador. La Pacha Durán, muy melosa y sonreída, sirvió dos copas de resacao que olía a anís de gloria. Los dos compadres se resbalaron los vidrios, limpiáronse las jetas con el canto del poncho y escupieron por entre los colmillos contra un rincón de la venta.

Juancho carea así a su compadre:

—A vé, compadre, si es tan machito pa la trova, vamos a pagále estas copitas a la Pacha con una versiada.

Vicentico responde:

—Empiece no má compadre, que yo toy listo pa too...

—Escuche, pues:

"Muchas gracias, cantinera,
por haberme dao un trago;
con sus manos me lo dió,
por eso no se lo pago . . . . "

Vicentico, tomándose la personería de Pacha, le contesta:

"Muchas gracias, caballero,
después usté me lo paga;
hay que pagá con dinero
todo lo qui uno se traga".

Juancho:

"Es mejor que desconfíe?
yo li agradezco el favó:
manque usté no me lo pague,
yo se lo obsequio, señó . . . ."

Vicentico:

"Todo lo qui uno se traga?
pues antós no me lo fíe;
como tengo un ojo tuerto
es mejor que desconfíe."

Juancho:

"Pues si usté me lo obsequea
yo le doy a usté las gracias;
pa tomáse uno un traguito
¡ah vergüenzas que se pasan!"

Y siguen así, bordando trovas a propósito del resacao que obsequió Pacha, hasta que suspenden para tomarse otra copita.

Juancho dice a su compadre:

—Sabe, compadrito, que esta tarde me ví en la pena de tené que despachá pal otro toldo a mi compadre Cristóbal?

—Algo mi han dicho, hermano. Hasta razón tendrá usté.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Razón? Claro, compadre. Supóngase que no me quiso dar por las güenas a esta zamba . . . .

Y mostraba a la Rita, la cual se acurrucaba como gata quisquillosa, bajo sus brazos fornidos. Y la hembra sonreía con júbilo como si nada hubiese sucedido esa tarde.

Agregó Juancho:

—Po lo tanto, esta noche vamo a celebrá las nuevas nucias con la mulata. No es así, compadrito?

—Asina es, compadre. Y se despidió:,

—Güeno, hermano, hasta más tarde, pues. Y me despido porque ya me voy pa mi palco a empezá la charanga. Quede usté con Dió . . . .

Y Vicentico, muy solemne, encaminóse a su elevada casilla seguido por los demás músicos. Acomodáronse todos, limpiaron los instrumentos y prendieron mecha al baile con un torbellino de mil demonios.

Las parejas, que estaban en la cantina tomando trago, apenas oyeron el rasgueo de la murga, apuraron las copas rápidamente y cada cual agarró su negra.

Estalló la algazara con barullo babilónico. El muchacherío, desde fuera, aumentaba el bullicio llevando el compás de la música con las manos y los pies.

Este ruido sintonizaba muy bien, con el golpe zapateado de los bailarines, y con el són que producían las peinillas de los mozos contra sus cuadriles y las enaguas de las hembras al menearse con tánto espasmo y galanía.

5

Pacha Durán nació en un barrio negro de Cartago, en uno de esos arrabales de amor y de puñal que vació el General Mosquera para tomarse a Bogotá, junto con otra porción de libertos del Patía.

Su infancia no tiene nada de extraordinario. Ni siquiera se sabe el nombre de su padre, porque, como ella decía, la engendraron "en fiestas" en el barrio de "Collarejo", y de tánto trajín como tuvo su canflona madre, no se supo a punto cierto quién la mandó a este mundo.

Hasta los siete años, andaba desnuda, con la barriga al aire, jugando con otros mocosos carisucios en los caños de la calle. Ya, cuando estaba más espigada, su madre, que fue esclava, la tuvo a su servicio con tánta crueldad, que un día cualquiera, un pescador negro de los contornos, la agarró en una callejuela, la besó violentamente y se la llevó consigo en una balsa, rumbo a las minas de Antioquia. Ella no hizo muchas objeciones a este imprevisto viaje.

La muchacha, cualquier día, se voló a causa de que las palizas que le propinaba su amante se hacían ya demasiado frecuentes. Y Dios sabe cómo, llegó a Sopinga, cuando el puerto era apenas un lote de pocos ranchos alinderados de porvenir.

Todavía, cuando apareció en Sopinga, era una muchacha apetitosa: piel negra de charol rutilante, facciones

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

finas dentro de su raza, aires de mucho postín, dos ojazos picarescos de mil bujías cada uno, pechos duros de asfalto, caderas torneadas con gracia, alta y esbelta anatomía. Desde el primer momento fue tentación de negros, apetito de mulatos, ansia de zambos, sueño de mestizos y chifladura de todos.

Aún traía brumadas las costillas por el rebenque de su primer amante, pero contoneaba su cuerpo con mucho salero, aventaba sonrisas a todos lados y se la veía muy canfinflera y maja por esas encrucijadas de Sopinga.

A poco de llegar, pescó amante de cartera gorda, que le puso una pulpería bien surtida. Pachita empezó a trabajar con ahinco, a organizar juergas de gran fama, ensanchó el negocio y una vez que hubo logrado estabilizarse en él con éxito, hizo al margen al marido, se emancipó con braveza y dedicóse a varios esposos que salían de su lecho tan extenuados de fuerzas corporales como de dinero. Era una ilustre sanguijuela negra, insaciable y voraz.

Fueron así pasando los años y Pachita Durán hizo a fuerza de triquiñuelas y de mohatras, un logro de buena fortuna. Su venta fue famosa en muchas leguas de diámetro, pero comenzó a envejecer. Entonces, su oro, al revés de lo que acontecía cuando era florida, dió en filtrarse hacia los bolsillos de los muchachos que la cortejaban, mucho por interés y nada por amor.

En su decadencia otoñal, se chifló por los jovenzuelos, gustaba de seducirlos atrayéndolos hacia sí con telas de artificio como araña erudita, y entregábaseles amorosamente. ¡Ay, amorosamente, ella, la fría, la calculadora, la avarienta, la sabia pantera que succionó hombres y ahorros con el mismo destrozo y sólo pensó en hartarse de placer y de lucro! . . .

Pachita Durán fue atardeciendo, atardeciendo más. De su negro esplendor, de su cimarrona belleza, nada res-

taba. Su último amante fue un sargento de caballería, fugitivo de la revolución, que salía al mercado con muchas presillas y alamares. Pachita, en su ocaso, se desmayaba especialmente ante la milicia y no podía ver mancebos con vestidos a colores, porque se encadelillaba como mariposa ante fogata. Ella era capaz de rendirse a un regimiento, al modo de una ciudad sitiada.

De este sargento perdulario hubo su única hija, Carmelita, por apodo nombrada "La Canchelo", cantada desde pichona por todos los trovadores de la comarca.

Víctor Londoño, trovero de gran calado, le bordó esta copla:

"Cuando vine de mi suelo,
descansé donde la Pacha,
por mirar a la Canchelo
que era una linda muchacha".

Fue retoño de lindura póstuma, porque nació cuando Pacha ya no tenía fulgores. Era una botón nacido de mujer vieja, pródiga de su cuerpo y cuarteada por las postrimerías de su sensualidad, pero la Canchelo fue una gran negra divina desde que vino al mundo.

Pacha Durán, mientras su hijita gatea por los corredores juntando colas de letras para formar palabras, atiende a comensales y bailarines, serenateros y galochos, en su fonda popular y acogedora. Tiene un cacaotal que le da harta renta, potreros cercanos al caserío, y un negocio de gran producto. Ya se apaciguaron sus pasiones, y apenas, de cuando en vez, parpadea en su corazón aventurero una que otra llamita vacilante.

Su único afecto, el motivo cierto de su vida, es la Canchelito que recorre los pasillos de su casa gagueando medias palabras. Ella es hija de su último amor, de su pasión moribunda, ella recogió sus postreras ilusiones y por

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

eso la ama con un amor materno inesperado en su modo de ser y en su natural tan desaprensivo y desafectuoso.

Ahora, Pacha Durán se ha puesto gorda, inmensamente gorda. Es un aerostático negro, que se mueve con pesadez, para hacer garatusas a la clientela. Está su boca sin dientes, los senos desgonzados de lo exprimidos, y nada le queda de su antigua gentileza.

Pero es rica, tiene una criatura pequeñona y rebonita, que es su esperanza, su gloria, su porvenir y la sola razón de su vida.

En las tardes frescas de la tierra caliente, la acuna contra su corazón, bajo los caracolíes del huerto, y le dice melosas palabritas, canciones dejativas que no se parecen a esos cantares pillos que de joven modulaba. Estas de ahora son tonadas de pureza, infantiles y maternales, para adormecer las pestañas de los niños que no tienen sueño . . . .

De todas sus malas mañas, apenas le quedaban el tabaco y tal cual borrachera de aguardiente. Cuando estaba medio tristona, sin saber por qué, talvez añorando días fallecidos de juventud, participaba de la charanga y amanecía ebria, cantando a dúo con los serenateros y trovadores, viejas coplas de amor, de la guerra civil, y de la vida contrabandista y bellaca de sus primeros tiempos.

Estaba tan avejentada y postiza que ya ni el aliciente del dinero le servía para atraer y adezar a la mozada hacia sus senos de caucho flojo. Ella aceptó con resignación su inevitable decadencia, y ante los hechos cumplidos, no tuvo otra obsesión que la de enriquecerse más, para trasvasar todo el oro de sus caudales a la hija de sus quereres.

6

Estaba en el baile la gente más cremática y de mayor postín del vecindario. Compadres y comadres —para quienes sólo se tocaba el bambuco, en señal de homenaje y jerarquía, pues los otros sólo bailaban guabinas, torbellinos y otros aires natales— charloteaban en los intermedios y humedecían el gaznate con resacao puro.

Echaban tijera al prójimo, y comentaban los más frescos chismes del poblado: la llegada de un forastero, una doncellez ida a pique con más blandura de la deseada, un negocio untado de socaliña de la Pacha Durán y todas esas minucias que en las aldeas son grandes temas, veneros ricos de murmuración y suspicacia.

Los vecinos de "Cañaveral", un villorrio ubicado a orillas del río de este nombre y el Cauca, mantenían hebra cortada con los sopingos y en trovas y jaranas se pullaban, echándose en cara defectos y enredillos que causaban escozor a los aludidos.

No obstante este pique permanente, los de "Cañaveral" solían venir a los celebrados bailes de la Pacha y los sopingos a los que se verificaban en el otro villorrio, con la esperanza recíproca de superar los saraos en esplendor y alegría.

Era más rivalidad que afición lo que los entreveraba: al trovar, hacían alusiones picarescas o intencionadas sobre defectos y virtudes de cada quién, y casi siempre, co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mo resultados de esos tiroteos musicales, había uno o varios muertos de ambas veredas, especialmente de "Cañaveral".

Los que más consideración gozaban entre los juerguistas, eran los guapos, quienes por cualquier nada se requintaban machete en mano a buscar camorra al prójimo. Las gentes todas los temían, el hembraje les era dócil y los dueños de casa procuraban tenerlos contentos, por lo cual extremaban sus adulaciones, zalemas y agasajos, más por temor que por pleitesía.

Allí estaban Ignacio Pinilla, guapetón de cincuenta kilómetros de fama, deudor de varias muertes y bailarín de muchos donaires; Nicolás Montilla, que cuando en ferias se regaba en una plaza, no había escuadrón de policía que lo sometiera; los Tamayos de Zaragoza, machos de doce cilindros, cada uno de los cuales había matado más de dos negros en franca lid; los muchachos Torres, corajuros de grueso calibre que no conocieron el miedo y le pisaban el poncho a cuanto bípedo malas pulgas se les presentaba.

Nicolás Montilla fue nieto de guapo, e hijo de valiente. Su padre le enseñó las cuarenta y siete maneras de manejar la peinilla, lo adoctrinó en los "quites", "vueltas", "recumbambeos" y cuantas filigranas debe saber un machetero de pundonor. Lo baquianó además en todos los toques y secretos del arte defensivo.

No tenía aún catorce años cuando lo puso a prueba: un muchacho de su edad, compañero de oficio, le ofendió gravemente. Como en ese instante se ocupaba de botar bagazo en un cañadulzal del trapiche, frenó su rabia y le dijo al mozuelo:

—Esperá a que salgamos del trabajo, pa que nos entendamos so gran gediondo.

El otro le respondió muy encaradito:

—Por supuesto, don vergajo, A la salida toy listo pa lo que quera . . . .

En el diálogo estaban, cuando pasó por entre el cañadulzal don Juan Montilla, quien habiendo oído el reto, se dirigió a su hijo:

—Oiga Colasito: ya que te metítes a desafiá a esa criatura, tené prisente que te tené que portá comu un macho que de macho sos hijo y nieto di uno que no fue marica.

Agregó, exaltándose:

—Si te dejá dá plan de ese culicagao, cuando llegués al tambo te voy a jartá a juete pa qui aprendás a ser hijo mío.

—Por supuesto, padre. Pierda cuidao que no tindrá ocasión de avirgonzase de su hijo . . . .

—Mirá muchacho: si te portás como Dios manda, te regalo un machete nuevecito y el potranco chumbimbo de qui andás tan antojao. Pero sabélo di una vez: si te dejás humillá de ese cursiento, te bajo las bolas. Por esta cruz, mijito.

Y terminó con gesto de súplica:

—Por favor, mijo. Cuidao con hacéme pasá una virgüenza.

—Pierda cuidao, padre . . .

Y cuando finó el trabajo, los dos muchachos, armados de machetes, se pusieron en guardia, frente a frente. Ambos ágiles, avezaditos en los dibujos de la riña criolla, se trenzaron. Aunque diestros, la suerte brincaba de uno a otro y la pelea parecía pareja. Sin embargo, después de muchos tirabuzones y rasguños, Nicolás logró clavar primero la punta de su machete en el buche del adversario. Este se desgonzó sobre sí mismo, malherido, exhalando un resuello feroz.

Nicolás Montilla, limpiando la sangre que teñía la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hoja del machete, contra las hierbas del potrero, comentó con entera naturalidad:

—Ahi te dí a guardá ese machetico en tu barriga, pero sos tan infeliz que no vale la pena de que me lo guardés. A lo mejó me servirá en despué, pa que me lo guarde otro cristiano más verraquito.

Y empujándolo con los pies, a una cuneta próxima, continuó:

—Y agradecé que no ti acabo de matá, po lástima.

Se alejó para su rancho,silvando, con las manos entre los bolsillos del pantalón, a enlazar el potro color chumbimba, sueño de sus sueños, ilusión realizada de ser amo de animal tan lindo. Ya en el mercado próximo compraría además un hermoso machete largo, con vaina nueva de sonoros ramales de cuero.

Su padre le festejó grandemente y anduvo toda la tarde de tambo en tambo, muy orgulloso de él, narrando a todos sus amigos la primer hazaña de su tigrecito.

Estaba allí también, Esteban Rodas, zambo matrero de malas mañas. Entre otras, gustaba de arrastrale el ala a las negras biches, pues se le salían las babas por las mucharejas en flor y pasturaba virginidades entre el mujerío, como toro entre novillonas.

Negro éste, maula y bandido. No era un guapo, peleador frente a frente y mano a mano, como los Tamayos de Zaragoza, Nicolás Montilla o Juancho Marín: era cobardón, taimado, ladino, mañoso y traicionero.

Vivía entufado y malacaroso y mostraba carácter agrio y ruín. Cuando odiaba a alguien, no le retaba a singular combate, como era jurisprudencia en Sopinga, sino que lo "puestiaba" detrás de un árbol, para bajarlo a carabina. Era un asesino, horro de valentía, un deslenguado, un feroz.

Una mañanita de mucho sol, salió del rancho de su

cacaotal a dar vuelta a los anzuelos que había dejado en el Cauca desde la noche anterior, con el fin de ver si había caído algún jetudo. A su zaga iba una criatura suya de seis años, lloriqueando.

—Golvéte pa la casa so cursienta que con tus berridos me vas a espantá los pescaos . . . .

Pero la chiquilla, no haciendo caso, seguía tras las huellas de su padre y continuaba el llanto.

—Te he dicho, so muérgana, que te golvás pa la casa, que te vas a tirá la pesca . . . .

Y como la criatura persistiese en estar con él y seguirlo, la agarró del cabello y despacio, exquisitamente, con una finura florentina —refinamiento increíble en un negro malo— la fue haciendo tajaditas tan delgadas como hostias y las iba tirando una por una, con lentitud, a los pescados del río. Todo esto con indolencia pasmosa, sordo a los alaridos de la víctima, divertido de su obra de mulata crueldad.

En el baile de la Pacha, nunca faltaba Esteban Rodas, el hijo del diablo.

Y presidente de la fiesta, al lado de Pacha Durán, era siempre Juancho Marín, terror de la comarca, el pirata negro, valeroso, señoril, caballeresco, hidalgote, peleador de cara descubierta, como Dios manda, por todos temido y respetado.

Cuando apuntaba su canoa en el horizonte, las gentes asustadizas comenzaba a gritar:

—¡Allá viene Juancho Marín! . . .

Y los que no se sentían guapitos ni con verijas muy bien rayadas, corrían a ponerse a buen seguro.

Era el compadre tigre y descollaba sobre todos, como el azote de Dios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

7

Arriba, pues, muchachos, que ya el bailongo está cuajado. Prosigan el meneo y sacudan las caderas, que el aguardiente es de caña y las negras de Sopinga!

¡Arriba maulas, que al amanecer habrá **dijunto pa enterrá,** y lechona donde Pacha para salar la barriga!

¡Agarre usted, compadre, ese trozo de negra que hace chupar los dedos y déle vueltas como a una potranquita que se amansa con carantoñas no más!

¡Oigan, muchachos, esa guabina tan bien rasgada que incita al baile y hace traquear los huesos de alegría!

¡Arriba, pues, negros pechisacaos, que ya empezó el bailongo!

Los tambores dan sones de danza africana y monotonean al mismo compás gitano de las farándulas. Los platillos y la batería tienen un dejo sensual que embriaga y adormece a los bailarines como hojas de borrachero. El ambiente es cálido, con hedor de negredumbre, pero excitante y afrodisíaco.

Desde su palco, Vicentico Martínez se desgañita soplando su carinete a la vez que lleva el compás con el instrumento.

Las parejas danzan, brincan, zangolotean sin descanso, sin fatiga, obsesionadamente, como cumpliendo una penitencia o como embrujados. La música negra penetra

por todos los poros y enloquece a los circunstantes que se ven impelidos a entrar a la vorágine.

En el patio, los curiosos, contagiados también, danzan desesperadamente. Los músicos, infatigables, no cesan de tocar. Los tambores jadean, acezan los tiples, el clarinete se extenúa, las guitarras y bandolas sueltan chorros de melodía, pero el vértigo sigue, la embriaguez continúa, la locura permanece, y la marejada de música zamba produce una furia colectiva que insensibiliza, arrolla y emborracha. El puerto es un manicomio y arde en fogatas de lascivia y todos expresan su entusiasmo con gritos de alegría brutal y animalizadora, y con esa barbarie espontánea que tiene la efusión de las razas primitivas.

Entre tánta rochela, surge de golpe una voz varonil que grita con imperio:

—¡Silencio, negros, que voy a bailá un bambuco de ley con la Rita!

Todos callan, hacen rueda a la pareja y Juancho Marín, terciado el poncho, a los vientos el pañuelo rabuegallo, le dice a su hembra:

—¡Ponga el oido bien, mijita, que este bambuco es del casorio!

La murga rompe el tono con renovados bríos y suelta un aire a veces alegre, a veces triste, a ratos rápido y a ratos lento, en ocasiones amoroso, altivo en otras, un airecillo colombiano y picarón que tiene melancolía, sugerencias cariñosas, ladinos sones, marrulleros quiebres, alegres sordinas, y en síntesis es un registro sentimental de las alternativas del alma colombiana.

Juancho Marín sale al centro de la pista dando caracoleos y haciendo arrumacos y morisquetas con el canto del poncho, para atraer a la moza. Esta, entre remilgada y antojadita, desde el otro extremo de la cancha le hace guiños y remilgos como si quisiera y no quisiera acercársele. Juancho la va buscando con muchos repulgos y como invitándo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la a que se acerque, estira hacia adelante las dos puntas del poncho y taconea como hacen los toreros para convidar al toro a un ataque. Este bambuco nuestro tiene de corrida de toros y de riñas de gallos, los dos juegos predilectos del pueblo; el poncho es a véces un capote para hacer suertes a las hembras y ponerlas en su puesto, y tanto la ruana como el pañuelo son una reminiscencia primitiva del ala conquistadora del gallo enamorado.

Juancho, juntando las rodillas y resbalando los pies casi, casi la toca, pero ella escurre el bulto con sin igual ligereza y la persecución musical y rítmica prosigue. Después, el macho suelta el poncho para izar en alto el pañuelo colorado y dibuja con él un tirabuzón al aire. Entonces Rita se va acercando y cuando ya casi lo toca, él traza anchos círculos con el rabuegallo, dentro de los cuales la negra describe arcos con su pollera amplia, en tanto que sus dedos imitan el són de las castañuelas a la altura de las orejas. Juancho continúa flameando hacia el cielo su pañuelo de colores charros y describiendo aureolas sobre la cabeza de Rita, numerosamente poblada de cocuyos. Luego, ella baja los brazos, los pone en jarra sobre los cuadriles y comienza a pespuntar unos quiebres de cadera y unos ojitos bandoleros de tánto incentivo, que estallan los aplausos y robustecen las tonadas de la orquesta.

Rita se estrecha contra él, sigue moviendo con mucha gracia los cuadriles y cuando Juancho, ya como fatigado de la cacería quiere agarrarla definitivamente, la negra se desliza con agilidad de lagartija y se aleja haciendo quiebres zalameros, desgonces provocativos y firuletes de entonada galanía. El sigue desalado, tratando de acercársele en vano y en este ir y venir van formando círculos de gran soltura. El bambuco es baile de pureza y es inocente y cordial como una declaración de amor.

Para finalizar, Juancho llama a la hembra, ella se

acerca y cuando ya está junto al macho, éste dobla ágilmente la rodilla y agarrándola de los brazos, la quiebra sobre sí y la sienta en el muslo. Ella permanece sentada un solo instante y rápidamente se pone en pie.

En este momento pára en seco la música y se descuelga sobre los bailarines otra ovación interminable.

De entre el corrillo, un mocetón efusivo exclama:

—Muy bien compadre Juancho. Su mercé es tan güeno para aventá machete como pa voliá la angarilla . . . .

Nicolás Montilla agrega:

—La Rita es pa vusté, compa, como la mecha pal deslabón y pal negro el resacao. . . .

Juancho, con fingida modestia, levanta la mano para pedir silencio y responde:

—Ello no, compadre, peru ahi todos escusarán la poquedá, pues la Rita y yo semos tullidos y no tenemos la culpa de dar esta lora. . . .

Uno le suplica repetir el baile, pero Juancho responde:

—Tanto como repetilo no, porque el baile que pasó era el del casorio. Agora toca el del velorio, en sufragio del alma de mi dijunto compadre Cristóbal Murillo.

Y agarrando a su hembra grita:

—Abran campo, negros del diablo, qui hay va el currulao q' es el pa mandá formá. . . .

La concurrencia se ensancha en círculo grande, mientras corea con gritos y con palmadas los alaridos de la murga.

Juancho extiende a la Rita una esperma encendida y un pañuelo colorado. Esta recibe ambas cosas, mientras el bailarín prende la suya. Ya encendidas ambas velas la pareja se separa.

Desde un extremo del salón empiezan a bailar el **currulao**, una especie de cumbia del Pacífico puramente africana. Juancho comienza por mover todo el cuerpo como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

un médium en trance y Rita lo hace con más sensualidad aún, como si estuviera gozando la sensación del orgasmo. Mueve las caderas con un ritmo de mar porque el baile es costanero, y se va acercando, acercando, con los pies resbalados contra el suelo, ceñidas las rodillas, y todo el cuerpo en movimiento. Ella se menea como ofreciéndose en goce, como urgiendo ávidamente la posesión. El, a su turno, trémulo de apetito, se mueve con ese moverse alebrestado del macho cabrío que no da espera. Al fin se ayuntan; se besan, se aprietan, se huelen, se anudan, se entrepiernan voluptuosamente, fingiendo el rito del entrevero sexual. Sepáranse en seguida para juntar espalda con espalda, al són de rítmico taconeo y con las velas encendidas hacia el cielo. En esta posición, los brazos verticalmente erguidos hasta arriba, los senos de la Rita, duros y triangulares, se destacan y quedan forrados obscenamente con la zaraza ordinaria de la blusa, mentirosamente desnudos por el sudor. El espasmo hace girar esos senos salvajes y apetitosos que ondean y giran como trompos, en tanto que los pitones se yerguen lascivos en una erección fálica que es como una invitación a que el macho enarbole pronto, pronto, sus virilidades altaneras. Después, al contrario del baile de la espalda, ensayan otro "paso": la pareja junta sus frentes y sus bocas y separan sus cuerpos formando un ángulo agudo. Ya bien ceñidos los frontales, giran vertiginosamente, a tiempo que sus brazos hacia arriba, sostienen las velas parpadeantes. Duran así un rato y de nuevo se separan.

Ahora, Rita comienza a mover entonces sí con más furor, la cabeza, el busto, los senos, los pitones, el vientre, la ancha grupa, los muslos, las rodillas, las piernas, los tobillos "y todo cuanto Dios en su bondad le dió", mientras Juanchito Marín la persigue y con dificultad logra acercársele porque ella se ha vuelto rehuyidiza y retrechera para el roce y apenas sí se deja frotar de paso, como queriendo hacer burla de los jadeos del macho excitadísimo. Después de varias vueltas y revueltas, se buscan, se acercan otra vez deliberadamente, se entrepiernan, se aprietan, se ciñen, se torturan, se poseen ficticiamente, se sacian con ardor, y cuando el aire musical se va apagando, apagando, como sugiriendo el final del éxtasis erótico, la pareja se separa, rumbo a la concurrencia. Encienden los pañuelos con las espermas y arrojan a los circunstantes cendales de llamas como un homenaje **cálido** a la barra. Las llamas son apagadas rápidamente por todos, a fin de evitar incendio.

Así como el bambuco es baile casto que sugiere idilio, el currulao es danza sensual que quiere decir posesión y entrega.

Estalla la algarabía, dan gritos guturales, redoblan sus ruidos los tambores, y en el tablero de hule de sus rostros hay una fulguración de risas africanas.

Al finalizar la danza brava, Juancho toma a la Rita de una mano, le da impulso, hácela girar vertiginosamente como un trompo humano, párala en seco y grita:

—Agora sí, a bailá todos pa rematá el velorio. . . .

La música sigue sus tonadas monótonas, los concurrentes se forman en cuadrillas, se trenzan y rozan, dan brincos y cabriolas, tomándose de las manos, cambian rumbos, y dibujan figuras estrambóticas. Empiezan la danza muy suavemente, la van apurando luego, en la mitad del baile éste parece un vértigo y finaliza con estrépitos de locura.

De repente, dos trovadores duchos gritan silencio y frenan el baile para hacerse oír. Víctor Manuel Londoño sale a la mitad del ruedo, zurrunguea el tiple y suelta esta trova:

"Tengo amores en Cartago,
y queridas en Pereira,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

una novia en Manizales
y dos mocitas en Neira".

La Negra Saturnina, trovadora de gran travesía, le contrapuntea en el acto:

"En San Pacho están las sordas,
y en Aranzazu las feas;
las lindas en Manizales
y las pu . . . . ras en la Aldea".

Responde Víctor, cambiando el tema con galantería:

"Zoila Toro y Saturnina
arregüelan por el aire:
parecen dos hermanitas,
hijas di una mesma madre."

Saturnina le replica velozmente:

"¿Hijas di una mesma madre?
¡Valiente cosa tan güena!
Las dos tamos pa servile
después de la nochegüena."

Y terminando la copla, Saturnina deja plantado a Víctor y se va con otro bambuquero.

Por lo cual Víctor le contrapuntea la copla así:

"En conversación me río
con la negra Zoila Toro,
pues la negra Saturnina
me dejó cantando solo."

En esta trova alusiva a la desdeñosa Saturnina estaban, cuando Juancho, el as del baile y padrino de la chanza ordenó hacer silencio, se cuadró frente al palco de Vicentico Martínez y lo retó desde abajo, a trovar de esta manera:

"Siempre que sos tan poeta
y sabés de poesías,
agora vas a trovar
las penas del alma mía."

Vicentico desde su palco, le contesta rápidamente:

"Las penas del alma tuya
son tan claras como el sol:
¡hágase el macho negrito
manque li arda el corazón!"

Juancho responde:

"Tengo el corazón herido,
y el alma tengo celosa,
al ver que te voy queriendo
y otro será el que te goza."

Replica Vicentico:

"Decís que la tas queriendo,
negro de mi corazón:
¡qué lindo que estás versiando
aquí en esta riunión!"

Juancho se silencia un momento y esto le da asa a Vicentico para prender esta roseta:

"Trove, trove, compañero,
no se me quede callao;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuando más dirá la gente
que lo tengo agallinao."

Juancho, quisquilloso, refuta inmediatamente:

"¿Que me tiene agallinao?
váyase, mijo, con maña;
no se me ponga malcriao
porque antós le rompo el alma".

Vicentico nota el intento de la copla y a fuer de hombre de buenas paces, hace como que no entiende la alusión y cambia de inmediato el tema, para desviar con diplomacia el vidrioso trance:

"Al año y a los tres meses
yo no descojo muchacha;
pero me gustan las viejas
con tal de que tengan plata."

Dice Juancho:

"Si por plata es que se queja
no mire mujer bonita;
casesé con una vieja
con tal de que sia bien rica."

A lo cual trova Vicentico:

"¿Con tal de que siá bien rica?
Yo li agradezco el favor;
déme plata pa casame
y me le subo al balcón".

Pero Juancho, que tiene aguda espuela es filósofo y

conocedor de la mujer rectifica el consejo que dió a Vicentico de que debe conseguir hembra rica, porque más vale ser soltero y libre, aunque pobre, que no casado y dineroso con coyunda:

"No se case gran pendejo
qui usté no sabe, señor,
qui hay que llegar hasta viejo
disfrutando este favor:
no casarse con nenguna
para salir ganador:
menos pulgas en la cama,
más campo, y menos calor."

Vicentico, que siente ya quebradiza su dialéctica, refuta con esta trova frívola que es un esguince a la lógica del trovador rival:

"Pues si me pican las pulgas
déjalas que me desangren,
porque las pobres no pueden
tampoco morirse di hambre."

Pero como esto va largo y hace falta un copetín de resacao, Juancho corta la versiada con esta copla:

"Vamonós por un traguito,
corazón amable y santo,
no hablemos más pendejadas
y démosle fin al canto."

Entonces, la concurrencia, en coro, contesta cantando:

"Angeles con carabinas,
todos apuntan al blanco:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo."

El maestro Vicentico suspende la tocata. Ahora van todos a mojarse el pico en la cantina de Pacha la cual anda desalada y sudorosa atendiendo a la clientela.

Se disuelven en grupos, y los tahúres dirígense al patio, tienden en tierra el poncho y sacan a rodar las muelas de Santa Polonia para dar principio a un desafío de "dao corrido", del que es siempre garitera de gran maquila, mi Señora Pacha, que para todo alcanza ella.

Hasta el momento, es bullicio todo, jácara, buen humor, los "cañaverudos" —como despectivamente los apodan los sopingos,— no han dado que hacer y aún no se les ha pullado con sesgadas satirillas.

El aguardiente se trepa a los pisos superiores de las negroides cabezas y una alegría frenética y brutal, estalla en los labios morados, en los ojos eléctricos y en los músculos broncíneos de la charolada muchedumbre.

8

—A vé, comadre Pacha, vamo a tomá usté y yo una copita por la felicidá de mi casorio y por el humó de esta charanga.

—Por supuesto Juanchito. A su salú . . . .

Chocan las dos copas jovialmente. Juancho deja un ratico el trago entre la boca, antes de resbalarlo, y una vez volcado, lo saborea con delicia. Luego, al colocar sobre el mostrador, la copa vacía, se limpia la trompa con un canto del poncho y dice con mucha gracia en són de jaculatoria:

—¡Bendito sea mi Dios que nos da de beber sin merecélo! . . .

Y agrega:

—Hasta lueguito misiá Pacha, que vamo a seguí la charanga.

Y haciendo sonar las palmas de las manos, convoca a la continuación de la fiesta.

Todos obedecen, y se forman para empezar otro aire. Rompe la murga con una guabina de esas "que hacen traquiar los güesos."

En lo fino de ella estaban, cuando apareció una comparsa venida con retraso de "Cañaveral", encabezada por Toño Cardona, el guapo de la forastería, de gancho con Doloritas Castañeda.

Como es de protocolo en bailes de negros, Toño pene-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tró directamente, y tomó la primer pareja que halló al entrar, para saludar luego al terminar la pieza, al padrino del baile y a la dueña de casa, so pena de caer en desgracia, por tomarse a desprecio el entrar en otra forma. En todo caso, la pleitesía, el saludo y el agasajo, al finar la pieza, para el padrino del baile y los dueños de casa, son de acostumbrado rigor, porque le va la vida en ello al que tenga la avilantez de hacer lo contrario.

Así lo hizo el bien recibido Toño Cardona, la charanga siguió sus cauces naturales y la alegría se desbordó, inundándolo todo, como las borrascas del Risaralda en los inviernos largos.

En un hueco de silencio Toño Cardona soltó la linda voz, y siguiendo el són de la murga, se puso a trovar así, con tonada de presentimiento:

"Triste estoy porque nací,
y alegre porque me muero;
pues a mí me vino carta
de que yo mi iré pal cielo."

Víctor Londoño le responde con intencionada marrulla:

"Con que vos te vas pal cielo?
pues allá vas a gozar;
¡que Dios te saque de penas
y te lleve a descansar!"

Toño le replica:

"Yo descansaré en el cielo,
pues no mi aguanto el antojo;
¡peru allá si no hacen bailes,
colorado tengo esti ojo! . . ."

Y termina el negro Víctor:

"Colorao tiene esi ojo?
¡cómo vas a parpadiar!
subíte negro pal cielo
que yo te voy a bajar."

Esta trovera riña continúa así, sin mayores consecuencias. Pero de golpe, Nicolás Montilla, achispado ya, le escupe a Toño la siguiente trova provocativa con este exordio:

—Vamo a vé si pa aventá peinilla sos tan güeno como pa trová. Cojéme este trompo en l' uña si sos tan macho:

"El amor del jorastero
es como cierto bichito,
que pica dejando roncha
y sigue su caminito . . . ."

Toño Cardona respondió sacando en alto la peinilla y diciendo:

—Vamo a vé, Nicolasito, a cuál jorastero se rejiere y qué es lo que usté me quiere decir en esa trova.

—Mu claro, compa: que no le rastrille el ala a nenguna sopinga, porque pa eso trae usté a Doloritas Castañeda que es su hembra.

—Y a usté que l' importa? Si a yo me da la gana, arreo con todo el hembraje de Sopinga, y a ver quién dijo miedo que pa eso soy hombre.

Nicolás no lo dejó terminar la insolencia. Sacó su pistola y enfocándole la boquilla, le colocó certeramente dos tiros en el pecho.

Toño Cardona se dobló sobre sí y cayó al suelo. Doloritas Castañeda le arrancó la camisa para descubrirle el busto. Tenía en el pecho varonil y peludo, dos heridas sabiamente dibujadas. Parecían dos pequeñas condecoraciones.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los de "Cañaveral" no toleraron la muerte de su caudillo y uno de los tales, subiéndose hasta donde estaba la araña de velas, barrió con ellas de un machetazo y se armó gresca en la obscuridad. Cerraron las puertas, empezaron a repartirse cuchillo y garrote a todos lados, como encolerizadas fieras. Las mujeres se colocaban tras de los machos, en los rincones de la sala o debajo de las mesas y de los asientos, para escapar a los golpes. Los alaridos repercutían en el silencio porteño como una gazapera de brujas.

Pacha Durán empujó la puerta de un sólo hombrazo y gritó con voz mandona:

—¡Paren muchachos y que siga el baile!

A su voz imperativa todos obedecieron, encendióse luz, marginároнse los estropicios de la batalla y la charanga prosiguió con más alegría que al principio. Los menos heridos continuaron la fiesta y los más, se fueron con el rabo entre las piernas, camino de sus casas.

El cadáver de Toño Cardona, que estaba en el centro de la sala, fue colocado en un rincón, para que no estorbara la pista de los bailarines. Le amarraron con una cabuya los dos dedos gordos de los pies, con el objeto de que el muerto no abriera las piernas y quitara espacio a los fiesteros.

Pacha Durán le prendió cuatro velas y el baile continuó salvaje, enloquecedor y bullicioso, a un lado del cadáver, hasta la alborada del lunes.

Al día siguiente, fueron arrojados al río, los cuerpos de Toño Cardona y Cristóbal Murillo. El Cauca era el cementerio de Sopinga.

A la oración, en los umbrales de sus ranchos y en los fogones de las cocinas, las comadres comentaban:

—El baile di anoche onde la Pacha, resultó un chasco. No hubo sino un muerto y diez meros heridos.

A este comentario respondió una arpía, encendiendo su pucho de tabaco en un tizón:

—Güenas las charangas de mis tiempos, comadre, en la Güenaventura y en Tumaco. Agora estas charangas no sirven pa náa. Es más la bulla qui otra cosa. Estos machos di agora se nos están amaricando, comadre . . . .

Afuera, por los campos, la tarde redactaba páginas de luces, con una ortografía de colores.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

9

La soledad inmensa, la desgarradora soledad, es la manceba queridísima del negro mediterráneo de Colombia. Con ella convive y dialoga, y en las noches profundas, descifra la partitura de las constelaciones con el cariño de su dolida música que es sollozo, alegría bestial, tonada de esclavitud, vaivén de palmera, agua de río, zumo de dátil y vaso de tristezas que vienen de la Biblia, al través de Cam, el patriarca padre de la raza oscura.

El negro quiere embozar con su alegría cimarrona el dolor taciturno que lo roe. Está hecho de ausencia y en su alma hay mirajes africanos de manigua, nostalgias alquitaradas por el polvo de los años y un hondo deseo de regreso en sus ademanes y expresiones.

Del Africa vino en castellanas galeras empujadas por sus bíceps latigados. En Cartagena de Indias lo descargó un amo cruel, que aceleraba las distancias marinas a fuerza de azotes en las espaldas. Por Panamá cruzaron las huestes negras, en Buenaventura y Tumaco anclaron tiendas de dolor, en estas dos aldeas fueron puestos a la venta y los que no quedaron en el litoral, los trajeron al interior a las minas de Antioquia. Más tarde, después de la abolición esclavista, se regaron como una gota de tinta sobre el papel color sepia de los valles cálidos.

De los que llegaron a Sopinga, casi todos mostraban

cicatrices de padecer y herretes de servidumbre. Habían servido a señores que no lo fueron, por que más tenían de hienas que de cristianos.

Y eternamente perseguidos, llamados siempre a servir al amo o para jugarse el cuero en las guerras civiles en conquista de una libertad que nunca usufructuaron, refugiáronse en el vericueto de Sopinga en ese claro abierto en la selva, a las orillas de un río tranquilazo y bueno, distante de los blancos perseguidores.

Allí, lejos del terror de los amos, en ese rinconzuelo criollo de soledosa paz, fueron a recostar los fardos de su cautiverio para soliviarse de tántos reveses. Por eso el negro canta. Canta, para ir dejando atrás sus pesadas penas, como las golondrinas sin verano esparcen plumas en el vuelo, para hacerse ágiles.

En sus trovas dulcísimas susurran agobios y cuitas, y van trazando en el encordado de sus tiples, itinerarios de angustia y caminitos con recodos de llanto.

Con barro negro de esclavitud y sal de sus lágrimas los amasó el destino, lloran patrias que no conocieron y sobre la Siberia de sus desolaciones, arrastran las sandalias, cantando tristezas por los caminos, como los ciegos.

Son carne de pesadumbre y el canto los alivia y torna livianos y alegres como los niños después de que han llorado.

El "torbellino" es aire nacional de abolengo africano y expresa la euforia elemental del negro de Colombia. Este, deliberadamente, echa en olvido la amargura que dejó en el bambuco y suelta las riendas de la alegría, de la borrachera sin control, en ese ritmo animado y vital que incita a botar fuera la angustia y a mover el cuerpo con movimientos cósmicos.

El "torbellino", para serlo de veras, debe ser trovado, en lo cual se nota influencia hispánica, porque los negros

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nunca "versiaron" en su continente y estas saetas, tan de su agrado, de sus verdugos las aprendieron.

Por eso expresan así en copla popular, las exigencias del torbellino:

"El baile del torbellino
ha de bailarse versiao,
¡Aentro los de corrosca
y ahi sós camisón rosao"!

El torbellino es el único danzón alegre de los bozales. Todas sus demás expresiones tienen estrías de languidez y están jaspeadas de amargura.

El bambuco es pena alegre, aire saudoso, tímida efusión, pero es siempre tristeza. Contiene él ingredientes espirituales tan hondos, que su definición exacta es imposible. Las quejas de los tamboriles en este ritmo, tienen el vaivén trágico de los remos que bajo el sol ecuatorial movieron los esclavos abuelos en las galeras malditas.

El traduce años de esclavitud, ansia sin rumbo, bajel sin dueño, hambre de patria, ulular de palmeras, paisajes borrosos de una tierra vista en sueños, chasquido de látigo sobre curvadas cervices, dolor hondo, desgarrador, taciturno, que muerde por dentro sin piedad y sin descanso, aunque en veces se haga malicioso y ladino y trate de expresar pasajeras alegrías. Ese contento es sólo un truco para velar con suavidad hondos penares.

Esta tonada nacional es media historia de la República. Al compás de su lamento criollo y de las cumbias lánguidas, construyeron los esclavos, piedra sobre piedra, las murallas de Cartagena y mezclaron cada grieta con vahos de bambuco, que es cal de sus osaturas sólidas, sudor de sus atormentadas anatomías y llanto de sus ojos sin patria.

Sobre las ondas del río Magdalena atardecieron sus vidas, portando civilizaciones caducas. Y mientras domaban el lomo del río con sus canaletes maulas, iban cantando trovas de profunda poesía dolorosa, como ésta que se titula "Canción del boga ausente", por un negro de verdad escrita:

Qué trijte que ejtá la noche,
La noche qué trijte ejtá!
No hay en er cielo un ejtreya . . . .
Remá! remá!

La negra re mi arma mía,
Mientras yo briego en la má,
Bañao en suró por eya,
Qué hará? qué hará?

Tar vej por su zambo amao,
Doriente sujpirará;
O tar vej ni me ricuerda . . . .
Yorá! yorá!

La j' embra son como er toro
En ejta tierra ejgraciá,
Con acte se saca er peje
Der má, der má.

Con acte s' abranda er jierro,
Se roma la mapaná,
Cojtante y ficmej? la penaj;
Nu hay má; nu hay má! . . .

¡Qué ejcura que ejtá la noche,
La noche qué ejcura ejtá!
Asina ejcura éj l' ausencia . . . .
Bogá! bogá!"

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sobre el espinazo del Magdalena, y subido en el lomo del Cauca, el bambuco se puso a vagabundear por todos los flancos de la Gran Colombia, y saliéndose de madre, fue a aterrizar al Perú y a Bolivia, llevando penachos de libertad, banderas de triunfo y esa irrevocable galantería de nuestros abuelos líricos.

Al compás de este aire nativo se dió la carga de Ayacucho por orden del General Córdoba, un mancebo de veinte años de hermosa pinta, bello como Patroclo y por tan serlo, digno de ser amado por Aquiles. Parecía fugado de una rapsodia del Divino Ciego.

Y volando en alas de las notas guitarreras, escondido entre las cuerdas de un tiple vagabundo, o bajo la ruana cómplice de un guapo, estuvo en batallas y revoluciones y se mezcló con la sangre bandida de nuestras guerras civiles.

El bambuco natal horadó corazones, sonrió en los bailongos mestizos y negros, rezumó nostalgias en toldas de arriería, tuvo cadencias muy tristes en los velorios de los compadres, malicias y marrulleras intenciones con zagalas en celo, acentos belicosos en escaramuzas con el enemigo, y también acunó niños de padre ausente y bañó con lágrimas nupciales, pupilas de donceles enfermitos de amor . . . .

El bambuco lo es todo en esta patria linda: el señor don Simón Bolívar, caballero de América, lo bailó después de las victorias, y Francisco de Paula Santander lo cantó en su tiple por las calles santafecinas de la barriada de San Cristóbal, al pie de españolas rejas, en solicitudes de amor, y lo rubricó luego, en pleno arrabal, ceñida la ruana sabanera y arriscada la corrosca, haciéndole quiebres y corcovos cachorritos, prendido a una india orejona de la sabana, en los festejos populares.

Porque el bambuco se trenzó a todas nuestras desventuras y alegrías, porque se hizo en la vida nacional sangre de nuestra sangre y hueso de nuestros huesos con entreveros del corazón y entresijos de la entraña del pueblo, por eso nos pisa el rastro con dejos de muchacha triste, nos empuja a la guerra civil con clarines de mando y se cuela por cualquier encrucijada de nuestra alma como un mal viento, para traer penares, amorcejos, nostalgias, o alegrías rencorosas.

¡Bambuquito criollo, bambuquito colombiano de tierra caliente, bambuquito de nuestro suelo querencioso, que olés a trapiche, a fresco anís y a muchacha virgen, nosotros te amamos aunque nuestros vecinos te aborrezcan y somos capaces de ir a otra guerra por defender tu soberanía!

Un cholo del Perú (1), hermano natural de Oscar Ordóñez el que intentó robarnos a Leticia, te ha motejado con el insulto de que sós académico, gramatical y pretencioso, dizque porque también te bailan y te cantan en los salones del alto mundo. ¡No sabe el sinvergüenza cholo que vos sos puramente democrático: del vientre popular naciste, bajo las ruanas del pueblo te amamantaron como un ternerito resabiado, aprendiste tus primeros pasos en los talleres de los artesanos, en las toldas de los arrieros, en los campamentos de los soldados, en los socavones de las minas, en los senos compasivos de las juanas, en las intimidades de los carrieles paisas, en el choque de las peinillas pendencieras, en la cogienda de los cafetales y en los tambos de los campesinos.

Y ahora, porque sós tan colombiano como Córdoba, un idiota peruano de los que vos libertaste te agravia diciéndote burgués y aristocrático, almidonado y orgulloso como cualquier lechuguino millonario . . . . Vos no tenés la culpa, hermano, de ser tan querido y de que todos te ado-

---

(1) Luis Alberto Sánchez: "De la vida y pasión de la cultura en América". (Crítica, Buenos Aires, 1933).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

remos y te abramos las puertas de nuestras casas y las alas de nuestros ponchos, para abrigarte y ofrecerte posada tibia. Porque te queremos como a una novia montañera, es por lo que te abrimos las puertas de nuestras casas, desde el rancho pajizo que hace siesta a orillas del Magdalena, hasta los palacios de los poderosos. En todas partes estás y en todas sós atendido, porque bien te lo merecés, hermano. Estás en todas partes como Dios, y te encontrás disperso en toda Colombia, como el aire cimarrón que respiramos . . . . Y por eso es que te queremos, bambuco criollo de la tierra: porque sós "rasgao" y generoso; porque sós macho y guapito; porque tenés correa de verdad, porque no te remilgás con nadie, ni te das humillos de señor con los humildes, y porque como buen criollito que sós, te das a todos, por parejo, como un buen amigo que no sabe preferencias ni traiciones . . . .

Era apenas un abra en la selva el puerto de Sopinga, y ya el bambuco se había colado por entre los huecos del boscaje y de los ponchos, se adentraba jubiloso, estaba como en predio propio, invadía los rinconzuelos de la brecha, del rancho, de la canoa, de la montaña.

Triscaba en labios de las muchachas que en el caney tendían matules de tabaco o lavaban ropas en el Cauca; hacíase barcarola, al amor del agua, río abajo sobre una piragua lenta; y en las noches de borrachera colectiva, en los bailes de garrote, era dueño y señor y gobernaba con soberanía y dulces fueros, por toda el alma del villorrio.

El bambuco es el barniz del negro y después de cantarlo, sale lustroso y remozado como después de un baño tibio.

10

La soledad del negro es su compañía y por eso vive absorto, como embelesado con las estrellas y las noches claras. El aislamiento lo conforta y en su regazo es diminutamente feliz.

Aquí, en este valle undoso de Risaralda es rey de selva y de ancha libertad. Cualquier punto que capte la mirada, retazo suyo es y por eso lo recorre con jurisdicción jactanciosa. Sus ojos miran lejanos y es amo de horizontes sin linderos. No le interesa la civilización, porque no la ama y talvez la odia y le asusta.

En Sopinga está solo y la soledad es su trinchera. No tiene caminos a su alrededor y el único sendero que lo lleva al mundo es el río. Sin embargo, vive estacionario y su prisión en la selva no lo angustia. El no tiene esa ansiedad del blanco de poseer rutas y lontananzas.

Está adezado a la soledad contemplativa y aunque sabe que el río es el único vehículo que lo lleva a la vida exterior, a su ribera permanece tranquilo, bajo los tamarindos y guayacanes que vigilan silenciosamente su vida. Allí se queda, indiferente a las invitaciones móviles del agua que lo llama hacia los mirajes de la civilización.

Este es su panorama: arriba un cielo siempre azul, de un azul unánime que desespera de tan indolente y monótono. Rodeado de muerte por todas partes, su vida se enarbola en la manigua con desafío, pero aún así, ama

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la selva porque es más clemente que los blancos y los costados de la tierra más pródigos y fecundos son, que ese suelo urbanizado y mediocre, doméstico y servil que cultivan los hombres de las ciudades.

La vida entre semana de los risaraldinos, es vivir de evangelio, y nadie podría creer que esta canalluza bandolera de las noches de charanga, la integren estos hombres bondadosos y risueños que parecen pastores de manso obrar, y que sean estas mujeres modositas y acunadoras, las hembras de rompe y rasga de los bailes de garrote.

Porque en las tardes, sentados pacíficamente sobre los brocales de las puertas, encienden tabaco en sus pipas y se ponen a auscultar el crepúsculo que se descuelga sobre el río con colores aspavientosos, como sus pañuelos rabuegalios.

Hacen tertulia letificante, en espera de las sombras, hermanas suyas por la color y por la soledad. Sobre el pañuelo de la noche próxima, tienden sus miradas sin rutas, con ansias contenidas y tristezas próceres, que se remontan hasta los antepasados, en tanto que los cocuyos bordan semifusas de luz sobre la seda nocturna y las chicharras monocordes, los avechuchos o los tigres vigilantes, lloran pesadumbre entre los árboles, cuyos brazos se crispan hacia arriba como queriendo suplicar estrellas.

Para amortiguar el silencio, rozan las cuerdas del tiple con cierta pereza melancólica y el bambuco les abre turbios caminos de ausencia y paréntesis de ensueño, que los hace pensar talvez en esas distantes patrias de sus abuelos mártires.

Este Agustincillo López, envejecido ya, y Salvador Rojas no nada joven tampoco, parlan dolidamente, ante las hembras silenciosas y los muchachos que amagan sueño.

Evocan con voz quebrada por la pena, los lejanos días

de juventud, cuando se marchaban a la guerra civil con el mismo empaque zandunguero que si fuesen a un baile de garrote. Sabían que iban a la charanga para salir en cuatro tablas, camino del río, único cementerio del puerto, o con real hembra de pichonas carnes, ganada en riña criolla con pundonor de machos.

Así también, cuando alistábanse en la revolución, o no regresaban nunca, por morir, o retornaban amados y ricos, por vencer, dueños de buen botín guerrero y hasta de algunas juanas sentimentales y cariciosas que hicieron toda la campaña al lado de ellos, como perras fidelísimas.

Y prenden la mecha al diálogo con estas palabras:

—¿Ricuerda usté, compadre, el año de la virgüela? Yo taba mu cachorrito pero mi acuerdo como si tara presente . . . .

—Yo tamién era un pichón no má, pero mi acuerdo, compadre, como si juera agora.

—Esi año murió mi mare, compa.

—La mía tamién, hermano. ¡Que Dios las tenga en salú! . . .

—Tuavía, en esi año, éramos esclavos . . . . Yo ricuerdo cómo mi mare trabajaba igual qui un burro y cómo le dieron una azotaína una vé que taba enjerma y no podía trabajá . . . .

—¡Lindos tiempos esos, apesar de too, compa! Manque es verdá que se sufría mucho, tamién es cierto que la vida era como más güena agora años. ¿Si acuerda, compa? ¡Qué bonitas las canciones de esos tiempos, esas tonadas enguayabadoras que cantaban nuestros taitas y que trujeron di allá, de la querencia de ellos!

—¡Qué lindas canciones, compadrito y qué güenas trovas las de esos tiempos! ¿Ha visto usté, compa, esos cantos de agora tan chirles y tan pendejos, que no se parecen náa a los que cantábamos usté y yo, cuando tábamos con el buche al aire? ¿Nu es cierto?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Sí, compadrito.

—Aloye, compa. ¿Usté no si ricuerda de aquella tonáa que cantábamos todas las noches, dispués del rosario, en los corredores de la casa de mi amo Julio Arboleda, qui hablaba de la esclavita que iban a vendé los amos?

—¡Ay, compadre: la tengo tan prisente que me duele como un ricuerdo! Mi mama Duminga la cantaba cuando no mi había destetao tuavía. Era asina . . . .

El viejo Agustín, entorna los ojos para recordar, tararea un poco y luego dice a su negra:

—Mana Juaquina: hacénos dúo a mi compadre y a yo, a vé con qué salimos. Vo sabés la tonáa porque tu agüela tamién la cantaba cuando la trujeron de Cartagena.

—Sí, mi amo. Pueden impezar, si queren . . . .

El humo de la noche se va espiralizando por todos los contornos y la frescura edénica de la hora, solivia los corazones silvestres de estos tres soldados de la vieja guardia, que evocan remembranzas condolidas de ausencia.

Y empiezan a cantar los tres, con voces ancianas y tristes. Es una balada de esclavitud que cantaron sus madres y abuelas, y que ha venido desde el Africa profunda, de padres a hijos, hasta sus prietos labios adolecidos.

Los tres la sienten porque la vivieron en la infancia brumosa y remotísima, cuando los antepasados la cantaron con una murga que se componía de dos instrumentos: el sollozo de sus dolores y el repique de sus cadenas de servidumbre.

Cantaban así, cadenciosamente, los dos negros decanos:

"Mi siñora no me quere,
mi amo no me puede vé;
mi siñora, la chiquita,
dice que mi ha de vendé

por un plátano maúro,
y una tutumita e mié . . . . "

Los tres, a dúo, continúan con este estribillo:

"Mi siñora, la chiquita,
no me venda su mercé:
yo le lavo la ropita
y le cocino tamién."

Agustín grita, sin cantar: —¡Fracíca! . . .

Contesta Joaquina: —¡Señó! . . . .

Prosigue Agustín: —¡Tu amo te quere vendé! . . .

Joaquina, alarmada, pregunta: —¿Po qué? . . . ¿Po qué? . . .

Agustín, con tristeza: —¡Poque no sabé molé! . . .

Los tres, recobran el coro a dúo, y dicen en tono vivaz:

"Manque nunca sepa,
yo lu aprenderé;
y si no aprendiere,
véndame vusté . . . "

Se quedan silenciosos, masticando los recuerdos y el humo sale con más fuerza de sus churumbelas, como si quisieran empujar a vapor, la barca de sus remembranzas.

Después de un retazo de silencio, Agustín dice con la voz húmeda de ternura:

—¡Ay, compadre Salvadó! ¡Qué vaina sé uno tan macho! . . .

—¿Po qué, compadre?

—Poque si yo no juera tan macho, me emperraría a llorá como una hembra. ¡Ahi que vé! . . .

—¡Eh, compa! Lo mejó será que cambiemo la conver-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sa poque esto se ta poniendo como medio maluco. A tiempo viejo echále tierra. ¡Qué se va a hacé, compa! . . .

—Así será, Salvadó.

Y se le quebró la voz en un suspiro.

Reanudan el silencio, fuman las interrogaciones de sus pipas y al rato, los dos lobos del río se despiden:

—Hasta mañana Salvadó. Ya son las ocho y me cogió la noche, pues yo tengo que madrugá a capá unos toritos que compré en la jeria de Cartago. Güenas noches, Salvadó . . . .

—Güenas se las dé Dios, compadre . . . .

Levántanse todos del umbral del rancho y se ponen a armar sus chinchorros para echarse a dormir acostados con sus cuitas, que también son hembras.

La noche es tan oscura, tanto, como la pena de un negro que llora una tonada de esclavitud, aprendida en la servidumbre de sus padres.

11

Las mujeres discurrían de allá para acá, en ires y venires de hogareñas labores, entre el lavado de ropa y los menesteres de casa, cocina, lecho y cultivo del huerto.

El cual no pasaba de algunas matas de plátano y de yuca, para acompañar con sus dádivas el condumio de pescado o carne de monte que era el único aporte del marido vagabundo y haragán, que se estaba casi todo el día incrustado entre la concha de su hamaca, indolente y desnudo bajo los caracolíes, durmiendo las más veces, y las menos, trovando al són de un tiple acatarrado que siempre tenía cerca de sí.

En ratos de vagar, ellas espulgaban los negritos, sentadas en el suelo o sobre el umbral del rancho. En otros momentos de huelga, poníanse a elaborar matules de tabaco traídos de los caneyes del patio donde los curaban a la intemperie, para venderlos más luego en los mercados del puertecillo.

En este faenar humilde, la hembra sumisa envejecía, dócil a su macho, sin remilgarse nunca, contenta de quererle, agradecida de que le diera hospedaje.

Muchos de los sopingos, jamás canjearon sus mujeres, lo cual no era de rigor, y vivieron siempre unidos en matrimonio feliz. Amaban a sus hijos por sobre todas las cosas, adoctrinábanlos en la ciencia del vivir cimarrón, en los secretos de la cacería, y en los subterfugios y soca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

liñas de la pesca, del contrabando y de la natación. Y muy especialmente, traspasaba a sus hijos todos sus conocimientos, experiencias y sabidurías en el manejo del machete y en el arte de defenderse con éxito en las peripecias de la vida.

Los mozos alebrestados y las negras cachondas, esos sí vivían en matalotaje permanente, haciendo calabresa la vida en los primeros años de la fundación del puerto.

Aunque ningún clérigo les rayó la bendición antes de aquerenciarse bajo un mismo tambo, la mayoría de los hogares de Sopinga, ya cuando el puerto estaba adulto, eran cristianos, unidos, de buen vivir, honrados, pero nada trabajadores.

El pueblo, al correr de los años, veníase corrigiendo de sus vicios, y poco a poco, fue dejando limar su arisquez, aunque jamás transigió con los líos matrimoniales ante el cura, ni con la supresión de los bailes de garrote, los cuales cada día tomaban más auge y mayores prosélitos.

El negro no es incapaz de amor y cuando dice a amar, se va a los extremos, hasta la insania casi. Poco dado a querer con firmeza, más le gusta picar aquí y allí, mariposear allá, por sensualidad y vicio, que no por mala índole. No sabe frenar ni repartir sus emociones.

Pero si ama, totaliza su amor en una sola hembra, se le entrega sin limitaciones, tórnase celoso y arisco y se aconducta de tal modo, que en sociedades blancas sería modelo de patriarcado.

A más de sus negritos, la raza cananea adora también sus barcas. La mujer, los hijos y su canoa son el triángulo que sostiene la tolda de su ensueño.

Para fabricar sus canoas, gastan mucha paciencia y detalle. Buscan en el monte maderas de gran preciosidad y duración. Con los troncos de abarcadura que derriban, las labran, pulen y acondicionan para el errabundaje por

el río, bajo el poncho verde de la selva.

Hay que ver cómo las cepillan, con qué curia las desvastan y hacen suavecitas, tallándoles flancos y curvas mujeriles. Una vez terminadas, las ponen a curar entre el agua fluvial, al sereno y al sol, hasta que estén a punto de dar servicio.

Entonces, las pulen y acarician más, empiezan a amarlas como si fuesen queridas, las calafatean y pintan con colores chillones. Y todos, los dueños de barcas pobres o de barcas ricas, les dibujan en la proa nombres femeninos de dulce resonancia. Este, la acristiana con el nombre de "Rosa Isabel"; el otro, con el de "La Manuelita"; el de más allá la bautiza con el sencillo remoquete de "Mi mujé" y otros de más natividad y raizalería, les escriben en el pecho palabras indígenas de melódica pronunciación, como "La Combeima", "La Chumbimba", "La Pubenza" y otros apelativos que se diluyen en los labios, al balbucirlos, de tan azucarados y sonoros.

El día del bautismo hay charanga donde Pacha para festejar el suceso fausto y los padrinos danzan alrededor de la canoa, con antorchas y flores de caracucho entre las manos. Luego quiebran contra el hombro de la barca, una botella de aguardiente fino, especialmente destilado para la ceremonia. Después echan la canoa al agua, con algazara del negrerío y con hurras de todo el vecindario.

Y las aman, las adulan en coplas, las acarician y celan, porque mujeres son para ellos y como esclavas los siguen en todos sus peregrinajes por el río.

En la entraña de su canoa, el negro se siente más libre y seguro que en la tierra, y ella es el testigo de sus nostalgias en los atardeceres del retorno al rancho, de sus cacerías peligrosas, de la paciente pesca, de la aventura contrabandista, cuando la pone a galopar como una gacela fugitiva, huyendo del corchete blanco que persigue al hombre negro desde la eternidad de los tiempos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Se pasa los días incrustado en su caparazón, fumando churumbela y tejiendo trovas, como si estuviese dentro de una hamaca móvil. La quiere más que a su mujer, porque es más confidente, más económica, más íntima, más callada y señora suya, que la propia que le da hijos, aliña su pan, cuece su agua, y en noches de paludismo le da bebedizos y sudores para calmar sus males. Y la quiere, además, por silenciosa, porque no hay que exponer el pellejo por su compañía como acontece con su mujer de veras, nunca le pide nada, y es fiel, constante y comedida, como jamás lo fue la esclava más devota y obediente del mundo entero.

Hasta el finar del siglo pasado, el blanco no había podido penetrar a este recodo rebelde en donde la negredumbre se estableció con anchurosa independencia.

Los pocos que iban y las contadas autoridades que se arriesgaron a penetrar, cayeron a golpes de machete, o devolviéronlos a las ciudades, escarnecidos y vilipendiados, como los agentes de Olimpillo García, para recalcarle al blanco que nada querían de su ralea.

Sin embargo, pasados los primeros años de pubertad y estando ya hombrecito el puerto, fuéronse organizando mejor, y establecieron autoridades propias, que regían la existencia, hasta cierto punto inocente, de la democracia negra.

La honradez era atmosférica en Sopinga y no había que extrañarse de cómo desde el sábado, los traficantes que venían de Cartago, el Guineo, Santa Ana y otras regiones, dejaban en la playa o sobre sus canoas todos los artículos de trocar y vender, sin que caco ninguno pusiera uñas en lo que estaba a la intemperie, sin otra llave que la probidad proverbial de esas gentes que, fuera de su natural agrio y pendenciero, y de su atávica decidia, eran, por lo demás, pozo rico de cualidades y virtudes.

Su altivez y el asco por el blanco llegaban a tánto extremo, que ni siquiera querían gobernaciones espirituales. El padre Hoyos, luego obispo de Manizales, cayó una vez al puerto, sorpresivamente, hizo tocar las campanas a vuelo en un rancho que hacía de capilla y que no terminaron unos sacerdotes que en otra época habían intentado construír templo. Los sopingos les permitieron levantar el rancho y subir las campanas, pero una vez construído un tramo, les notificaron desahucio y destierro en plazo de horas. La capilla estaba abandonada, pero las campanas sí las utilizaban en las grandes solemnidades fiesteras, cuando había que anunciar con estrépito una gran charanga donde Pacha Durán. Entonces las echaban a vuelo, al són de la banda de Vicentico Martínez y el puerto revoloteaba de entusiasmo y de preparativos para la jarana.

Este padre Hoyos bueno, apesar de que sabía las malas pulgas de la negranza, resolvió retar el peligro con rutilancia de fe, y una noche temprano, se apareció en los contornos del puerto.

Ver un fraile en vueltas por ahí, y luego oír repicar campanas, con toque eclesiástico, fue salir toda la gente a comentar y a hacer murmuraciones sobre la causa y origen de la inesperada visita . . . .

Se supo luego que el Padre Hoyos venía a bautizar gente y a enseñar doctrina a todos los sopingueros, lo cual éstos no aceptaron por manera alguna.

Y apenas se recogió el buen cura, fuéronse a la capilla unos jaques buenhumorados, desnudaron el cadáver de una vieja que el día anterior había muerto, la amarraron cabeza-abajo de las cuerdas de las campanas, y cuando a las cuatro del alba, el Padre Hoyos fue a repicar para llamar a misa, quedó aterrado de ese espectáculo macabro, por lo cual, tomó las de villadiego, precipitadamen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te, dejando atrás alforjas, escudero, y cuantas intenciones había traído para el buen logro de su cruzada misionera.

Por la mañana, las comadres y el vecindario todo, comentaron con socarronería el premeditado fiasco y la chacota que al humilde cura le habían hecho sufrir, y esto fue causa de varias agudezas muy celebradas entre ellos, y hasta hubo un amago de charanga para festejar la ocurrencia de los señoritos del puerto.

En realidad, ya entrado éste en años, habíase moderado mucho y aunque las riñas no cesaban, las costumbres eran menos bárbaras, las gentes más dadas a sonreír que a pelear, y había en el fondo de todos ellos un sedimento de infantilidad, pues que los negros todos y los de cuantas latitudes los contengan, tienen cierto natural pueril que los hace, en fin de fines, un poco bondadosos e ingenuos, aunque crueles y embusteros, como lo son los niños de todas las pintas, clases, razas, regiones y continentes del mundo.

La sangre calenturienta y el modo de ser rascapulgas y maniligeros para sacar peinilla, sí no habían sido atemperados. Cuando un sopingo se sentía zaherido por una pulla, un dicho malicioso o por una dácame acá esas higas, tendía rápidamente el poncho en el mismo punto donde era ofendido y gritaba al provocador:

—¡A vé si es tan macho que me pisa el poncho!

Y como el otro tampoco era manco, ni mocho, ni mudo, lo pisaba, al mismo tiempo que le escupía un sartal de vizcaínos raheces, por todo lo cual, la gresca terminaba con un muerto en el campo, ante la rosca de noveleros que nunca faltaba en un trance de éstos, para fallar sobre la villanería, miedo o chambonada de un golpe maestro durante la contienda.

Y defecto capital era también el odio al forastero, aunque fuese de la misma color y catadura que ellos.

El afuereño llegaba y se le recibía con alusiones pí-

caras y satirillas de mal gusto y peores consecuencias, pues casi siempre terminaba en riña mortal de provocación. Le hostilizaban y aburrían hasta lograr que desocupase el poblado. Y si tenía la candidez de traer barragana, se la expropiaban en franca lid, porque la hembra foránea debería quedar por siempre en garras del nativo.

Y por último, el blanco era el blanco de sus odios, persecuciones, rencores, celos y mendacidades. De generación en generación cultivados, venidos en codicilos por testamentos de padres a hijos, cuantas veces el blanco quiso arrimar el hocico por esos lados, lo decapitaron inexorablemente, para ejemplo, escarmiento, y noticia de cuantos comarcanos de fuera quisieran acercarse al puerto.

Así, pues, con estas costumbres y en ese valle de contento, el negro era feliz. La soledad lo envolvía como en una franela de lana pura, y lo cobijada con tibios calorcitos fraternales.

Su única pena era el terror a lo invisible, a ultratumba, a las cosas que por su ignorancia no podía explicarse, como la causa de los fenómenos naturales que nunca fueron de su dominio y familiaridad.

Supersticiosos, vivían en continua angustia, monologando, aterrorizados y tímidos con sus **monicongos,** unos fetiches por ellos mismos construídos, hechos a su imagen y semejanza, para implorarles ayuda divina. Los negros eran felices de sentirse dominados por sus propios ídolos. Como los blancos, también ellos fabricaban sus dioses para temerlos, pedirles favores y adorarlos.

Si tenían un enemigo lejano, encendían velas ante el monicongo familiar, con la intención de hacerlo venir hasta sus lares y castigarle su bellaquería. Deseaban hacer morir a alguien, enloquecer o enfermar a un adversario, curar a un amigo o alejar un maleficio, rezaban plegarias estrambóticas a la mascota para lograr éxito.

Si querían a una hembra deseada por desdeñosa, hin-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cábanse ante el querido monicongo, rezábanle preces y le ofrecían sacrificios, velas y trovas para obtener la gracia de ver a la ambicionada mujer, rendida de amor y complaciente a sus deseos.

Al monicongo ocurrían siempre en horas de angustia, de terror, de alegría o de pesar, en demanda de consuelos, fuerzas, curaciones, afectos, sabiduría, protección y ayuda.

Sosegados vivían en su selva, apesar de todo, no obstante las zozobras en que los mantenían los dioses y las creencias ancestrales aprendidas de los antepasados.

Por lo demás, eran libres, señores de cuanto se extendía ante sus miradas, amos de ríos, montes, animales y esteros. Gozaban además, de sabrosa holganza, buen techo, harto pan, dulce clima, y de todo lo que tiene el valle de Risaralda de paraíso y de ventura.

La existencia rodaba suavemente, sin brincos ni sobresaltos, con esa naturalidad calculada y despaciosa de las creaciones que vienen a cumplir su destino, y que nacen, crecen, viven, se desarrollan y mueren.

Aquella tarde, linda de verdura y de trópico, estando los ancianos reunidos en familiar convivio, y a su alrededor todas las gentes del puerto, fumando cachimbas al compás de sus cantares, aparecieron unas luces por allá, en el horizonte, sobre las aguas del Cauca.

Al principio, todos creían en visión, ensueño o encantamiento de un fantasma, por arte del monicongo. Pero no era así. Los más viejos, los recorridos, los que estuvieron en las guerras y conocieron a Cali, Buenaventura, Cartagena o Barranquilla, se explicaron la aparición. El jadeo de las máquinas, su tamaño colosal, comparado con sus balsas pobres, y la chimenea que exhalaba tirabuzones de humo como saliendo de un gran cigarro, les arrancó los velos y les mostró la dura realidad.

Era un buque y los que no conocían ese monstruo, los

que nacieron y nunca se alejaron de Sopinga, aterrorizados, comenzaron a dar gritos de pánico, a medida que el barco se acercaba.

El más viejo, frenando su rabia, su despecho y su tristeza, comentó simplemente:

—Es un buque. Ahí vienen los blancos, armados hasta los dientes.

A lo cual contestó el que le seguía en edad, dignidad y gobierno:

—Si. Es un buque y son los blancos los que vienen. ¡Agora sí, nos jodimos!. . . .

El buque llegó hasta la playa. Desembarcó un centenar de civilizados, ante la temerosa curiosidad de los noveleros que rodeaban al gigante.

Los cuales eran chiquillos que se acercaban temerosos a la ribera.

Hubo un silencio más negro que la tribu, un silencio profundo, cargado de venganzas, y los viejos de Sopinga, amargados y adoloridos, penetraron calladamente a sus cabañas, recónditos de rabia, lívidos de despecho.

Era que llegaban los eternos enemigos, a los dominios conquistados por el negro con bravura y con sudores. Era que arribaba la langosta blanca, era la raza maldita y perseguidora que todo lo destruye, transfigura, daña, pudre, exprime, desmoraliza y envilece.

Eran los blancos canallas, sembradores del odio y del terror, que venían al puerto querido a descargar sus equipajes de vicios, ambiciones y falacias, y a turbar la placidez permanente de un valle feliz en donde habitaban hombres dichosos y libres.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

12

La mañana indígena fue desplegando sus plumas de colores, en arcos luminosos, con la majestad de un pavo real que arma su cola. Comunidades parleras de optimistas pájaros cantaban por los aires maitines de alegría, y las colinas lejanas presentábanse desnudas, lustradas, lavaditas por el relente de níquel.

Las aguas del Cauca y Risaralda, con cachumbos de sol, exhalaban vapores levísimos y blancos, como los que despiden, en los amaneceres fríos, los hocicos de los bueyes.

El alba iba abriendo lentamente sus abéñulas de luz, y todo era belleza, contentamiento, paz y claridad en el contorno. Hacía una mañana triunfal como para ser niño de nuevo y echarse por cañadas, oteros y boscajes a hollar con la desnuda planta del pie, la tierra india, húmeda de rocío, y saturada de olor de pasto joven, declamando plegarias de paganos panteísmos.

Las canoas danzaban sobre los crespos del agua, enrojecida de tan copiarle el granate a los inmensos písamos que a la orilla de los ríos montaban guardia. Entre tronco y tronco, por los huracos silvestres, los guaduales pensativos sumergían sus melenas verdes sobre el charco, como bañistas de cabello fértil.

Era una mañana de Dios, tierna de esplendidez, una

mañanita criolla de tierra caliente, con tufillos de montaña y claridades de estampa holandesa.

Pero en el alma de los negros de Sopinga hacía noche oscurísima, cargada de presagios y de azares.

Como Ashaverus, habían huído auroras y noches de la tirria del blanco perseguidor. Pero hé aquí, que cuando se sentían por fin soberanos y señores, aquél se presentaba con boato y aparataje, para apercollarlos nuevamente a sus dominios, con serviles cadenas.

Antes, habían permanecido libres, porque las autoridades apenas sí se preocupaban y sólo enviaban, de vez en cuando, pequeñas escoltas que eran atacadas o devueltas nuevamente al gobierno en la forma ya conocida.

Pero ahora venían gentes torzuelas de la peor pelambre, pechadora bazofia de toda pinta y condición, gallofe-ros cazurros con ínfulas de fuerza y de conquista.

A sus oídos de trotamundos habían llegado noticias de que Sopinga era tierra de buen clima, fructuosos llanos, próvidas montañas y mansos ríos y que por lo tanto en ese rincón de cielo podrían establecer dehesas de ganado, haciendas y estancias, pueblos y centros comerciales.

En consecuencia, ellos serían aherrojados y perseguidos, y la maldición de Dios sobre su raza mártir volvería de nuevo a enseñorearse de sus hombres.

El alba era espléndida, pero hacía noche oscura en el corazón de los negros de Sopinga.

Del buque desembarcó una tropa saraviada de mestizos y blancos, con lunares de tal cual negro envilecido que a órdenes del blanco estaba.

Formaron tiendas triangulares de campaña, vivaques como de guerra, a guisa de toldos faranduleros de gitanería. Cada soldado portaba fusil, cantimplora y equipo de retén, señal de larga temporada.

Un hombre malencarado dijo llamarse el inspector y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

daba órdenes autoritarias en alta voz. Detrás de él, venía una columna de zapadores, el hacha al hombro, para internarse por la selva.

El mal titulado Corregidor, se dirigió así a los naturales de Sopinga:

El gobierno me manda a poner orden en este infierno de bandidos y de contrabandistas. Ya no podemos tolerar tanto abuso, inmoralidad y guachafita y ha llegado el momento de que ustedes anden derecho y dejen de hacer lo que les dé la gana. ¿Entendieron, negros guasamayetas?

Un silencio sombrío ennegreció el puerto y la diafanidad de la mañana milagrosa. Ante ostentación tan desafiante de fuerza, la enarbolada altanería de los bozales, fundadores de Sopinga muchos de ellos, hubo de enmudecer, y de curvarse con resignación y dolida nostalgia.

Agustinejo y Salvadorcillo, achacosos y ancianos, se sintieron incapaces de claudicación, porque eran los padres del puerto. Liaron fardeles y morrales para otras tierras, en asunto de pocas horas.

Algunos, de condición cobarde, indolente y sumisa, transigieron con la renovada servidumbre, permaneciendo allí. ¡Tánto puede el amor a la natía tierra y lazos invisibles y tan fuertes ataban a un terrón salvaje a los que ayer eran libres y soberanos como las aguas del Risaralda, y ahora se doblaban serviles, a trueque de poder contemplar todas las mañanas, la salida del sol calentano en la tierra que fue de ellos!

Lo que más impresión causó en la negrocracia fue la misión de jesuítas que por esos días se hizo presente. Armaron capilla y dieron nueva sonoridad a las campanas, enantes enmudecidas para rezos y sólo parleras para invitar a las charangas.

Un domingo, bien de mañana, tres frailes convidaron

con buenas mañas a los negros, a regular sus vidas con sogas de matrimonio, exhortándolos a dejar de vivir en pecado y a sacramentarse como Dios manda y nuestra Santa Madre Iglesia ordena hace siglos.

Los curas conmovíanse, pintaban las calderas del infierno más grandes que las del vapor atracado en el puerto, trataban de espantar y de enternecer a sus catecúmenos, blanqueaban los ojos amagando lágrimas y subían los brazos al cielo en quiebres suplicativos, a fin de hacer llegar hasta los hondos y oscuros socavones de las conciencias zambas la luz del evangelio.

Pero los negros escuchaban tales alaridos como oír llover y en veces hasta se sonreían bajo sus ponchos, con taimado disimulo. Después de varios enviones de los frailes, los porteños, más por pereza de discutir que por convicción, se acordaron en casi todas las cláusulas, menos en aquella de enlazarse con rejos matrimoniales, que ellos se amaban a su manera, sin ritualidades algunas, teníanse felices con el amor libre y espontáneo, el mejor aglutinante para ayuntar de veras dos almas, en lo cual resultaban más sabios y experimentados que los blancos.

Como los curas vieran que era inútil convencerlos para que se casaran de acuerdo con las normas de la iglesia, apelaron a la fuerza pública y dieron en rayarles la bendición a diestra y siniestra, por las malas. Visto lo cual por los negros, unos aceptaron rabiosos y resignados, mascullando vizcaínos en vez de latines; otros esquivaron las nupcias y se internaron en la montaña para nunca salir, y los más, se pusieron en pié de guerra, rechazando con altivez toda intervención que tendiera a menoscabar los fueros de sus conciencias.

Los agarraban por fuerza bruta como se conscribe para el servicio militar o se enrola para la guerra civil. Y como esta persecución continuara sin cuartel, los negros más rebeldes, cansados del inútil batallar, optaron por

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

huír, como los otros, hacia la selva, dejando en el puerto el rancho, las siembras, las barcas y cuantos eran sus haberes. Y se iban energúmenos contra los blancos y los curas, vomitando el sacramento con blasfemias de grueso calibre, los que contra su voluntad hubieron de aceptarlo.

Y se vió el caso de muchos matrimonios que eran felices y habían vivido unidos hasta antes de la intromisión clerical, desatarse malquistados, desde el mismo momento en que la iglesia les formalizó el estado.

La vida en el puerto se fue matizando de dureza, y haciéndose insoportable por la continua ingerencia de los blancos voraces.

Por todo esto, los que pudieron emigrar, lo hicieron con mucho contento de los conquistadores; y los que se quedaron, resignábanse aparentemente, buscando y no perdiendo nunca la oportunidad de rebelarse contra la tiranía forastera, que sólo había llegado a sembrar cizaña, servilismo, odiosidad y desamor.

13

El hacha sembró de estrépito la montaña verde de silencio y de quietud, y fue ensanchando el paisaje. El hueguecito de Sopinga y el centenar de bohíos que se amodorraban a orillas de los dos ríos tutelares, se estremecieron de espanto. A sus lados, se abría el mundo como por milagro. Las hachas fueron degollando árboles amigos que habían vigilado la infancia del puerto y que eran mojones de sus vidas y de sus recuerdos. En cada huraco de montaña, donde nunca hubo luz, entraba ahora un sol tonificante y forastero.

Las bóvedas arqueadas que formaban las arboledas, fuéronse aclarando, y en pocos años, lo que antes era selva apretada, tupida, fuerte muralla hostil al hombre, ahora se presentaba como un mosaico de esmeralda, suave al pie, cribado de ríos trovadores que venían de la montaña, claros de paisajes, prietos de perfumes y rumorosos de nidos.

Tal cual estero florecido de garzas rosadas y blancas, opilaba el paso conquistador del hombre blanco, ávido de fortuna, deseoso de acrecer patrimonio en esta tierra taumatúrgica. Entonces, lo desecaban y el que antes era tremedal inaccesible, ahora era parcela de pasmosa fertilidad.

Para los negros fue la colonización obra de portento y de asombro. Admirados presenciaban cómo la montaña

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rebelde y tenaz, cedía al golpe del hacha, curvándose a la fuerza, para entregarse al fin, después de lucha recia. ¡Qué mucho, pues, que ellos se resistieran con estériles arrestos, si el pecho de esos hombres de barbas torrenciales era fuerte y hercúleo como la proa más poderosa y tozuda de esas sus barcas amigas, que nunca retrocedían y siempre iban hacia adelante, hacia adelante, abriéndose paso por entre las naves sombrías que techaban las aguas del Cauca! Todo era inútil. Sus fuerzas animales eran nada ante la fortaleza vasca de estos hombres sin fatiga. Y desde entonces, optaron por la entrega sin condiciones. La fatalidad lo mandaba así, y obedecían con humildad de ancestro.

En cosa de pocos años, apareció en toda su esbeltez el valle de Risaralda, tierra de prodigio, de prodigalidad y de una descarada belleza. Sobre su piel agradecida, conquistadores de Manizales fundaron dehesas, estancias, bonitas haciendas, y pueblos risueños y venturosos de vivir en este suelo tan de paraíso.

Lo que los negros no habían querido hacer por indolencia o acidia, ahora los blancos de Manizales, animosos, dominadores y heroicos, lo realizaban a golpes de hacha y de voluntad.

No hay rincón de la América meridional que ostente lindeza de tánta ufanía como este valle de Risaralda, dón de Dios, corazón de la tierra caldense y llano de hermosura sin tasa: bajo un cielo azul infantil de primera comunión, el plan se ensancha entre dos cordilleras adolescentes que visten un hábito de verde veronés, un verde oportunista de político que suelta a veces tonalidades varias a los golpes del sol. Las quebradas y los ríos se descuelgan por las faldas y se ponen a juguetear en el valle, haciendo cabriolas y gambetas de caprichosas geome-

trías. Todas estas montañas huelen a patria y todas estas llanuras saben a Colombia.

Los guaduales de penachos verdísimos también, bordan ribetes en el tablero del valle y trazan croquis de diversas formas. Parecen parcelas con linderos de poesía.

La selva ha ido reculando sus dominios para dar más belleza al terciopelo del pasto, miraje a los jardines y arboledas, líneas y donosura a las casas campestres, que lucen techos velloríes o escarlata. Desde cualquier otero se mira el valle fotogénico, chorreante de luz, y el alma se adelgaza en goces interiores de contemplación y de holgura.

Sobre el cogote de la montaña, Belalcázar es un palomar de casas blanquísimas y desde allí vigila el nacer, crecer y prosperar de las aldeas que van floreciendo sobre el valle.

El rumor del trabajo tenaz se escucha en todas partes y los colonizadores manizaleños van robando a la montaña retazos espléndidos que cultivan con caña, maíz, cacao, tabacales y cuantos dones produce esta tierra nutricia.

El puerto ha progresado mucho: hay una plazoleta triangular cercada de casitas de linda estampa, desde donde se divisa el Cauca remolón y pacífico. Hay varias calles arborizadas, anchas y hacendosas, sobre las cuales los vecinos tienden a secar café, tabaco, y hasta ropas íntimas.

Los negros se han venido resignando a todo, lentamente, y al fin de los fines, se han tornado en colaboradores humildes de los patrones blancos.

Había ya en Sopinga, una pequeña sociedad blanca que dirigía más o menos directamente los destinos del puerto. Estaba compuesta por las familias de los coloni-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zadores, gentes espectables, de mucho postín, y embelecos y costumbres urbanas.

Los negros, a fuerza de hábito, se fueron acostumbrando a la dirección social de esta minoría; muchos de ellos optaron por sus costumbres y otros les imitaban sus modales y maneras, aunque existía siempre, naturalmente, un invisible cordón sanitario de jerarquía entre las dos castas.

Merced a la influencia blanca, las costumbres se habían morigerado bastante, pero no así en lo referente a las charangas y a las belicosidades. Ambas prosperaban cada día con mayor entusiasmo: los sábados empezaban los bailongos escandalosos y sólo concluían hasta el alba del lunes. Como era tradicional, había que lamentar cada semana un muerto por lo menos, en la guachafita; y cuando no, vendar varios heridos graves que lo habían sido en medio de una trova, al correr un dado, al dar una vuelta bambuquera, o al hacerle ojitos a una hembra de celoso amante .

En lo de las charangas sí era incorregible el negrerío del puerto y no cedió un ápice en suprimirlas. Y para colmo, los blancos empezaron a tomarle goce y gusto a los bailes de garrote y muchos de ellos, que tenían simpatías y compadres entre los negros, hacíanse invitar, y participaban con cautela y entusiasmo de las fiestas zambas, previo compromiso ante los caimacanes de color, de no galantear hembra negruzca, que en esto eran también inexorables, puntillosos y desconfiadizos.

El cambio de nombre fue un hecho que impresionó mucho a la negredumbre y que lamentó y aún lamenta con lágrimas y coplas.

El Inspector, por orden de las autoridades superiores, ordenó que en lo sucesivo el lugar se llamaría **"La Virginia"**, que no **"Sopinga"**, nombre inmoral, de notoria sal-

vajía, sabor negroide y ninguna significación castellana.

Esta orden fue publicada por bando y los oyones negros empezaron a protestar con toda clase de vocabulario, con la adhesión sincera de un núcleo blanco y tradicionalista, simpatizante de las costumbres bozales, que pedía también que se conservara el metálico y sonoro nombre de Sopinga.

Los decanos del pueblito ocurrieron a la Inspección a pedir justicia. Suplicaban que ya que los blancos se habían adueñado de todo, a lo menos se les dejara el nombre dulcísimo de Sopinga, como acristianaron al puerto sus padres cuando por primera vez se le atrevieron a la selva.

Como no fuese posible que la autoridad superior derogara la arbitraria orden, los negros, mezclados a un grupo blanco, se insolentaron en una poblada contra el gobierno, de la cual trifulca salieron varios muertos y heridos y el Inspector sostuvo sus puntos de vista, sin que la negredumbre pudiera hacer otra cosa que resignarse y abandonar la romántica empresa de defender el nombre musical y sagrado.

¡Sopinga! ¡Nombre suavecito de pronunciar, nombre como para decir a dúo con dulzaina y tiple, nombre que le dieron con paternal ternura Salvadorcillo y Agustinejo, lejanos ahora de las angustias porteñas!

¡Sopinga, apelativo eufórico, palabrita criolla con sabor de cacao fresco, con sílabas que cantan, nacida de la tierra caliente como la flor del tabaco, que suena a suspiro de flauta y que fue dicha y trovada en muchos años por los abuelos de azabache que bailaron guabinas en las tertulias de la Pacha Durán!

Ahora, tierra de Salvadorcillo, solar cálido de Juancho Marín, ya no te llamarás "Sopinga", como lo desearon los viejos que te dieron aliento y vida. Ahora, el blan-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

co te ha bautizado con el remoquete de **"La Virginia"**, apodo afeminado, repelente y foráneo que nada dice al negro sentimental y sometido.

Hasta el nombre amoroso, hasta esa propiedad ideal que nunca se posee de verdad con ánimo de señor y dueño y sólo se tiene para pronunciarla dulcemente, hasta eso te han quitado los blancos que todo lo agarrapiñan y despojan.

Tu plaza asoleada, teñida está de sangre plebeya, porque los hijos de los que te fundaron exigieron que se te dejara el dulce nombre, y con fusil se les contestó la petición inútil. Era la única suplicación que hacían los que habían entregado todo, todo, hasta el rancho más humilde, a los blancos insaciables!

¡Pobre Sopinga, pobrecita tierra negruzca que ya no lo eres del todo, porque cada día te vas despercudiendo más y el virus de la civilización te llena de toxinas que te palidecen y desfiguran! . . .

¡Adiós, Sopinga mulata, cachorrita tierra de bailongos, de tiples y de bambucos, donde fueron libres los bozales hasta que un día llegaron los blancos a enturbiar sus vidas! . . .

¡Adiós, tierra buena siempre y bandida a ratos, nidal de negros guerrilleros y contrabandistas que cantaban unas tonadas dulces y tristes, como las tristezas dulces que se sienten por la tarde, a las orillas de tú río, en los rubios veranos!

La codicia irrefrenable de la canalla blanca, te quitó el corazón fresco, al dejarte sin nombre, que es como si te hubiesen castrado vergonzosamente, o declarado hija de dañado y punible ayuntamiento . . . .

Como desde hoy en adelante no te llamarás Sopinga, todo tu encanto habrá desaparecido, perderás ese algo indígena que te hacía querendona y enamoradiza como

una doncelluela, y esa facha belicosa y cachorraza de navaja en la pollera que había en todo tu continente.

Era tu nombre el que invita a rascarle la barriga a un tiple pendenciero, el que hacía bailar a las mulatas un torbellino con todos los firuletes de rigor, era tu nombre raizal y terrígeno el que empujaba a amar a una hembra de piel oscura, a cortejar el peligro y la tragedia con caballería antigua, a rebanar sabiamente una cabeza enemiga, en plena charanga dominguera, con el filo silencioso de un machete . . . .

¡Ay, Sopinga de mis entretelas, que te prendías siempre como yerba de potrero en el vestido del alma: estás tan desfigurada, te han puesto los blancos tan forastera y pretensiosa, que si Salvadorcillo voliviera a mirarte, se le encharcarían los ojos de lágrimas, al ver que la de ahora ya no es su hija, porque tienes modales de afuereña y no eres la muchareja salvaje, voluntariosa y pintada de achiote y de canciones negras, que él dejó cuando los blancos desembarcaron una mañana, arrojándolo de lo que era suyo por derecho de pernada y de conquista!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

14

A un lado de la ribera del Cauca, está Portobelo, tan bonito de nombre como de lámina: entre un bosque de palmares bíblicos la casa verdecita y señorona sonríe al paisaje con mimos de abrileña muchacha.

Es un affiche de propaganda de turismo, dibujado con tintas de colores desleídos y plácidos. Blanquea a lo lejos, como una bola de marfil sobre el paño verde del billar.

Una avenida recta de palmas reales parte del corredor y termina en la playa del río. Entre claro y claro de ellas, los marañones, con agobios de frutos en sazón, entrevéranse a los arbustillos democráticos, que enrojecen allí, con rubor de brasas. El follaje de los árboles forma como una marquesina verde para dar sombra al pasto.

Al fin del sendero está el charco de baño con un pequeño malecón de asfalto. Y sobre una barranca, un molino de viento para extraer aguas subterráneas, erige sus antenas velloríes, con ruidos sordos de maquinaria.

Es una torre esbelta, estilizada y alta, que se empina hacia las lejanías como husmeando horizontes. Las aspas, obedientes a todas las auras propicias, abanican el valle y el río. El cielo es de un azul estúpido como el de los retablos ingenuos que aman los campesinos.

Abajo de la casa, cerca a los cacaotales de Pacho Mena, hay un písamo solitario, que permanece florecido casi

todo el año. Llega un momento de floración tan completa, que sus hojas desaparecen totalmente y sólo se ve un inmenso árbol incendiado de corolas lacres.

Por las tardes, atraídas por la belleza cromática del písamo, acuden a tertuliar en sus ramas, millares de garzas excursionistas, uniformadas de blanco, como las enfermeras.

Y los ojos se extasían cuando ellas se posan sobre el árbol y en menos de un minuto queda éste palidecido por el plumaje garcero.

Entonces, lo que antes era un árbol en llamas, ahora se ha convertido en una pirámide de nieve, como un nevado surgido milagrosamente de la verdura juvenil del pasto.

Los techos, las chambranas y los balcones están vestidos de veraneras que parecen lámparas por lo encendidas y rojas. Del corredor se ve el Cauca sonoroso, ancho, por cuyas aguas navegan troncos viejos que portan florecientes orquídeas o nidos abandonados. A la izquierda, el Risaralda le hace al Cauca entrega universal de sus aguas.

Sobre una pequeña altura, en el vértice de ambos ríos, se mira el puerto mulato de La Virginia. A distancia, los ranchos del caserío, techados con latas de zinc, pintadas al rojo vivo, le dan a la aldea un aire tropical de factoría norteamericana, como esos galpones petroleros de Barrancabermeja, que se mueren de tedio y de bermellón bajo los soles bravos del Magdalena. Todos estos colores vivos hacen juegos de luces con el overol azul del cielo.

Un puente de hierro, asaz moderno, de trescientos metros de longitud, une al puerto con las ciudades vecinas a Manizales. Por su tablado pasan incesantemente infinidad de automóviles, que producen un ruido de ametralladoras, y dan al puerto movimiento y vivacidad de villa laboriosa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

De los miradores portobelinos se domina la cordillera central, con los esparadrapos del Ruiz, el Tolima, Herveo, Santa Isabel, el Cisne, Santa Rosa, y más acá, Manizales, desde cuya altura vigila el desarrollo, crecimiento y prosperidad de sus pueblos cachorros, por ella fundados.

Son tan pujantes, apesar de su mocedad, y tienen tánta fuerza, que la capital no parece su joven madre, sino hermana un poco mayor, que los conduce por sus mismas rutas de grandeza.

Atrás, cubriendo el Océano Pacífico, tan pacífico que su nombre es una redundancia, está la cordillera occidental, emocionada de cerros hiperbólicos que tienen las cúspides heridas y calvas, con vendajes de nubes que blanquean en sus flancos, como algodones profilácticos.

Portobelo es tierra de promisión y en su llano infinito hay todos los verdes imaginables: el verde vegetal de tono suave, el verde niño del mar, el verde anecdótico de cielo vespertino, y el verde añil de gafas de turista que alivia de tánta luz, como un colirio . . . .

Clima de sanatorio, claridad de alba caliente, este es rincón de Dios donde la pena se hace liviana, los días tórnanse cortos de ventura y la vida es sabrosa porque su suelo tiene refrigerio de monte recién desollado y el humus de la tierra se percibe vitalizante y restaurador como un vino de buena raza.

Surgió Portobelo de la nada, como si fuera obra divina. La historia de su nacimiento parece recortada de un capítulo de la Odisea por lo portentosa. Es una epopeya de la estirpe que confunde, edifica, complace y admira.

Hasta mil novecientos seis, esta maravilla verde que se llama Portobelo, era una extensión de selva hirsuta, con árboles consulares de grandes ramazones que formaban naves extensas y oscuras. Por las cuales erraban fieras y bichos de todo pelambre y veneno, atrincheradas en su salvajía para oponerse al zarpazo del hombre.

Lo que no era montaña densa y tupida, eran inmensos esteros de agua putrefacta, sobre los que anidaban millares de huevos de mosquitos trasmisores de malaria y fiebres perniciosas y amarillas. Las pampas húmedas hervían de zancudos y anofeles y sus profundidades inconmensurables eran difíciles de domar, porque estaban formadas por parches de greda pegajosa y agua pútrida de fácil hundimiento y trágica salida, pues frecuentemente se tragaban hombres enteros sin dejar huellas de su antropofagia y ferocidad.

La selva era una encrucijada de bejucos y parásitas, ramas caídas y doblados leños que opilaban a cada paso, el tránsito del hombre. Millares de orquídeas de lujo, lucían sus instalaciones cromáticas bajo los árboles, y devengaban del presupuesto de sus gajos fértiles, chorros de savia vivificadora.

Las tinieblas rondaban en torno, a causa de que las arboledas espesísimas, se abrazaban a la altura de las copas, formando bóvedas de eternas noches en plena claridad del día.

El sol no bajó nunca hasta las raíces milenarias, y toda la montaña era silenciosa al alba, por las tardes poblada de rumores trágicos, y por las noches de supersticiones y de rugidos salvajes. Bajo la cúpula de los árboles, en las horas de mayor mutismo, se escuchan los latidos incesantes de una naturaleza en gestación y el hervir de las vidas vegetales en perpetua lucha.

Machete en mano, los hombres mitológicos entraron. Con el arma popular en alto, se enfrentaron a la montaña híspida. El machete lo fue todo en esta odisea romántica y bien merece una jaculatoria porque él fue ordenanza fiel de los abuelos machos:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡Bendigamos al machete, hoja brillante de acero, y limpia hoja de servicios a la independencia de América!

Bendigamos al machete, amigo y compañero de nuestros paisanos, con cuya punta acerada y firme se ha escrito la historia patria. Bendigámoslo, porque su hoja sin mancha, ennoblecida está por todas las bizarrías.

Mi amo Bolívar se lo terció con garbo en todas las batallas y agarrado a él, galopó en su caballo prócer, sobre el dorso de la Gran Colombia, durante catorce años de diario combatir, dándole jerarquía y blasonándolo con hechos que hacen palidecer la espada del mismo César.

Ninguna fuerza humana ha resistido una carga de macheteros colombianos. A golpes de peinilla se forjó la epopeya de la emancipación, y el orgullo peninsular, reverdecido por sus recientes victorias ganadas a Bonaparte, fue domeñado por los bravos macheteros de Colombia.

En nuestras guerras civiles ha tomado una importancia decisiva y ha ganado fueros y soberanía. Mosquera se tomó a Bogotá entre relámpagos de machetes, en una jornada de asombro: con dos patrullas de negros del Patía que manejaban el arma nacional con una agilidad de cirujanos, clavó la bandera liberal en el Capitolio. El Negro Marín era invencible cuando alzaba al sol su peinilla fulgurante. En Palonegro hubo una carga de machete que hubiera hecho estremecer de gozo al mismísimo Rondón, el caballero de la lanza al viento. Y Benjamín Herrera fue llamado el General Machete, porque hasta las montañas reculaban de espanto cuando él se lanzaba, peinilla en mano, contra sus enemigos.

El paisanito de nuestras campiñas caldenses tiene para él predilecciones fraternales, porque desde niño ha ambicionado tener uno de buen filo y linda vaina que le sirva para las acechanzas del monte y de los enemigos. Para él, es como una segunda providencia: con su hoja abre trochas y consigue paso por la tupida maraña de la selva, cuando va en busca de horizontes; con él corta madera, construye su rancho solariego, talla canoas para sus viajes, pule rústicos muebles, hace cunas y ataúdes para sus hijos, y con su auxilio sale avante en todas las emergencias de la vida. Defiende, además, el honor suyo, el de su familia y el de sus amigos, gana el pan del hogar y se hace propietario colonizando hirsutas breñas. Y cuando la patria lo llama a defender sus linderos, se tercia su machete con gallardía y se va a defenderla, convencido de que mientras su peinilla esté allí, golpeando sus muslos, la tierra de sus mayores no sufrirá recortes ni afrentas.

Como en los antiguos códigos de caballería se necesitaban ciertos merecimientos para ser armado caballero, así también nuestros campesinos sólo obsequian a sus hijos un machete, cuando por un acto de heroicidad se han hecho dignos de portarlo al cinto. Un caldense no lleva el machete en sus manos si no ha sido antes digno de él por bizarrías de hombre guapo.

¡Bendigamos al machete victorioso siempre, abajado nunca, que lo mismo reluce con donaire en lo mejor de un baile de garrote, que se yergue altivo y libertador en medio del combate! ¡Bendigamos al machete criollo porque es leal como nuestros paisanos, porque con su punta se escribió la historia patria, y porque debería figurar por derecho propio en el escudo de armas de la República!

Los hombres blancos entraron, el hacha al hombro y en la mano el machete ágil, entre respetuosos y atemorizados, a esa basílica verde, de enormes naves anchurosas, húmedas de misterio y de pavor. Esos hombres se encontraban indefensos y minúsculos ante aquella grandeza hostil, bajo cuyos arcos sanguinarios el sol no bajó nunca, la vida del ser humano era un proceso efímero, y la muerte se paseaba, dominadora y magnífica por todos los rin-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cones, como una diosa implacable. Se vieron pequeños y atemorizados frente a su majestad soberana y trataron de retroceder, vencidos. Pero hubo un varón de aliento que los obligó a degollar sin miedo los árboles guardianes.

15

Ese hombre se llamaba Francisco Jaramillo Ochoa y venía de Manizales. Acaudillaba la esforzada empresa que iba a incorporar al patrimonio caldense la tierra de Risaralda, rica en humores, hermosa y fértil como Canaán.

Dominador y tozudo por lo vasco, a su paso se curvaba la selva con esclava sumisión, y su hacha abrió huracos y brechas apenas desvirgados por la luz. Donde su planta se posaba, el trópico retrocedía con susto de tánta entereza y voluntad.

Varias fueron las expediciones colonizadoras del llano risaraldino. Y como los tres fundadores de la patria, en el valle de los Alcázares, también los nuestros se parcelaron amistosamente la tierra, sin rivalidades ni envidias.

Mientras los Robledos y Salazares, Serranos y Uribes, derribaban las dos bandas del Risaralda, el viejo Jaramillo Ochoa se le enfrentaba a la ribera del Cauca y a una parte del primer río, con sus heroicos peones.

No entró atropellando con feudales despojos, ni taimadas socaliñas. Donde encontró negros cultivadores de cacao, tabaco u otros frutos, los integró a su obra, invitándolos a engrosar la tropa, comprándoles las mejoras, adquiriendo en buena ley las parcelas, y adoctrinándolos en el decálogo del trabajo y de la técnica agrícola.

Los pocos negros que se declararon en rebeldía y que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por su condición perezosa no se adezaban al duro vivir del trabajador, fueron despedidos, previas las indemnizaciones de justicia. A su lado no podían medrar holgazanes y el que se enganchara en sus huestes laboriosas, tenía que ser varón de pelo en pecho, arriesgado continente, bizarros bríos y acerada fortaleza.

Los expedicionarios iban derribando selva, lentamente. Cuando ante ellos se enfrentaba un árbol gigantesco de varias brazas de abarcadura, lo rodeaban con denuedo y repartidos a equidistancia, empezaban a abrirle zanjas a golpes de machete o de hacha. Estos van cayendo, isócronos, sobre la corteza curtida que parece no sentir el castigo. Luego, van saltando fragmentos de virutas y trozos de cáscaras al aire, el canal se ahonda poco a poco, hasta que de pronto, el monstruo vegetal prorrumpe en leves crujidos que van aumentando gradualmente, en forma ensordecedora: la copa inmensa empieza a agacharse con lentitud, los trabajadores se apartan a gran distancia, y de golpe, el árbol monumental se va inclinando, inclinando, déjase venir al principio muy despacio, después, con su propio peso acelera la caída, los bejucos revientan, llévase por delante troncos cercanos, crujen las ramazones de todos, y con una majestad de atleta derrotado, el árbol se viene abajo con un estrépito de catástrofe, chirriando alaridos que pavorizan la selva y el eco repite con voz macabra.

Todavía en tierra, muge como un toro degollado: ahí está, vencido el dorso duro, temblorosas sus ramas, heridas y hechas trizas su corteza, sangrando espumosos jugos y emitiendo quejas de dolor.

Aún después de derribado, la montaña sigue estremecida de pavidez y espanto. Hay un claro más en el boscaje, porque el árbol secular arrastró consigo otros menores y débiles que cayeron con él, cuando se descolgó como

un huracán desde su altura desafiante, hasta la humilde gleba mancillada.

Así, todos los días, el abra se va ensanchando, y los varones evangélicos, adueñándose palmo a palmo del valle rebelde. Cada zona desmontada muere con lentitud: las hojas de los árboles recién caídos, comienzan a tostarse, amarillean los gajos desollados y sécanse los troncos malheridos, convirtiéndose en esqueletos quebradizos.

Cuando ya todo el monte rozado está reseco por el sol, los montañeses le prenden fuego. Las llamas se extienden por el abra en galopes de destrucción, las fogatas duran varios días, el humo enturbia largas zonas, el calor se hace más denso y las cosas toman matices azulosos. Extinguido el fuego, la tierra aparece moza, nuevecita, retoñada de jugoso pasto, amorosuela y sumisa para las dehesas o el cultivo.

Como fruto de esta diaria odisea, al cabo de unos años, la selva fue talada completamente y lo que ayer fuera áspero monte, rabiosa manigua, fiera jungla hoy es suelo domesticado y agradecido.

Vino después del desmonte, otra obra de empuje y de coraje, tan hazañosa como aquélla: detrás de la montaña había dilatados esteros, médanos crueles, hondas cañadas, aguas muertas convertidas en almácigos de insectos y de bichos insidiosos. Era una dilatada extensión de lagunas putrefactas, quietos tremedales y pantanos hórridos, cuya desecación costó muchas vidas, esfuerzos, valores y heroísmos.

Francisco Jaramillo Ochoa, el hidalgo de portante y caballero por los cuatro flancos, era el caudillo "pioner" de esta obra romana. A golpes de pala y regatón, abrió zanjones hondos, hizo trincas para atajar las aguas o encauzarlas y canales para torcerlas.

Todo adjetivo ponderador para loar esta empresa, re-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sulta pobre y desaliñado. Que para darse cuenta de su magnitud y mérito, es necesario ver esos campos de hoy, ayer de fango, rubricados de acequias por las que corren aguas laboriosas, en otros tiempos desobedientes y bandidas. El viejo Jaramillo las amansó, y con elementos rudimentarios hizo hazaña de tánta ingeniería.

Por donde ahora briosos potrillos galopan, y vacas teologales pacen su siesta bajo guásimos sombríos, a principios del siglo eran lagos difícilmente surcables en canoas.

Hoy es Portobelo un retazo de edén. Bajo un cielo pintado siempre con un ingenuo azul de mapa, la verdura de su llano se extiende, deleitosa como una promesa permanente.

Desde "La Regalía" donde vive Ramoncito Escalante, mayordomo de la hacienda, se le divisa cribado de lagunas y riachuelos, y ceñido por los ribetes que le bordan Cauca y Risaralda. Todo el valle está punteado de palmeras, como si la llanura hubiese sido antes un océano y hoy enarbolaran su orfandad, millones de mástiles, náufragos de un imposible mar.

Visto de la cordillera, Portobelo es una calcomanía a muchos colores, tildada con ceibas ondulantes, esbeltos caracolíes y martingalvis de amarillas flores, que erigen al azul triángulos de elegancia.

La casa de "Pozorrubio" blanquea también desde las colinas como una paloma soñolienta por el bochorno ecuatorial, y las cordilleras, palidecidas por los cafetales en flor, pregonan a la vista de todos, una exuberancia magnífica de arcadia y de ventura.

Portobelo es ahora mansión de maravilla y sus potreros están salpicados de miles de novillos canelos y lucios, velloríes y negros, que pasean con filosófica mansedumbre por el valle adulto.

Y creador de tánta grandeza, obra suya, sudor de sus sienes, factura de sus brazos sin reposo, es el viejo Jaramillo Ochoa, el abuelo de la comarca.

Estampa linda la de este criollazo puro: no más de setenta años, ni alto ni pequeño, cutis, aunque blanca, curtida por huracanes y bravos soles, mechones de nieve esparcidos al aire, frente majestuosa de ancha pista, estriada de pensamientos; ojos hospitalarios y sugeridores que velan gafas de carey, boca de buen trazo, austeras arrugas varoniles, ceño entre bondadoso y adusto, dulzura cimarrona de abuelo, hombros bien llevados, continente dominador, marciales pasos y todo él con aire de soberanía y buen linaje que no ha menester pergaminos, como que su sólo talante alardea su altísimo abolengo.

Y si rica es su lámina exterior, más lo es su alma, caudalosa de cualidades: hidalgo de gran majestad y entono, entendido señor y muy cristiano, aviado de virtudes y méritos, hubiera, en tiempos de cortesanía, sido espejo de andantes caballeros.

Sencillo sin afectación, sereno y no fachendoso, es amado de todos porque por donde pasa, riega dones, sabiduría, bienes y dulces maneras.

A su busca van los que necesitan ser regalados: es padrino de huérfanos, compadre de labriegos, tutor de menores, vaso de amigos, artesa de abundancia, ocurrencia de todos, refugio de muchos, consuelo de más, mano del caído, paz de la comarca, consejo del bisoño, mediador de litigios.

De humilde leño fue su cuna, porque en la inopia vino al mundo, aunque de lucia procedencia. Su mocedad fue de brega y de estudio, y el haber que ha amasado, con buenas manos ha sido y con honradez sin penumbras.

Arquetipo de bien obrar, su palabra es oro en paño y los que han tenido con él tratos y negocios, saben que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ella vale más que escrituras protocolizadas y con lunares de estampillas.

Nadie ha salido de su casa con manos vacías. Quien ocurra a él, sale harto, y sus obsequios son siempre sin sonajas, porque su mano siniestra ignora siempre las dádivas de la otra.

Caldas le debe servicios largos, imposibles de cancelar. Al país ha aportado riquezas sin tasa, y su hacha abría comarcas promisorias cuando la mayor parte de sus contemporáneos se despedazaban entigrecidos por las guerras civiles o se llevaban por delante honras cristalinas en lizas de parlamento o en politiquerías de tribuna.

Hoy, no obstante anciano, aún tiene bríos y persiste en ofrecer a la patria, esfuerzos y conquistas. Los años le pasan por el cuerpo sin rozarlo siquiera. Es un indomable que habrá de morir, el hacha al hombro, sobre el propio surco, igual que los sembradores antiguos. La República debería coronar sus sienes consulares con el laurel cívico.

Cuando se le ve por el llano, bajo soles iracundos del trópico, chalán en su caballo íntimo de garbosos andares, los campesinos del contorno se descubren a su paso, le saludan y bendicen con sencillas jaculatorias.

Trocando el nombre, a él podrían los labriegos bienvenirlo, con las mismas palabras que, allá en la pampa de Casanare, pronunciaban los llaneros para saludar al criollo Vargas Santos el de las barbas de apóstol:

—¡Adiós viejo Pacho corazón bueno! . . .

Fin del primer rollo.

INTERMEDIO

"No miréis en que soy morena
porque el Sol me besó....."

SALOMON,
Hijo de David.

"El Cantar de los Cantares", Cap. 1º. — Versículo 6º.—

A.—Morena eres porque el Sol te besó, y codiciable como fruta en sazón, pues que tus carnes dan miel de caña y olor de trapiche criollo, y toda tú, tienes el perfume afrodisíaco de las leonas del Desierto.

B.—Morena eres —¡Oh Hija de la Selva!— porque de las canteras de la Sombra fuiste creada y con bloques nocturnos esculpida. La noche es un pleonasmo cuando ella cubre tu desnudez recóndita.

C.—El cutis felino de tu cuerpo tiene la color obscura de los matules de tabaco sobre el caney del tambo, y es tu cabellera humo de cremada mirra, valle de charol tus mejillas púberes, dátil tostado por las resolanas tu vientre invicto, y todas tus gracias de sacerdotisa embriagan y enloquecen a los hombres como un vino turbio de hechicería. Eres ardiente como las quemas que hacen los campesinos el día de la Candelaria, para sembrar maizales.

D.—Hay en tu silueta elástica la esbeltez llanera de las palmas regias, y tu arquitectura dilectísima se alza torneada y alegre como una torre de ébano. Naciste, Empe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ratriz de Bronce, para pasear tus despotismos soberanos por entre una avenida de genuflexiones.

E.—Vaso de deseos, boca de maxilares caribes como la quijada vampira de Joan Crawford, voz de ukelele, zumo de marihuana: tus ojos fosforecen en la noche como las pupilas eléctricas de los leopardos, y tus labios lacres y voluptuosos, siempre ofrecidos, prenden llamas de lascivia y provocan acribillarlos a dentelladas ávidas.

F.—Bendita seas, mozuela de manigua, talle de bambú, orquídea del trópico, Canchelito Durán, retoño de la gleba, la de altivos senos en botón, con lisuras de mangos bien maduros y curvas aterciopeladas de entrega, redondos y suaves como los flancos morenos de las tinajas donde guardas el agua fresca de tu casa.

G.—El varón que te mira, se enciende de lujuria y te presenta las armas, con su virilidad enarbolada como si fueras un general victorioso.

H.—Glorificada seas por siempre, hembra pecaminosa y terrible, y alabado eternamente tu vientre hondo y terso que tiene la pelusa del durazno y que es oscuro como el corazón de la jungla, cóncavo como el cuenco de una mano suplicatoria y ánfora sin fondo de voluptuosidad táctiles.

I.—Hosanna a tus piernas gentilicias, largas y estilizadas, y a tus caderas móviles que se menean como velas latinas, cuando traes del río, sobre tu cabeza humedecida de geranios, las jarras de barro, llenas de agua, con el garbo gentil de las mujeres del Viejo Testamento. Yo he descifrado en el crucigrama de tu cuerpo, desconocidos alfabetos de voluptuosidades.

J.—Plegarias de paganía para tus orejas imperialísimas, desde cuyos vértices cuelgan candongas de color purpúreo, y al andar tú, se balancean, como se mecen los gajos del mararay bajo las axilas de las pelmeras, cuando el

viento les hace cosquillas no bien apunta en lontananza el sol de los venados.

K.—Loada seas, virgen de gutapercha, Venus de tinta china, de carnes tensas y firmes como el arco de la cervatana al disparar la flecha. Toda tú, estás llena de gracia, por tu salvaje maravilla, por el ardor ecuatorial de esa tu grupa fértil, por las hogueras de tus ojos caníbales, y por tu ondulado caminar de ola.

L.—Eres negra pero hermosa porque el sol te besó —¡Oh Hija del Trópico y hermana de la Sulamita!— Salomón te hubiese dado de beber vino de palma, leche de burra y miel silvestre, en el vaso de oro donde sólo bebían labios de predilectas, y habría ofrecido todos los tesoros del Templo para comprarte en un mercado de hermosas esclavas cautivas.

M.—Si vivieras en ese ardoroso país de tus abuelos, allá en el Africa profunda, ululante de palmas tristes y de ríos musicales, hubieran sacrificado bellamente tu ilustre cuerpo de holocausto, en una pira de maderas preciosas, para apaciguar cóleras de dioses o pedir lluvias tenaces y largas cosechas.

N.—Muchacha de betún, Belkis trigueña, estatua antigua, hija de la Sombra, ritmo antillano, tanagra de carbón, virgen de luto: en la opulenta geografía de tu cuerpo de doncella, hubiese acampado con ardor un ejército de varones guerreros, y en las dos colinas de tus senos concisos, erigido sus banderas vencedoras.

O.—Morena eres porque el Sol te besó, y aromas hay en tus muslos como en la flor del tabaco y perfume sexual tienen las leonas del Desierto.

P.—Amén . . . .

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Segundo rollo

MUÑECOS ANIMADOS

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

16

Era la Canchelo un trozo de muchacha pintona, de carnes próceres y provocativas. Había una reminiscencia de mar en sus movimientos de calentana, y en la tarde luminosa de su cuerpo ardían todos los tizones de los crepúsculos tropicales.

Sus ojos, color de alba alegre, alargados de perspectivas, llameaban de sensualidad y ensueño. Reina era por soberano porte y por el plebiscito unánime de la mocedad poblana.

Su adolescencia frutal abríase como un dulce mamey de ricas mieles, y por eso los mancebos la deseaban con apetito. Sus pupilas de corozo estaban escoltadas por los guaduales apacibles de unas pestañas oscuras como el pecho de una golondrina.

Tenía un lánguido cuerpo de guabina tolimense y era ágil y triscadora, lo mismo que una ternerita recién parida.

Cuando amagaba sonrisas, encendía los faroles de los dientes como bujías fulgurantes, y en su reír condensábase con prodigio esa risa integral de los negros que brilla en las noches de sus rostros a la manera de un reflector eléctrico. Su risa era espontánea y torrencial como un chorro de agua, y el esmalte de su dentadura tan blanco,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que podría confundirse fácilmente con el raso de seda que forra las frutas de las guamas.

Por apodo de cariño la llamaron los zambos "La Canchelo", nombre dulzainero muy sabroso para decir por lo fácil y negro, y que ellos masticaban como un chicle cuando lo balbucían.

Había en su habla sones de tiple parrandista y toda ella acariciaba con esa su voz sedosa de llanura, en donde el tono cobra limpideces de distancia.

El llano le alargó el acento tristoso como un villancico de flauta que el eco va llevando de colina en colina, sobre las hélices del viento.

Pacha Durán, desde su ancianidad grave, se desleía del gusto al lado de su muchareja. Cuidaba de su virtud como de algo propio, con sagacidad de eunuco, y era a todo momento una sombra constante. Ella habíala entregado en edad parecida, por quebradizo temperamento, y sabía, con experiencia de dolor, lo fácil de perderla y lo imposible de recuperarla.

Siempre estaba con su hija, urgiéndola de mimos, en guardia a toda hora, lista a defenderla del vaho lujurioso de los machos del puerto.

En sus sonados bailes de garrote, la Canchelo sólo estaba presente al iniciarse, cuando aún las copas de resacao no se habían subido a las terrazas de las testas negroides, y todavía estaban en vigencia los buenos modales y las mejores palabras de los fiesteros.

No necesitaba la Pacha malgastar o biengastar tánto celo en el cuido de las doncelleces filiales. Su hija era una tinaja rebosante de virtudes, y aunque de naturaleza sensual, ella frenaba sus ímpetus, porque tanto quería su honestidad, como se horrorizaba de ver su nombre alguna vez, flotando con ignominia entre el mar negro del villorrio.

Intacta de cuerpo, tenía, sin embargo, pelusillas de pecado venial entre los rinconzuelos de su alma, vagas ensoñaciones de goce, y vanidad de saberse deseada, de sentirse tentadora y apetecida. Era una mujer.

Pacha maduraba su lindura para hombre bien nacido y mejor plantado, con cuero de armiño y abundosas monedas en la escarcela. Quería casarla regularmente, por imitar a los blancos y por amor a ella, con cruz y con ciriales, al contrario de los de su casta, que se amachinaban a espaldas del cura, sin rubor alguno.

Pacha veía a sus vecinos y compadres como a gente menuda y ordinaria, indigna de alzar los ojos hasta la gloriosa florescencia de su hija, para la cual soñaba en un doncel bienerguido y dineroso, corajudo y listo, dueño de muchas hanegas de tierra, capaz de hacerla feliz y de pordebajear a los audaces del puerto que la pretendiesen.

Por eso, siempre estaba a su lado en vigilia y acecho, para no permitir que un cualquiera la sacase al baile, o que su inocencia viese el final borrascoso de una de sus charangas.

Ella escogía la pareja con desdeñosa aristocracia, porque era su hija oro en paño, hostia de sacramento, niña de sus ojos, y habría perseguido, como una tigre, al que hubiese intentado tan sólo, rozar el canto de su enagua.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

17

Juan Manuel Vallejo llegó a la aldea fluvial una hermosa noche indígena, tatuada de estrellas como el pecho de un cacique. Era diciembre, el aire tibio, lavados y frescos los anocheceres, y perfumosos los vientos cordilleranos.

Celebraban aguinaldos las gentes, y La Virginia estaba minada de júbilo.

Juan Manuel venía de tierras manizalitas, convaleciente de enervantes climas atlánticos y adolescido aún de pasadas ternuras en amores litorales.

Era este Juan Manuel Vallejo un mocetón de buena estampa, aventurero y sentimental, asaz poeta y mujerengo, entendido y bizarro trotamundos, baquiano en domar lo mismo a una arisca moza, que a una potranca chúcara. A la hembra la amansaba con lazos de amor y a ésta con sogas de valentía.

Juan Manuel, en todo entrevero, salía con frecuencia victorioso, porque estaba guarnecido de ingenio y de audacia para salir con bien en cuantas aventuras se enredaba.

Tenía el corazón en su puesto, y tan en su lugar, que el miedo nunca hizo excursiones por los vericuetos de sus nervios moceriles.

Veintiseis años apenas, musculatura de gimnasta, desenvuelto y airoso. Cabellos gringos color miel de caña pasada de punto, con un cachumbo conquistador caído sobre la frente. Muy blanca la cutis aunque un poco patinada por el sol costeño, azul eléctrico los ojos, escoltados por pestañas rubicundas y crespas, que le daban donaire y eran tentación de mujeres en sazón y antojadizas.

Boca varonil, grande y voluptuosa, con cierto belfo sensual de chivo. La dentadura, pareja, blanca, con un colmillo adobado de oro, como todos los donjuanes ordinarios que se creen irresistibles cuanto más fulguración hay en sus dientes.

Todo él muy masculino y fachendoso, bastante pagado de sí, optimista como un teósofo y coleccionador de emociones y de paisajes. Garbo al andar, gracia al reír, pillo al querer, tenía almacenadas todas las virtudes y audacias del muchacho caldense que sale de su tierra en tren de aventura y no se amohína con descalabros y reveses, antes bien, le arrastra al ala a la fortuna con la certidumbre de que también es hembra.

Tenía pantalón a la rodilla cuando enrumbó a tierras distantes. Cualquier noche del hogar armó bronca con el viejo y salió de casa una madrugada turbia de neblina, con unas monedas en el bolsillo, una alforja de ensueño y un tiple zandunguero a las espaldas. Era todo esto el equipaje para su correría.

Hacía gárgaras de canciones criollas y con su linda voz de trovero maula, se abría puertas de hospedaje y brazos de muchachas enamoradizas.

Llegó a los llanos del Tolima en un San Pedro y ahí mismo se ganó unos centavos que le cayeron bien, por subir con entero desenfado, una resbalosa vara de premio.

En el Tolima estuvo varios meses en guerrillas sentimentales, gambetas con los polizontes, aventuras de pícaro y marrullas de buscalavida.

La llanura tolimense aclaró más su voz serrana, lo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ungió de ensueño y de lejanía y le dió transparencia a todo su ser. En los portales de los bohíos y en las noches de pesca sobre las aguas del Magdalena, aprendió la maravilla triste de los bambucos calentanos, su gracia nacionalista y también el cansancio amoroso de las guabinas ibaguereñas.

En una hacienda del plan se hizo vaquero. Vivió en establos en compañía de novillos, habitó barracas, enlazó reses de noble fiereza, toreó con galanía animales de airosa lámina y astas como bayonetas, corrió los dados en las grandes ferias pueblerinas, jugó en riñas de gallos, y no hubo parranda, velorio, casamiento, cucaña, regocijo, carnaval, baile o fiesta en donde no se hubiese destacado por su pinta y su coraje. Era un mozo muy de a caballo y de corazón alerta.

Como todo caldense era hombre de buena sangre, y limpia cuna. Criado en casa honesta, su padre tejió ilusiones numerosas sobre su porvenir, y sus ahorros fueron destinados todos para la educación del muchacho.

Pero un día, Juan Manuel prendió gresca en el colegio por razón de amoríos de adolescencia, y rubricó a navaja el rostro de un rival de su tamaño, pero tan arrojado y listo como él. Su padre le aplicó una zumba ejemplar en castigo de su villanería.

Durante la noche de la azotaína, Juan Manuel, rabioso y humillado, huyó de su casa. Mientras los otros dormían, púsose a hinchar con pobres y escasas ropas su morral de muchacho, y salió a campo traviesa, por veredas y montes, esquivando las entradas a los pueblos por miedo a la policía.

Ingresó, cuando iba ya bajando a los planes del Tolima, a un grupo de arrieros que conducían bueyes hacia Honda, en busca de cargamentos para Manizales.

Cantando se fue para soliviar el peso de dejar la madre y alejar el miedo de la persecución, y en cuanto el

caporal de la partida oyó sus dejos, se le plantó diciéndole:

—¿Pa onde va el amigo?

—Pa cualquier parte, señor.

—Conozco tierras, pero ese punto no está en mis cuentas.

—Lo mismo da, señor.

El caporal iba simpatizando ya con ese desdén macho del pilluelo y se lo dijo:

—Me gusta su modo de ser, amigo.

—Pues si le gusta, lléveme en su partida. Li aseguro que me sabré ganar el sancocho.

—Güeno, ya tá, pues. Lo voy a ensayar como sangrero a ver qué tal lu hace.

—Pero con una condición, mi don.

—Diga a ver, mijo.

—Pues que al entrar a los pueblos me deje desviar, yo lo espero a la salida, porque resulta que vengo volao de mi casa y a lo mejor mi padre mi ha mandao buscar ya con la policía.

—Perdé cuidao, hombre. No sias flojo que la vida es pa los machos. Ponéte esta corrosca y esta mulera y asina vas a quedar tan arriero, que no te va a conocer ni la madre que te parió.

Y loco de entusiasmo, Juan Manuel echó mano a las prendas que le ofrecía el caporal, se las puso inmediatamente, y comenzó sus faenas de bastimentero.

Entropó con ellos, y esa misma tarde les hizo una comida suculenta muy del gusto de los patrones.

Al apuntar el alba levantóse presuroso, silbando aires festivos y púsose a preparar el desayuno. El cual fue también muy del agrado de los arrieros.

Se entonó entonces, y al día siguiente era un baquiano, como si toda su vida la hubiese pasado bajo tolda de arriería.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Juan Manuel iba feliz por los caminos, tras la tropa de bueyes, agarrado a la cola de uno de ellos para subir más descansadamente las cuestas, cantando a ratos y a veces diciendo interjecciones raheces, por imitar a sus patrones, y por acelerar el paso tardo de la partida.

Al ensombrecerse el día, clavaban sus tiendas de reposo en cualquier recodo caminero y Juan Manuel, prendía fuego a la intemperie, cerca del toldo, para preparar el comiso.

Después de engullirlo, ya de nochecita, acompañado por las serenatas de los grillos y del río cercano, Juan Manuel, bajo las toldas hospitalarias, y subido sobre un rimero de enjalmas, se ponía a cantar guabinas caldenses, para recordar su tierra. Entonces, al poco rato, los arrieros, contagiados de música, coreaban sus canciones hasta la hora del sueño.

Tras de varias jornadas felices, llegaron por fin a Honda. En este puerto se quedó, púsose en contacto con varias gentes que lo protegieron, y nunca le faltó coraje para ganar dinero honradamente.

Después de varios días, sintió comezón de estarse quieto y se fue a recorrer pueblos del Tolima, al compás de sus tonadas enguayabadoras; anduvo con negociantes de caballos, con tahúres de ferias, con amansadores de potros chúcaros, con perdularios de cuenta, con maromeros de la legua, corrió gallos en los regocijos populares, toreó novillos chambones en los pueblos y fincas, y cometió algunas veces fechorías de buscón.

Un día, en La Dorada, se contrató como marinero en un barco que zarpaba para Barranquilla.

En esta ciudad, a pocos días de llegado, ya era camarada de todas las gentes del barrio. Se hizo amigo de todos, bailó cumbias guapas con las negras del río, pasó vida de vagabundo, ayuntóse con hembra querenciosa que le daba su dinero a trueque de ser su amante, hasta que

un día le vino ansia de llanura, nostalgia de pampa, deseo de domar potros, de hacerse duro, de arriar una partida de novillos por tierra plana, de gozar vida de campo que es vida de sufrido rigor, de diario bregar, de varonil empeño, de alejamiento de liviandades.

Tenía alma de vaquero que es tener alma de extensión, y la llanura lo llamaba con ademanes de simpatía. Su corazón era una encrucijada de caminos reales que iban a todas partes, al galope, como un galgo fino, en pos de la rosa de los vientos. La vida le producía un sopor frenético, parecido al que suscita el aguardiente de caña.

Después de unas fiestas barranquilleras de San Roque, arregló viaje para el valle del Sinú, con un hacendado a quien le cayó en gracia y lo invitó a sus predios.

La vaquería lo había robado para siempre y hacia ella tornaba exultante y agradecido.

El llamo, para el vaquero de veras, es como Antinea: no se puede renunciar jamás a su influencia. El que lo conoció de niño con goces de libertad, el que aprendió a modular las primeras palabras en el caramillo de sus vientos, el que jugó en su infancia con potros amigos y volubles terneras de fresco hocico acaricioso, el que aprendió inmensidad divisando la extensión sin límites, sufrió penas de amor y tuvo ausencias desollantes, si se va un día de la tierra plana, fatalmente habrá de retornar a ella, en busca de su regazo, llamado por voces irresistibles.

La llanura ejerce sobre el vaquero extraños dominios de dulce tiranía. Cuando se amanceba con ella, que es bruja y tiene filtros hechizantes, ya jamás podrá desasirse de sus brazos, ni evadir su grato imperio. Quien abrió los ojos en el llano, a él habrá de tornar; y cuando esté ausente de él, hay vacíos en su alma, tibios anhelos de regreso, nostalgias permanentes de pisar su barro cariñoso. Bajo su yerba confidencial quiere dormir el sue-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ño definitivo, y por eso la llamada de la tierra cobra tonos de mandato, que el vaquero obedece con alegre disciplina.

No hay amigo mejor que su silencio, almohada más blanda que sus pastos, agua más fresca que la de sus ríos, calorcito más suave que el de sus tardes, amor más verdadero que el de sus mujeres, amorosas, sensuales y sencillas como el viento que las abanica.

A ese reclamo de amante atendía Juan Manuel Vallejo, que aunque nació entre las colinas griegas de Manizales, tenía alma de llanero; su estancia en Barranquilla, circundado de edificios y de ociosidades, lo aburría, y el recuerdo del valle tolimense arriábalo hacia el Sinú, otro llano de encantamiento y de dulzura que sus ojos querían contemplar.

Ahora, ¡cuánta amabilidad hallaba en la evocación de sus luchas vaqueras en el Tolima, la tierra de los acentos rumorosos, donde los bambucos se trenzan con el habla dulce de las mujeres que la habitan y las reses dan bramidos marciales de tánto haber oído por los llanos las cornetas de la guerra civil!

Buscó el paraíso del Sinú, talvez para recordar de nuevo los valles magdalénicos poblados de canciones y de vacas sacerdotales, en donde hay hembras de veras para amar, y un río sacramental y raudaloso en cuyas linfas los hombres retrataban su melancolía, en los atardeceres plácidos.

En una hacienda del general Ospina se contrató como vaquero. Duros fueron sus primeros días de vida estanciera, pues los campesinos del Sinú lo miraron al principio con desconfianza, porque no creían en la baquianía de un "cachuzo" del interior, famosos entre ellos como gentes de pocos hígados y de menos cojones.

Para ser vaquero en tierras de Bolívar hay que tener el alma atravesada, congraciarse con el infortunio, hacerse de roca, silencioso y sufrido, tener el cuero impermeable al sol y al agua, convivir con el ganado y conocer todos sus males y resabios.

Cuando llegó, vióse preso entre anillos de recelo y nadie quiso tomarlo en cuenta. Los días fueron discurriendo con indolencia entre aquella vida mediocre de campo. Pero él, hábil en parecer grato, fue cada día conquistando afectos y atrayendo amigos con sus buenos modales de muchacho mediterráneo, hasta que al fin la hospitalidad costeña le abrió anchas carpas de amistad y puertas fraternales.

La docilidad del llano lo envolvía otra vez con gasas sutiles y era feliz entre las tropas de novillos, a horcajadas en su colimocho galopero, el pecho al aire y el rostro bajo el campamento de una corrosca que le hacía manso el sol. Para todas sus bregas tenía sonrisas y canciones, y si la noche lo sorprendía en pleno valle, arriaba sus partidas de ganado al pie de un guásimo hogareño y fraternalmente mezclado con las reses, cantaba hasta el amanecer lindos bambucos a fin de mantener reunido el novillaje y no intentara dispersarse.

En las anochecidas cálidas, iba de fonda en fonda narrando cuentos graciosos de su pueblo, sorbiendo copas de anís dulcísimo y cantando canciones saudosas de sus lejanas tierras maternales. En poco tiempo se hizo popular y querido. Llegó a tener un prestigio tan de veras, que hasta le atribuyeron virtudes de mago, y los labriegos se maravillaban de su saber porque leía libros y sabía de todo. A él ocurrían para solicitarle, en horas de vagares, escribanía de cartas para novias, lectura de novelones aventureros, de diarios políticos y de folletines que hacían el esparcimiento de esas gentes aburridizas y ordinarias.

Aun los viejos veteranos, tan pagados siempre de su experiencia, le pedían ayuda para la curación de anima-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

les reacios, y en todo iba con tánta fortuna, que su mano de brujo llegó a gozar fama en toda la comarca, de milagrosa y de infalible.

Allá, en las tierras del Sinú, floreció realmente su juventud desorbitada y compleja: en las noches tibias de la hacienda, aprendió penas de amores, conoció las dulces tristezas del querer, y su espíritu errante y fantasioso se fue haciendo fuerte, resignado y sufrido, como debe serlo todo vaquero criollo, que goza en el continuo luchar, aunque su alma se vaya atardeciendo de fatalismo por ocultos ancestros sentimentales, y por causa del enervante clima.

Allá amó por la primera vez, con un amor borrascoso y veinteañero; y bajo su cielo, a las orillas triviales del Sinú, río ondulado y sensual como un cuerpo de muchacha labriega, conoció a María Jesús Manjarrés, una negra de bronce que tenía los senos duros y sonoros como dos campanas y que daba unos besos luciferinos que producían borrachera de amor. En ella tuvo un hijo, pero ambos murieron al nacimiento de éste.

Juan Manuel se tornó, por causa de la viudez y del desamparo amoroso, en un ser triste y debilitado. Ya nada, ni la vida, ni siquiera el llano, lo acariciaban con la lluvia fresca de sus canciones.

Torvo y callado, con males de ausencia y enfermo de amor y paludismo, la vida se le fue deshaciendo en hieles y cansancio. Convaleciente de su pena, solitario en extraño suelo, largos años ausente del hogar, sintió de pronto nostalgias de madre, deseos de acariciar las colinas de su tierra de natividad, urgencia cariñosa de que su vieja pusiese algodoncillos de amor, sobre sus cicatrices de abandono.

Un día silenciosamente, sin que nadie lo advirtiese, chalanazo en su caballo compañero, cruzó a galope el valle donde fue avaramente feliz, camino de sus montañas

azules de infancia, que tienen las cabezas coronadas de azahares, como las novias.

El regreso motivó en él emociones añorosas de escondida angustia. El Magdalena, ventilado por los palmares levantinos de las orillas, trazaba itinerarios de infortunio, por entre una costanera de paisajes, en tanto que la lentitud del barco, horadaba, con flechas de recuerdos acres, sus pensamientos sin rumbo.

Juan Manuel permanecía encerrado en su mutismo, como en claustro de pena, y el tedio espumaba copos de amargura fértil sobre los playones de su alma, cuando el nacimiento de la noche vestida de luto, desleía sobre la selva sus exquisitos males, como la flor del borrachero. La soledad, entre esa avenida de montañas mozas, adelgazaba su alma en tristezas húngaras.

En esta ocasión, el Magdalena no tenía el encanto de la primera vez, cuando el paisaje se presentaba a sus ojos neófitos como una túnica de maravillas.

Ahora, el barco era un galeote rendido de cansancio que subía lentamente las duras aguas, con un resuello feroz de bestia fatigada. Tanta lentitud lo acongojaba porque el río parecía alargarse, alargarse, cual una ancha cinta de caucho que manos invisibles estiraran desde los extremos.

Al fin, después de pacientes jornadas, llegó a la ciuded que lo acunó de niño. Al verla de lejos, con su belleza múltiple de cristal hecho pedazos, se le abrió el alma en músicas interiores como el acordeón de un vagabundo. La emoción le hizo palpitar las sienes, henchírsele el corazón, y un choque brusco conmovió todo su organismo: las arterias eran redes eléctricas que le producían espasmos y sensaciones extraordinarias.

El retorno le dió un alma nueva y comprendió que regresar era como nacer otra vez. Más tarde descubriría

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con pena que el regreso tan sólo transforma pasajeramente, y que pasados los días de las primeras impresiones, se vuelve al viejo sopor, y la vida torna a ser tan igual y monótona como antes de movilizar el alma hacia otros panoramas.

En la estación del tren, dos brazos quebradizos de tánto suplicar al cielo, formaron ojiva de amor para estrecharlo, y la cabellera desteñida de la vieja cayó sobre su pecho con blandura de perdón sollozante.

El taita había muerto, pero en las miradas viudas y en las ojeras santísimas de su madre, vagaba la sombra del ausente, como un fantasma triste.

Volvió a ser niño, tomó nuevo gusto a la vida de hogar, el pan bueno de la mesa le dió sabores de evangelio, la almohada tenía el aroma de siempre, la ropa de los armarios conservaba aún ese clásico perfume de alhucema que tenía desde los tiempos de la abuelita, y las horas, como antiguo, estaban también azucaradas de ternuras fraternales y caían del reloj familiar con el mismo dejo melancólico que había escuchado Juan Manuel, cuando era niño, y oía sonar la hora metálica del sueño, entredormido sobre la pollera amorosa de su madre.

Las cosas inanimadas —¡Oh dolor!— permanecían iguales, sin cambios notorios, fieles a sus recuerdos, sin haberlo defraudado. En cambio, la familia era diferente y no correspondía a sus evocaciones, a los deseos acariciados en la costa, de hallar todo lo suyo según sus sueños.

La madre, viuda y adolecida, vestía siempre de negro y estaba silenciosa a todas horas. Sus caricias, espaciadas y lentas, pecaban de cierta frialdad marchita y conturbadora que más que hacer bien, contagiaban de pena.

La viudez la había tornado mística y desapacible, y en sus ojos apagados sólo se advertían las huellas del hastío y deseos de reintegrarse al polvo queridísimo del esposo muerto.

Las hermanas, ya no eran las chiquillas primaverales de los buenos tiempos de la escuela. Estaban ahora transformadas en tres muchachas graves y sensitivas que amortiguaban sus juventudes con la llovizna lenta de los días provincianos, que caían siempre, idénticos e inexorables, sobre sus madureces colmadas de ardores contenidos.

Había un brillo de oro anciano en sus trenzas atardecidas, hablaban con tonos tristes de guitarra vieja, y tenían unas manos gentilicias de bordadoras, que eran como el escudo de sus alcurnias en decadencia.

Ya no se notaba en sus palabras esa alegría de vino recién servido: ahora el acento de sus voces era muy distinto del són que tenían aquellos diálogos confidenciales de la niñez remota.

Rosa María era rubia y morena al mismo tiempo, con aquel color ambiguo del café tostado que su madre guardaba en la alacena de su casa. La tonada de su voz desvanecida tenía un dejo de ausencia como el de los convalecientes.

Usaba trajes largos, lánguidos y sencillos, con una cinta azul que le ceñía la cintura, a la manera de esas túnicas que rozan los tobillos y que tienen pliegues graciosos en los cuadros que representan a Beatriz, cerca de un puente de Venecia, seguida por el devoto mirar del Gibelino.

Había en ella una belleza triste como la de los crepúsculos. Amaba los libros de versos, los devocionarios y las palomas, y era frágil, al modo de los juguetes de porcelana. El tono de su voz sintonizaba muy bien con su belleza estéril. Su blancura de tuberculosa le imprimía una palidez traslúcida y su cuerpo de octubre tenía vaivenes de palmera antigua.

Era nostálgica y taciturna como un ramo de violetas. Estaba próxima a morir, y había en sus pupilas oceánicas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ese desprendimiento y esa serenidad resignada que tienen los ojos de los moribundos.

Ana Isabel era pálida, como la ropa interior del lavadero que ella secaba al sol, en los alambres del patio de la casa. Tenía unas manos blancas de astromelia, como su hermana, mejor para lucir en un taller de escultura, que para vulgarizarse en los oficios domésticos.

Cantaba por la mañana guabinas acriolladas y tristes, mientras tendía los lechos de las alcobas, y era hacendosa y de buen carácter, como Martha, la hermana de María.

Guarnecida de castidad irrevocable, escoltaba su virtud con ligaduras de fortaleza, pero amaba las caricias, las joyas, los rasos, las plumas dóciles y los objetos suaves. Se extasiaba rozando el matorral fértil de sus cabellos absalónicos. Parecía tener todas las sensaciones en el tacto. Sin embargo, su voluptuosidad era inofensiva y virtuosa, guardaba su doncellez con siete sellos y tenía la frágil solidez de un nido.

Teresa de Jesús era una castañuela de alegría. Toda su majestad estaba en la gracia de su cuello. Su garganta era digna de la guillotina y tenía unos labios austriacos de soberana.

Cuando cantaba, salían de ellos frases musicales como brotan de la boca de un clavicordio. Quería a su novio sobre todas las cosas, y lo amaba con cierta impúdica inocencia de cortesana virgen.

Tenía, como Rosa María y Ana Isabel, la aristocracia de su manos, que de tan blancas, poseían la virtud de palidecer todas las cosas que tocaban, lo mismo que ciertas substancias químicas de reacciones diabólicas. Un muchacho del barrio que era poeta y que nunca alcanzó de ella gracias de simpatía, comparaba la albura de su piel

con la seda blanca de las hojas del yarumo, y su suavidad con el terciopelo de las churimas.

Sus hermanas le exigían más pudor y modestia, y su madre la regañaba con palabras duras, porque tenía ademanes libres y soltaba la cascada de su risa como un surtidor locuaz, ante los jóvenes del pueblo.

Cuando ella la reprendía, se iba por las tardes al jardín, a llorar a solas su soledad inconsolable. Resentida aún por el reclamo materno, acodábase sobre una ventana, a divisar en lontananza las sombras ilesas, anunciatorias del advenimiento nocturno.

Teresa de Jesús estaba hecha de llamas y resplandecía de amor, como la Santa de su nombre.

Las tres hermanas eran buenas y apasionadas como las doncellas antiguas. Vivían despacio, despacio, al compás de las horas, envejeciendo a cada atardecer, fieles al destino, y ávidas en sus virginidades sin remedio.

El día vivido ayer, sería exactamente igual al de hoy, al de mañana, al que transcurrirá dentro de diez años.

Esta existencia isócrona, como gota que cae del filtro en el silencio de la noche, exasperaba el alma aventurera de Juan Manuel, alma móvil y arrebatada, hecha para batallas imposibles y para violencias con penacho. Por eso, él no podía comprender las vidas de estas mujeres pacíficas, jubilosas siempre, agradecidas de vivir, con una alegría floral para todos los amaneceres, en tanto que él amortizaba su tedio con viajes imaginarios por países sin existencia.

Una tarde, no pudiendo resistir más su fastidio, se fugó nuevamente de la casa, silencioso y hostil, igual que cuando chico.

Apenas salió al campo y se vió libre, bendijo de nuevo la vida, y le tomó sabor otra vez, como acontece con ciertos licores de un gusto ya olvidado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El pasto tenía frescores de cabellera húmeda, y en el cielo de ocaso, muy arriba, la luna creciente se iba esponjando, esponjando, como una panocha de maíz niño, de esas que cuecen los paisanos en el campo, cuando llega la cosecha de los chócolos.

18

Era Juan Manuel un muchacho hijo de familia decente, pero calavera y atorrante. Por poco juicio abandonó estudios y echó a andar mundo. Fruto de tanta correría y resultado de la gente bazofia que trataba, era su manera de ser un tanto ordinaria, que lo sindicaba de aparentar baja extracción y no mozo bien nacido.

Amaba la vida vagabunda, las mujeres frescas, las negras de bronce, el anís puro, los tiples bien sonoros, las buenas facas, y las noches de luna. Dábase airecillos de conquistador y atribuía sus triunfos al mechón crespo que le caía sobre la frente y a su sonrisa fotogénica, donde relampagueaba un casquete de oro. Tan fresca era su risa y tan airosa que parecía reclamar el eco de una montaña.

Sus maneras campechanas y cursis no estaban divorciadas con su entereza, con su romanticismo caballeresco y con ciertas virtudes que sólo brotan en gentes de calidad y buena cuna, aunque traten de abajarse.

El puerto estaba animado y era noche de navidad. Sobre las ventanas de cada casa, ardían farolillos a colores, y todos los negros semidesnudos y alegrones, bailaban cumbias y torbellinos, bambucos y guabinas, en mixtura de sexos y borracheras de aguinaldo.

La casa de Pacha Durán, sobresalía por el número y color de los faroles, y porque dentro de su fonda se celebraba una charanga a todo trapo, cuyo bullicio invadía

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la plazuela y todos sus aledaños, hasta llegar a las playas del Cauca y Risaralda, donde también bailoteaba una densa muchedumbre de betún.

Como hacía calor, los hombres sólo tenían pantalones blancos y habían dejado en sus casas, la camisa y el poncho. Mostraban, sus bustos de brea con pechos duros y musculados como los de los marineros jamaicanos. Las peinillas golpeaban sus caderas con sones de gresca próxima.

Las hembras, incitantes y lascivas, llevaban tan sólo una leve falda de olán y ceñían los senos de carbón con fajas de tela dura, para evitar que triscaran como cervatillos, o que en un movimiento brusco, saliesen de su dehesa para tentar malas pasiones.

La muchedumbre, al bailunguear, coreaba cantos natales muy en boga, cancioncillas del trópico, tonadas calentanas de dulce són, que hablaban de esclavitud, de trabajos rudos en los trapiches, o elogiaban la hermosura de las tabacaleras del puerto.

Era bestial y bello en su salvajía, este regocijo bárbaro, celebrado sobre la tierra hosca y caliente, bajo el poncho negro de la noche, perforado de luceros.

En medio de la algazara babilónica, una voz varonil se destacó entre todas con esta copla :

"Cantares de La Virginia,
los que yo voy a cantar:
cuando una negra se enciende
nu hay quién la pueda apagar".

A lo cual contestó la voz de un mancebo morenito, que rasgó el tiple con la siguiente:

"Por ser hija de la Pacha
y más hermosa qui un cielo
le pusieron en Sopinga
el mote de La Canchelo."

Fue oír esto la negredumbre para aplaudir con fervidez, y encaminarse todos a la fonda de la Pacha, vivando a su hija, flor del puerto.

Al llegar frente a la venta, un grupo prorrumpió:

—¡Viva la Canchelito! . . .

—¡Vivaaa! . . .

Pacha, muy orgullosa y complacida, compareció a la ventana, acompañada de Carmelita. Sonreía a todas partes, agradecía el agasajo y miraba a su hija con vanidad de reina madre.

—¡Que baile la Canchelo!, dijo un guapo requintándose con gracia y echando atrás la corrosca.

—¡Que baile la Canchelito!, gritaron todos con alegría africana.

Pacha Durán hizo señas a su hija de que debía complacer a los alegres súbditos.

Entonces, la divina doncella de ébano, hermosa como esas hembras núbiles del Cantar de los Cantares, bajó a la plazoleta entre un estrépito de aplausos y de jaculatorias.

Todos le hicieron cancha en forma de rueda, y Carmelita, en medio de la pleble devota, empezó el baile. El traje color punzó le ceñía el torso y dibujaba las cúpulas de sus pezones empitonados y firmes. Los asistentes comenzaron a encender velas de sebo y a menearse al compás erótico de la bailarina negra.

Juan Manuel se mezcló entre la multitud, participando de su entusiasmo, pero sin tomar parte notoria en la expresión popular de los regocijos. Ninguno de los bailes que veía picaba su curiosidad, porque en la costa caribe conoció danzas de negros con más locura voluptuosa.

Ahora estaba en la rueda, estupefacto ante la presencia de la Canchelo. Todo lo que le rodeaba carecía de importancia, y sus ojos, insaciables y ávidos, se clavaban en la maravilla negra que danzaba una cumbia del Pacífico,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con más donosura y maestría que los bailes perfectos vistos por él en Barranquilla.

Por la primera vez su ímpetu conquistador se recogió de miedo. El, Juan Manuel Vallejo, baquiano en domar reses bravas y hembras de mala mira, ahora temblaba, temeroso y tímido, ante el sólo pensamiento de acercarse a esta mulata ilustre, arquetipo de belleza oscura, comparable jamás a las esplendorosas negras atlánticas que había conocido en el litoral de las Antillas.

Quedó allí, petrificado de encantamiento, derretido de admiración, ante la gitanería airosa de esta hembra de risa total, gracia nativa y ondulaciones de culebra.

Sus ojos seguían el quiebre lascivo de las caderas, el oleaje de sus senos mórbidos, la castidad de su vientre inexplorado y liso con acres olores animales, la marcialidad de sus hombros, y la esbeltez de sus piernas de charol, brillantes y dóciles, columnas de pecaminosos deseos, en cuyo vértice anochecía la selva oscura de su sexo.

Quiso decirle unas palabras, intentó agarrar un tiple para trovarle, pero sus manos desobedecían y su voz naufragaba en la garganta con temores de doncel rústico.

Allí quedó, henchido de asombro, inmóvil y lelo, hasta que la divina aparición entró a casa, agobiada de vítores, en compañía de su madre.

La concurrencia volvió a la plazuela y se diseminó luego por las calles que iban a morir al río.

Solitario y en silencio, aterrado de sí mismo, permaneció allí. Estaba con vergüenza de su cobardía. El, que nunca tembló para hablar a una mujer, ahora parecía un colegial y se sentía incapaz de decir un piropo a una humilde campesina de un puerto diminuto.

El alba lo arropó en gasas de neblina, recostado contra una puerta, frente a la fonda de Pacha Durán, donde

no pudo entrar a causa de que una fuerza irresistible lo detenía cuando intentaba hacerlo.

Ese día, como era festivo, no pudo solicitar trabajo, porque las gentes del puerto dormían el trasnocho de las charangas y las haciendas vecinas permanecían solitarias. Todos sus moradores andaban en paseos de pascua por los campos y pueblos limítrofes, celebrando la fiesta del niño Dios.

Juan Manuel dedicó ese día desesperante a merodear como un perro sin amo, alrededor de la casa de la Pacha Durán.

A boquita de oración, cuando ya todos habían regresado a sus haciendas, Juan Manuel se encaminó hacia Portobelo a pedir trabajo.

Cruzó el Risaralda en una canoa y penetró a la casa de campo.

—Buenas noches, don Pacho, gritó al entrar.

—Buenas noches, señor, repuso el viejo.

—Vengo a solicitar trabajo, si no es mucha molestia.

—¿Y usted qué sabe?

—Muchas cosas. Entiendo de todo un poco. Soy hasta vaquero.

—¿Y dónde aprendió vaquería?

—En el Tolima, y también en el valle del Sinú, allá en la costa.

—¿Y usted de dónde es?

—De Manizales, señor.

—¿De Manizales? ¿Hijo de quién?

—Del difunto Juaquín Vallejo que Dios lo tenga en salú.

—¡Ah buena persona que era ese don Joaquín!, amigo.

—¿Por manera, pues, que usted lo conoció, don Pacho?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¡Cómo no! Con él tuve algunos negocitos. Era un hombre cabal y de los buenos.

—¿Entonces, me da trabajo, señor?

—Por supuesto, amigo. Siendo usted hijo de quien es, no necesita más recomendaciones. Puede quedarse.

—¿Y qué me va a poner a hacer?

—Hombre, yo necesito un buen vaquero.

—Pues yo soy el hombre, si usté no dispone otra cosa.

—Vamos a ver, pues, cómo me resulta. Voy a ensayarlo no más. Como le digo, necesito a todo un señor vaquero para que me maneje la hacienda con mucho juicio.

—Pues a la orden, señor. Le prometo que quedará satisfecho con mi trabajo.

—Eso es lo que vamos a ver.

Y el abuelo de la hacienda, llamó en alta voz a otros dos vaqueros:

—¡¡Angel!! . . . ¡¡Desideriooo!! . . .

A su voz, dos negros gigantes acudieron desde el patio.

—Oigan muchachos: aquí tienen al nuevo patrón de vaqueros que va a empezar trabajos desde mañana. Le obedecen lo que él mande y mucho cuidado con pelearse.

—A sus órdenes, señor.

Y fué así, de tan fácil modo, como Juan Manuel instaló en Portobelo su nueva vida. Ancló allí, como en predio propio, para estar a todas horas, cerca de una mujer que sin conocerlo siquiera, lo tenía desde ya, loco de amor.

19

—Camine, compañero, le muestro su pieza. Peru antes, si usté quiere, agrega Desiderio, nos vamos pal corredor, a tomar el jresco y hacer un ratico de charla con los muchachos. Esa es costumbre aquí. Ahí verá, pues, si nos acompaña . . . .

—Bueno, amigo, como usté quiera.

Y adelantándose el negrito Desiderio, toma la linterna para alumbrar el trayecto que los separa del pasillo, donde hacen tertulia cordial todos los peones, antes de acostarse.

Desiderio lo presenta a sus camaradas, se cruzan palabras joviales y a los pocos minutos todos charlan con Juan Manuel con anchurosa confianza como si hubieran sido amigos desde hace años.

Se dicen historias, se cuentan enredos, cantan coplas al són de los tiples, bailan a veces entre sí, y hablan de fantasmas, de sustos, de guacas, de culebras, de misteriosas apariciones de ánimas, y de todos aquellos pueriles temas escalofriantes tan del agrado de los niños y de los rústicos, y que suelen desvelar por las noches a quienes escuchan tales historias.

Al frente, se ve, desde el corredor de la casa, sobre la cordillera, en la oscura lejanía, cómo arde la quema de una roza. De las llamas rojizas, surge la luna burguesa que es como una tilde sobre la noche esdrújula.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Angel comenta:

—Miren puallá, muchachos, comu arde de sabroso la roza de don Pascual.

Todos enfocan la mirada hacia el cerro luminoso.

Hay una pausa, se quedan mirando hacia el incendio, en tanto que sus tabacos arden en la oscuridad como cocuyos. En la vida sencillota de la hacienda, cualquier hecho trivial tiene trascendencia y sirve de comentario por mucho tiempo.

Rompe el silencio Juan Manuel:

—Ahora que de quemas hablamos, yo sé un cuento más miedoso que esos que ustedes acabaron de contar sobre culebras.

—Cuente a ver, amigo.

—Es un cuento muy positivo porque yo lo presencié allá en el Sinú, cuando estuve de vaquero en una hacienda.

—Cuente, pues, ligero, que tuavía hay tiempo. Apenitas son las siete, dice Desiderio.

—Ahí va, pues, a ver qué les parece: Una tarde, en la hacienda del General Ospina, un pastor protestante que tenía una escuelita de pelaos . . . . .

—¿De qué?

—Pues de pelaos.

—¿Y eso qué diablos es?

—Pues así llaman en la costa a los muchachos chiquitos. Pero no me interrumpan, porque si no, no sigo.

—Siga pues, compa.

Bueno: el gringo ese salió esa tarde pal monte, dizque de cacería. Por esos lados andaban unos peones de quema, pa sembrar una roza. El gringo, como estaba ya muy acostumbado a todo este trajín del campo, no le dió importancia a la cosa y se internó en el monte.

Cuando menos pensó, se vió rodiao de candela por todas partes, pues resulta que con el viento, las llamas

habían corrido a los vuelos, más de lo que el gringo creía. Y entonces, el míster salió corriendo, con la escopeta al hombro dizque a salvarse de cualquier manera y en cualesquier parte.

Pero pa colmo de males, el huracán arreció más y se vino encima sembrando tizones encendidos por toditicas partes, y chispas a más no poder. El gringo, corre que corre, y la candela lo mismo. Y como el viento llevaba chispas y tizones, el monte comenzó a arder por todas partes y mi hombre en el medio. El míster corría y corría, y al pasar por un árbol, por hacerle quites a un lempo de llamarada que ya lu estaba lambiendo, se le descolgó encima una boa como de cinco metros y más gruesa qui un tronco. El bicho ese taba en la punta de la rama del árbol, esperando a ver de qué si agarraba porque ya sentía la candela encima. La culebra cayó tan de repente, que el pobre gringo no tuvo tiempo de sacudírsela, aunque tampoco habría podido porque era muy grande y pesaba un infierno di arrobas. Bueno: la culebra, en el desespero de verse rodiada de candela y por puro instinto, se le enroscó al míster con todas sus fuerzas, creyendo que así se salvaba. Y la maldita lo fué enrollando, enrollando, y cada vez lu apretaba más y más, desesperada de ver que ya la candela le llegaba al cuerpo. El gringo, lucha que lucha, daba gritos fuerciaba por zafarse y nada; más se le enroscaba la culebra y no se sabía cuál de los dos taba más desesperao. Y la candela los fué cercando, cercando, en forma de rosca, hasta que llegó a los cantos del vestido del míster y en un minuto se quedó en llamas. Cuando si apagó la quema los incontraron carbonizados, abrazaítos los dos como marido y mujer en la misma cama. Fué una cosa terrible que llenó de susto a todos los vecinos.

Juan Manuel suspendió el relato y se puso a otear hacia la quema que en lontananza perforaba los túneles

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de la noche con sus fulguraciones granates. De los oyones dijo uno:

—¡Ah lindo que se enchurima este blanco pa contá un cuento! . . . .

A esto repuso Juan Manuel:

—Ello no, amigo. Ahí meramente se cuenta lo que uno sabe y nada más. . . . .

Después de que esto dijo, un ingenuo, volviendo al primer tema exclamó:

—¿No ve? Eso le pasó al gringo por hereje. Todu eso jue castigo de Dios porque el gringo nu era ningún cristiano . . . . .

La quema de la cordillera iba aumentando más y más sus llamaradas. Los peones, silenciosos, haciendo la digestión del relato de Juan Manuel, reconstruían la tragedia a su manera, con esa fantasía infantil de los hombres del campo. Y se hizo un largo silencio, impresionados por la narración que habían oído.

Uno de ellos, más nervioso que todos, con el temor de no poder conciliar el sueño, quiso desviar la conversación sobre culebras hacia temas menos espeluznantes. Y comentó:

—¿Cómo le parecieron las jiestas di anoche, mano Disiderio?

—¡Ah güenas que tuvieron, compa! Reíte de lo jumao que tuve. Yu amanecí onde la Pacha más rascao qui un tiple.

—¿De veras? preguntó Juan Manuel ansiosamente.

—Como l' oye, mijo. Y hasta dí mis güeltas con la Canchelo que es mucho decir, pues que la condenada nunca mi había querío mirá siquiera. ¡Con lo pretensiosa y culifruncida que es!. . . .

—¿Y cómo jue, de veras, pa hacéle caso? preguntó un curioso.

—Pues, valga la verdá, yo ni an sé. Sería por las

pascuas. Pero lo cierto jue que yo dí mis güeltas con ella y hasta salió a la plaza a bailá un currulao y en después, en la charanga, nos concidió la mano a Epijanio y al suscrito, de lo más modosita. ¡Taba de buen genio la condenada! . . .

—¿Y quién es esa Canchelo de que usté habla, don Desiderio? pregunta Juan Manuel.

—No me diga don, mi don. Desiderio me parió mi madre, Desiderio soy, y Desiderio quiero que me intierren. ¿Tamos?

—Bueno, pues será decirle Desiderio. Pero dígame: ¿quién es esa que llaman la Canchelo?

—Es la muchacha más pispa de La Virginia. Pero la más pretensiosa también. Su mama, la Pacha Durán, es una negra amarrada que nu hace más que guardar plata y robar a todu el mundo y dice que izque no la deja casá sino con blanco. ¡Cómo les parece! ¡Como si los negros no tuviéramos tamién de "eso" y tan güeno como el más macho de los blancos. Pero a nosotros no nos pone bolas porque semos pobres. Esu es todo.

Juan Manuel pregunta interesado, haciéndose el míster:

—¿Y es de verdá que es muy pispa?

—¿Pispa? Deje y verá que la vea. Eso es lo más lindo del puerto y todos los negros nos las pelamos por ella, pero la maldita suegra no la quiere dejar bajar los ojos a la pobrecía. ¡Ahi que ve! . . . .

—Pues si es tan bonita, habrá que conocerla, Desiderio. Nu es cierto?

—¿Y por qué nó? Claro que sí.

—¿Cuándo me la presenta, Desiderio?

—Antualito, nomás. Deje que vamos el domingo a mercar a La Virginia y verá cómo los amisto. Eso sí, si nu está por ahi la tal Pacha, porque lo que es con esa tigra si no me meto yo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Y si me hará caso, Desiderio?

—Pues a lo mejor, quién sabe. ¡Es tan culiapretada la zamba esa! Sin embargo como usté es blanco, a lo mejor lo deja arrimar el hocico. . . . .

Angel, el otro vaquero, quiebra el diálogo para decir a Juan Manuel:

—Aloye, compadre: cántenos una cancioncita de esas que cantan puallá en esas tierras de la estranjería onde usté estuvo. ¿Quiere?

—¡Arriba compa, cántenos algo,—coadyuva otro—cántenos algo de puallá, usté que es tan recorrío!

—¿Y qué quieren que les cante? Quieren un bambuco tolimense o un canto versiao de Barranquilla?

—¡Eso, compa! Un canto versiao de Barranquilla.

—Ahi va, pues.

Y tomando el tiple que le pasa Desiderio, tose previamente, se desata el pañuelo rabuegallo del pescuezo para tenerlo más al aire, templa el instrumento y suelta el clarín de su voz con este canto negro:

"Soy un nego que vive
sempre de güen humó,
y a mi nega le canto
muchas trovas de amó;
y mi nega cuando oye
cierta conversación,
se saboria de gusto
caramba,
y se riye con yo! . . .

Cuando ajunto mis trapos
y muy lejos me voy,
me escribe mi negrita
una carta en renglón,
y llorando me dice
con inmenso doló,
"que perdone la ojensa
caramba,
y que güelva por yo!"

Mañana por la mañanitica
apenitas salga el só,
iremos onde amo el cura
junticos los dos,
y con mucho respeto
le diremos, señó,
que nos dé el matrimonio
caramba,
a mi nega y a yo! . . . ."

—¡Caramba, compa! Yo no sabía que usté era tan jiera pa cantá tan lindo. ¡Hijueldiablo! Parece mismamente un jilguero.

—Ello no, compadre. Ahi si hace lo que se puede.

Alguien pidió más canto. Y Juan Manuel cantó entonces un bambuco calentano, para despedirse de la concurrencia.

Al terminarlo, el reloj desgranó las ocho horas de su mazorca de tiempo.

El sueño llega poco a poco a los peones y se instala en sus párpados fatigados. Entonces, uno por uno, se van levantando de las tarimas hacia sus camas.

Pocos minutos después, la casona queda en silencio, turbado sólo a veces por el péndulo y por el ladrido de un mastín insomne.

La cisterna móvil de la noche, extiende sobre el llano, anchos brocales de paz sin luna.

Pero el bambuco fiestero queda horadando los oídos de los buenos paisanos, y las notas del tiple continúan su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vibración en sus oídos adormilados. En la pared del cuartel de peones, el tiple daba a veces quejumbres cuando las ratas brincaban sobre sus cuerdas entre el silencio nocturno.

¡Tiple bonachón y montañero, tiple sentimental y macho, camarada fidelísimo de nuestro pueblo humilde! El campesino lo oye zurrunguear desde que su madre lo acunaba sobre las rodillas, y no es todavía mozo cuando ya lo ha aprendido a rasgar para ir a cantarle a la novia, una muchacha agreste que viste de muselina y tiene dos trenzas bíblicas caídas sobre los pechos en retoño. Una novia sencilla y buena que cuando escucha a lo lejos puntilleos de tiple con amagos de serenata, se asoma a la ventana a escuchar las canciones del amante. Y para retribuír el homenaje, prende las instalaciones de sus sonrisas traslúcidas y lo besa con esas sus pupilas negras que tienen lontananzas como las llanuras. . . . .

El tiple no puede faltar en ninguna casa solariega, en el taller aldeano, en las cantinas del pueblo, en las fondas de los caminos reales; prendido de las paredes, cuelga como un ajusticiado, luciendo en las clavijas moños de cintas rojas en forma de mariposa, como los de una colegiala. Ahí está, siempre listo a alegrar las faenas y sucesos triviales de la vida proletaria. Por las noches, en el campo, al regreso de labores, después del yantar y luego de haber rezado el rosario tradicional, los peones se van al corredor de la casa a rasgar el tiple y a cantar bambucos pícaros que el viento nocturno filtra para llevar al galope sobre la soledad llanera.

Los domingos, al atardecer, se escucha el són quisquilloso de sus cuerdas, cuando dos trovadores paisas se desafían a **versiar,** sentados en una barranca del camino o sobre el mostrador de una fonda.

También el tiple es patriota y por eso los reclutas lo enrolan para la campaña, primero que sus encapillados.

Por las noches, en vísperas del combate bajo toldas de guerra y en tanto que afuera el centinela otea enemigos, los soldaditos bailan guabinas y pasillos al compás del tiple aventurero que comparte con ellos todas las emociones de la vida militar. Talvez mañana, las balas enemigas romperán las hélices de sus corazones, generosos y ágiles como los potros del llano.

Su quejumbre indígena tatúa de recuerdos vitalicios el alma rebelde de los guerrilleros. En las noches calentanas del Tolima, bajo un cielo móvil de estrellas y de zozobra, los soldados esperan la iniciación de la batalla, con el arrullo de un tiple tosco que les da bravura y los enternece de patria.

Para los veteranos de la revolución, el instrumento nacional trae nostalgias recónditas, porque al conjuro de sus voces taumatúrgicas, los recuerdos se les cuadran, en "posición firmes", frente a sus evocaciones hogareñas, como un regimiento de esperanzas. Y en todos ellos, jefes y soldados, el dolido aire colombiano prende nostalgias de amor, saudades de ternura, tristezas por la nativa tierra, vehemencias por estar en el rancho amigo, al calor afectuoso de los suyos y entre el paisaje familiar que lo circunda.

Hubo un general de alma dura que prohibió bajo pena de ázotes llevar tiples a la guerra, porque en la soledad de la campaña, los reclutas desertaban de las filas, al escuchar el suspiro de un bambuco. Y no eran fugitivos por cobardía, sino por estar ganosos de llegar a casa donde la vieja querida o la soñada novia los esperaba con los brazos llenos de ausencia. Y cuando agonizaban en el combate, más les dolía dejar la vida por abandonar el tiple fiel, que morir de veras. ¡Es así de arrebatada y lírica esta soñadora raza de Colombia!

Evoquemos, pues, al tiple criollo, hermano y compinche de todas nuestras desventuras y glorias, al tiple libe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ral y ravacholista en cuyas cuerdas duerme siempre un bambuco demagógico, al tiple guapetón y bravo que envalentonaba a los soldados románticos de la guerra civil, al tiple añorante que va regando quejas tristes por la polvorienta soledad de los caminos reales, al tiple proletario que viaja cantando en las vagones de tercera clase de los ferrocarriles, al tiple de la fonda campesina, amoroso y sumiso, que llena de recuerdos los sembradíos ausentes, las huertas desvastadas por la revolución, y cuyos sones transporta el viento de colina en colina, como un pájaro henchido de cantares.

Evoquemos al tiple chiquinquireño con cintas rojas y trastes de brillante cobre, tiple conservador y promesero, godo y ultramontano que va siempre adelante, abriendo caminos de esperanza a los indios taciturnos que se dirigen al santuario boyacense a rezar a la virgen chibcha en peregrinación suplicatoria.

Evoquemos también al tiple del obrero y del estudiante, que pide amor en las rejas de las ventanas, tiple de bajo precio, amigo del artesano y compañero del campesino, que en la soledad del agro triste o en el silencio arrabalero del barrio pobre, solicita amor con ayes doloridos, a un balcón inútil que no se abrirá nunca . . . .

¡Tiple sentimental y macho, camarada de nuestro pueblo humilde, en cuyo encordado se encuentran todos los tonos que traducen estados de alma colombiana: en sus aires se puede expresar la alegría de las victorias guerreras, la llegada de las buenas cosechas, los idilios campestres, las penas de ausencia, el dolor de la madre muerta, la angustia de saberse lejos de la patria! . . . Todos, todos nuestros sentires nos los interpreta el tiple: él tiene arrullos para acunar los niños en las rodillas maternas, quejas para hacer reclamos por injustos desdenes, sones canallas de barrio abyecto para agredir a una hembra traicionera que hizo trizas nuestro corazón, tonadas dulcísimas para la novia buena, y todas las peripecias de la vida las registra el tiple en sus amistosas cuerdas que se entreveran a la historia de Colombia con raíces sentimentales, como se cruzan los bejucos en el monte, o trenzan sus cabelleras samaritanas las campesinas al salir del baño.

Bolívar pulsó tus cuerdas con esas sus manos próceres, expertas en caricias y en batallas. Córdoba, el efebo de la boca frutal y de los ojos verdes, ordenó que anunciaras el choque de Ayacucho con un bambuco heroico de la tierra nativa. Y don Francisco de Paula Santander, tan frío de corazón como era y tan desaprensivo, se enternecía como una muchacha cuando escuchaba tus aires acriollados y tristes, y agarrándote con cariño, como si fueras un hijo, entonaba en tu compañía guabinas amorosas, bajo los portales de las antiguas fondas de Cundinamarca, en sus noches de juerga y de luna.

Eres pues, tiple hermano, para este pueblo lírico, tan dueño de nuestro afecto, como un retazo de bandera colombiana o como un girón del himno nacional.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

20

La mañana criolla se regó por todas partes, jaspeando de luces la jovialidad del valle.

No habían cesado de sonar los pitos de los gallos, cuando ya el peonaje, después de sobrio desayuno, se repartió en tropillas, rumbo a diversos menesteres.

Estos, a ordeñar las vacas de henchidas ubres, aquéllos a desaguar tremedales, los otros a hacer trinchos para desviar el cauce del Risaralda, los vaqueros a enrolar ganado, los muchachos a traer leña y las mujeres a faenas de cocina y a cuidar los críos.

El tufo sexual de la tierra caliente, húmeda de savias y de fertilidades, y la clausura de sanatorio en la casa paterna, habían restaurado como por prodigio, el alma de Juan Manuel.

Al sólo contacto del llano, sus heridas cicatrizaron y renació otra vez en él el vaquero de veras, con sus rebeliones en marcha, con su amor a la vida brava, a la aventura de sufrimiento, con gusto de hacerse duro al percance y a la lucha, a la crueldad solar y a la lluvia, al abandono, a la intemperie y al mal carácter del novillaje libre.

Como vaquero de ley, estaba desposado con su silla de montar, a la que adoraba con cariño de amante. La quería con ese amor celoso y egoísta que tienen los marinos por sus barcas.

Mantenía su montura, hermosa y nuevecita como una

doncelluela. El cuero brillaba de tan limpio, las argollas parecían de oro, lo mismo que las estriberas y los broches; la jáquima y la grupa, también relucían con charolados resplandores.

Era una bella silla chocontana, de alcurnia cundinamarquesa, adquirida en la feria de un pueblo tolimense.

Desde que la vió, flamante y provocativa, sobre un potranco algarrobo, en mitad de la plaza, se prendó de ella y quiso comprarla a toda costa.

Como le faltara dinero, se fue al garito vecino, arriesgó sus ahorros, con la corazonada de que la suerte habría de asociársele. Efectivamente, echó a rodar sobre un poncho las muelas de Santa Polonia, y en pocas paradas ajustó la suma que necesitaba.

Suspendió el juego, tomó su plata y se fue directamente para la plaza con el fin de comprar el apero chocontano.

Ya en su poder, después de acariciarlo embelesado, lo traspasó a su caballo, un colimocho lindo y pajarero, y salió a chalanear por las calles, con airecillos de árabe, muy presumido y contento de ser dueño de tan flamante prenda.

Las gentes admiraban la silla con palabras de elogio, y el muchachaje del pueblo aplaudía los corcovos y firuletes que Juan Manuel dibujaba en media plaza, para envidia de unos y solaz de todos.

Desde entonces, se ayuntó en matrimonio con su silla sabanera y nunca más volvió a separarse de ella.

Jinetazo de buen montar, sentíase sobre su silla, orgulloso y seguro como en un trono. A fuerza de usarla siempre, y de ser tan suya a toda hora, los estribos estaban marcados en bajo relieve a causa del desgaste, con la huella de los dedos gordos de los pies.

Como a hembra fiel, amaba su silla cimarrona, por-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que lo había acompañado en todas sus correrías de muchacho loco. Más que por su fidelidad, amábala por pundonor caballeresco: jamás se había caído de ella, nunca, por su culpa, ni por fallo de sus correas, lo derribó a tierra una potranca chúcara, que es la suprema humillación para un vaquero de honor.

Porque es ley de vaquería que chalán arrojado al suelo desde su cabalgadura, es reo de infamia, merece azotes de ignominia, y no debe confiársele en lo sucesivo un animal de buena sangre que merezca tal afrenta.

Seguro sobre ella, oteó lontananzas en los amaneceres tibios de los planes tolimenses, bebió velocidades luminosas al galope sobre los llanos del Sinú, y en las noches de vela, buscando ganado perdido, solo en la inmensidad del valle, tendiendo sobre el pasto la alfombra y la gualdrapa, bajó amorosamente la silla del dorso del caballo, la puso en un extremo para que le sirviese de almohada, mientras él, de cara al cielo esplendoroso, se ponía a contar las estrellas errabundas, para llamar el sueño . . . .

A la proa de su silla amarró muchas veces toros bravos de mala entraña, humillándolos con su seguridad y poderío, y desde ella, a la distancia, enlazó, con la obediente soga, reses ariscas que corrían por los pastizales como venados perseguidos.

Firme, siempre firme sobre su silla victoriosa, recorrió los campos y los senderos, las ventas de los caminos y las fondas de los pueblos, mojando el gaznate con aguardiente indígena, borracho como un dios en juerga.

Agarrado a la cabeza de su silla hazañera, se cruzó unos tiros de carabina en los llanos del Sinú, cuando lo asaltaron unos cuatreros desalmados al filo de la media noche de un agosto caliente que hacía crujir las ramas de los boscajes.

Pero la amaba sobre todo, por los recuerdos sentimentales que le sugería: porque una tarde, montado en

ella, al regreso de un rodeo, apuntó con la escopeta de dos cañones de sus ojos azules, a las pupilas de María Jesus Manjarrés, la mulata de bronce que tenía los senos duros y sonoros como dos campanas y que daba unos besos luciferinos que producían borracheras de amor, la hembra atlántica que él amó hasta empobrecerse a sí mismo, y que fue la madre de aquel hijo esperado que sus brazos no acariciaron nunca.

Adherido a su silla guapa, dialogó muchas veces, a orillas del Sinú, con esa María Jesús calentana, cuyas caricias enloquecían como bebedizos.

Y una noche de luna, la montó en su silla, al anca del caballo camarada, honor inmenso que un vaquero no concede sino una sola vez en la vida, a la única mujer digna de tan grande honra.

Amaba también su silla, porque en ella pasó casi la mitad de su vida aventurera, porque ceñido a su cuero amistoso sufrió azares y tristezas en los vagabundajes de la vaquería, que testigo mudo de celos, desafíos, y faenas duras, y al roce de su proa echaba a andar el trotoncito malencarado, por los caminos de la tarde, al compás de sus pensamientos cambiadizos.

Durante el viaje de regreso, su apero estaba en sitio de honor en el camarote del barco que lo trajo hasta La Dorada, Y en Manizales le buscó aposento igual que a una persona, lo cubrió de sábanas para evitarle el polvo, y todos los días, antes de sacarlo al sol, limpiaba sus argollas y aderezos, como si fuera a salir de viaje.

Cuando tenía nostalgias de llano, ansias de horizontes, sed de lejanía, vehemencias de sol macho, deseos de noches estivales orquestadas de grillos y de luceros, pasábale las manos por sus curvas mujeriles, rozaba su pescuezo morenito, y cerrando los ojos, soltaba su imaginación al galope, como si fuese un caballo brioso, por las llanuras del recuerdo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Juan Manuel, chalaneando muy a gusto con sus acompañantes Desiderio y Angel, enrumbó por el camino de los yaraguales de arriba, donde pasturaban reses en ceba. Juan Manuel, a vanguardia, escribía romances vaqueros con los cascos de su caballo, sobre el papel de la llanura.

Allá, en Perolindo, había una tropilla numerosa, un poco dejada y era necesario revisarla mediante un rodeo.

Al llegar, aunque era de mañana, ya el ganado estaba al pie de un guásimo haciendo siesta colectiva.

Los tres criollos se repartieron en triángulo para rodear la tropa y arriarla hacia un callejón cercano, desde el cual podrían pasar examen por unidades.

Una vez revisado, hallaron parte del novillaje enfermoso y asoleado, y algunas reses con gusanos y otros bichos, por lo cual decidieron enrumbarlo al galpón de Portobelo, bajo cuyos techos de zinc estaba el baño garrapaticida.

Era éste un gran tanque lleno de una substancia fenicada, de turbio color gris, áspera de hediondez al removerla. Para entrar a él, había una angosta calle de cemento, cercada a lado y lado por vigas de madera fuerte. Esta callejuela, al llegar al charco, tenía un declive brusco untado siempre de grasa y oculto por el líquido. Al pisar el animal en dicho punto, resbalaba y caía al tanque indefectiblemente.

Este, al verse caído en forma imprevista en la pileta, echaba a nadar, a fin de salir a la opuesta orilla, a la que llegaba dificultosamente, estropeado por el golpe, y con el cuero teñido por el remedio germicida.

Juan Manuel y sus compañeros, gozosos del oficio, daban gritos agudos y altisonantes, para inducir al ganado hacia Portobelo. El novillaje, con un bello toro padrino a la cabeza, enrumbó hacia la casa, despacio, despacio,

con ese andar desaprensivo y filosófico de las reses en manada.

El corifeo, siempre adelante, llegó al patio, abrió con la trompa la portezuela y penetró al galpón por el pasadizo trágico, inocente de lo que le iba a acontecer.

No había caminado aún tres metros, cuando por entre los claros de la palizada que cercaba el callejón, un peón maniligero le sentó en el anca, un hierro al rojo blanco, que ardía con el monograma del patrón de la hacienda.

El animal, ágil y avivado por el dolor, apresura el paso como para espantar el martirio, da uno en falso en el extremo de la calleja, y cae entre el tanque, zabulléndose con estrépito. Un aguacero de gotas salpica todas las paredes y lugares cercanos a la pileta. De allí sale a nado, caricaído, escurriendo caldo hediondo, camino del potrero solitario que lo espera más allá de la enramada metálica.

Detrás, como el primero, arriados a azotes, van pasando por el baño fatal uno por uno, todos los novillos de la partida. En vano pueden tratar de devolverse, porque la estrechez del pasadizo no les da espacio. Tienen que someterse resignadamente al baño de agua fétida.

En esta faena gastaron la mañana, Juan Manuel y sus compañeros.

El sol partía ya en dos cascos la naranja madura del día y era hora de buscar almuerzo. Por lo cual salieron para Portobelo en busca del condumio.

En la puerta estaba el patrón:

—¿Cuánto ganado había en "Perolindo"?

—Doscientas cincuenta reses, señor.

—¿Y cómo estaban?

—Pues regular; había algunas luciditas, pero otras estaban asoliadas y tamién había algunas con gusanos y garrapatas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Y ustedes, qué se estuvieron haciendo toda la mañana?

—Pues las rodiamos pa echálas al baño garrapaticida.

—Muy bien. ¿Y por qué no las marcaron de una vez?

—Tamién las marcamos, señor.

—Bueno. Está bien. Ahora, corran a almorzar, muchachos, para que se vayan para "Pubenza" a castrar unos terneros que tengo allá hace días y que se están pasando de punto.

—Como mande, don Pacho. Y ¡ah güeno que ta el tiempo pa capá terneros! Ta haciendo una menguante la mar de linda.

Y mirando hacia los cielos azulísimos, barridos de todo nubarrón, Desiderio señala con el índice tosco, hacia la luna mañanera que parece una piragua tallada en comino fresco.

21

El vaquero es un voluptuoso de la lejanía y es feliz acortando distancias. Mientras galopa sobre el pasto niño que rozan sus estriberas, el paisaje se va enredando como un bejuco en las espirales de humo que salen de las chimeneas de sus pipas.

Es el vaquero criollo hombre de carácter duro, amigo de rebeldías, sobrio durante la semana, jinetazo a toda prueba, ocupado siempre en rodeos, arriería, medicación de reses, doma de potros, herraje de caballos, castración y demás bregas del oficio.

Todo lo hace a conciencia y está siempre orgulloso de ejecutar bien las cosas. Es baquiano en cuanto al campo se refiere: se orienta en la llanura o en el monte sin equivocarse, como si sus ojos fuesen brújulas certeras.

Cabalga sobre el llano con galope confianzudo como sintiéndose propietario de su vastedad, y sin miedo a los peligros que lo rubrican por entre el rastrojo.

Es amo del paisaje y ejerce soberanía en toda la vida del campo. Y sobre todo, es libre, orgullosamente libre, y ama su libertad con celo arisco, y nunca se la deja limitar por nadie. Y como es dueño de horizontes, la única jurisdicción que reconoce es la suya, amplia como el llano, y como el llano, libérrima.

Desde muchacho, se hace duro para los quehaceres y azares de la vida vaquera: acampa a media noche, en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pleno llano, y sobre él se acuesta como en blando lecho, con la montura por almohada. Si le falla el táparo, sigue a pie con entereza, como sin percance; si un río crecido se le opone, lo cruza a nado, portando en el pescuezo la ropa, y para todo revés tiene una sonrisa, y un remedio para cada dificultad aparentemente invencible. Hácese impermeable a las lluvias, curtido a las resolanas, luchador a cuanto se le enfrente.

Ama siempre lo criollo, lo que tiene sabor de tierra y aroma de patria india y verdadera, es hostil a todo lo que trata de desnacionalizar el campo, de quebrantar sus tradiciones o recortar su personalidad afirmativa. Detesta los refinamientos de las ciudades, mira con aires de superioridad al hombre de la urbe y con desdén sus comidas repelentes, estrafalarios usos, ridículas costumbres y cursis vestidos.

Nuestros paisanos tienen la certidumbre de que esos señoritos que sólo van al campo en tiempos de nochebuena, a llevarle todas las exigencias de la ciudad, no son machos como ellos, sino una especie de andróginos, afeminados y cobardones.

Por eso los odian, se creen superiores a ellos, y siguen satisfechos con sus trajes holgados que les permiten libertad, por cuyos pliegues entra a sus anchas el viento llanero, no como esos pantalones ceñidos de los cachacos, que forran la pierna con presumida mariquería.

Ellos se burlan del modo de montar de los filipichines, de sus gestos estudiados, de su miedo frente a un toro manso o ante un mal paso del camino. Y orgullosos de ser camperos, los miran con piedad y hasta con una bellacona sonrisa de sarcasmo.

Y siguen en su campo, felices con su libertad y con su horizonte, con sus comidas frugales y sencillas, con su alma desnuda ante el llano altivo, como una ofrenda

constante al pasado y a las tradiciones de los abuelos que llevaron sus mismas vidas.

Y silbando a veces, cantando otras, al pasito dócil de su caballejo amigo, el vaquero recorre sus predios, mira detalladamente los lugares bien sabidos, los rinconzuelos amistosos que él conoce palmo a palmo como el cuerpo de su vaquera, tan digna de cantarse en serranillas, igual que a la vaquerita de la Finojosa, de mi señor el Marqués de Santillana.

El sabe que cerca al río hay una gran roca, donde un domingo se chupó los labios de una mozuela agreste, como si fuesen naranjas en sazón; que más allá, hay un caracolí de brazos confidenciales, donde asó un venado después de una cacería accidentada; y que en un recodo del río, el charco se llevó con las suyas, unas lágrimas de amor que se le escaparon cierta vez que sufría dolencias de cariño.

Para Juan Manuel, aunque éste le era aún campo desconocido, tenía, sin embargo, similitudes con sus valles tolimenses y sus llanuras caribes. También por los llanos del Sinú corría un diáfano río que se llevó llanto suyo, un islote de piedra donde sorbió labios de mujer, y un árbol compañero bajo cuya sombra doméstica, encendió hogar de leña con camaradas distantes que amaban su voz y sus maneras varoniles de muchacho criollo.

Y así como un recuerdo sirve para recordar otro, Juan Manuel se puso a evocar en este vallecito de Risaralda, a aquella lontana pradera de amor, donde discurrieron días definitivos de su vida.

Silencioso, jinetazo sobre su caballo, se deleitaba gozando un dulce dolor, en la recordación de episodios de su vida inútil.

Angel el morenito lo interrumpió:

—Parece que va como triste, el amigo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Ello no, compadre. Estaba apenas recordando.

—Mala cosa, compa. Eso de ricordar cosas pasadas es muy maluco. Dan como unas ganas de llorá . . . . ¡yo no sé por qué! . . .

—Pendejo que es uno, compadre, que se echa a perder por una pena. No hay razón . . . .

—Pues si es que tiene males de esos, dígalos hermano, pa dále la medecina. Pa eso dicen que los males comunicaos izque son remediaos . . . .

—No vale la pena, compa. Con desembuchar males no se van a componer las cosas.

—También es cierto, hermano.

Hacen una espiral de silencio y siguen al trotecito por entre los potreros tupidos de parales.

Juan Manuel, para desviar el río de sus pensamientos, guarda en el bolsillo su cachimba y rompe a cantar. El canto es su remedio casero para la tristeza y la murria de su ánimo, medicina de poco valor y mucha eficacia, aceite de olivos para sus heridas sentimentales que le da paz y ventura y pasa por ellas refrescándolas como un viento de buena entraña.

Su voz moceril echa a correr por el llano como una yegüecita, trisca por los pastales y matojos y revuela por todas partes, hasta el término de las azules distancias.

—¡Qué lindo que canta usté, compadre! ¡Si es que dan ganas como de quedase uno quietecito, quietecito, oyéndole los cantares, con las babas sueltas!

—No es pa tanto, compadre. Ahi si hace lo que se puede.

Llegaron a una colina hasta de dos metros, fabricada con cascos de piedras. En el vértice abría los brazos una cruz campesina, de humilde madera, enguirnaldada con flores del valle.

Era la cruz de los caminos, esa cruz de los caminos de Caldas. La erigen los labriegos así, de gran estatura,

como un calvario. Todos los caminantes, al pasar junto a ella, toman una piedra del sendero, la arrojan al pie de la cruz, se arrodillan y rezan un avemaría por el alma del que murió en el sitio que ella señala.

Al cabo de los años, hoy un rimero de piedrezuelas que llega casi hasta el cruce de los dos maderos, y muchas veces los ahoga: tántas son las piedras y las plegarias que en sufragio del muerto arrojan y balbucen los montañeces.

—¿De quién es este calvario, Desiderio?

—Del dijunto Pedro Romero, hermano.

—¿Y cuánto hace que se murió?

—Pues dos años no má, compadre.

—¿Y se puede saber por qué?

—Se murió de mal de amores que es un mal desesperao poque dicen que no tiene cura.

—Cuente a ver, hermano.

—Pues jue asina: el dijunto Pedro Romero era un negro lo más trabajador y jormalito, manque a veces se corría sus vidrios. Un día le dió izque por enamorarse de la hija de la Pacha y claro está, la berrionda no l' hizo caso. Antós, se puso despechao, dió en jartarse todos sus rialitos en aguardiente y en llorá por ella como un mocoso. Amanecía jrente a la casa de la Pacha, borracho y lloriquiando como un perro güérfano. ¡Pobrecito! . . . ¡Había que velo! . . . .

Un domingo, a boquita di oración, lo vimos salir con la iscopeta, rumbiando pu estos laos. Y le dijimos unos que tábamos jugando naipe puaquí cerca:

—¿Pa onde va, mano Pedro?

—Pa los injiernos, nos resopló el maldito.

Yo le contesté:

—No se caliente el amigo que no es pa tanto. Es una mera preguntica no má . . . .

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Pues si queren sabélo voy a desplicáles: me voy a puestiar un guatín que tengo cebao por estos laos.

—Ta bien, mano Pedro, le contesté. Ajualá que lo tumbe. Yo soy cliente pa comeme un pernil si me lo da.

—Pues se lo va comer muy pronto hermano, si salgo con bien.

Y muy tristón y enguayabao, se despidió tocándose el ala del sombrero y siguió su camino.

Al rato, puallá lejos, oímos un disparo.

Yo le dije a mis compadres:

—Antualito va a llegá ño Pedro Romero con su guatín y vamos a tené pa juerga esta noche. Pero antós, como escurecía más y más, y el bicho nu aparecía por nenguna parte, nos intró como una corazonada muy rara y nos juimos a buscálo. Aquí, en este mesmito punto, lo incontramos boca-arriba. Si había metido un balazo en la boca, pisando el gatillo de la iscopeta con el dedo grande del pie.

Un compadre mío, amigo de chanzas pesadas me dijo:

—¿Qui hubo, compadre, que no se come el pernil, pues?

A yo, jrancamente, me dió una rabia de todu el diablo; y en presencia del propio dijunto, le tuve que rompé las ñatas di una trompada, porque asina no se inrrespetan los muertos.

Güeno, y como l' iba contando, mi compadre Abel y yo llevamos al jinao en guando hasta La Virginia y aquí clavamos esta cruz pa descanso de su alma.

Juan Manuel, emocionado con el sencillo relato de esta tragedia campesina de ingenuo amor, preguntó:

—¿Y qué cara puso la Canchelo, cuando le llevaron el cadáver?

—Pues ya verá, compa: no se le dió un pito y se quedó la maldita más jresca qui un guarapo. La jullera, que ni siquiera llegó a mirá al pobrecito en toa la vida, no

iba agora a mirálo cuando taba hecho un pobre dijunto. ¡Ahi que vé cómo son las mujeres destos tiempos, compadre!

Después de una pausa doliente, agregó Desiderio:

—Vamos a apiarnos, mi blanco, y a rezá un avemaría por el dijunto Pedro Romero.

Ambos bajaron de sus cabalgaduras, y de rodillas, dijeron un rezo a media voz. Después, levantándose, arrojó cada cual, una piedrecilla, a la fúnebre pirámide.

Y siguieron al galope, mansamente, por el llano sin término.

—Usté ha venío medio boquicerrao y agora parece que esta historia lo ha puesto medio maluco, hermano.

—Ello no, compadre Desiderio. Es que esta semana se me está haciendo como muy larga y ando medio jarto.

—Pero hermano: antós usté ta disvariando, porque llegó apenitas anoche, solu ha trabajao hoy lunes, y ya ta pensando en cuándo será domingo. ¡Ahi que vé! . . .

—Así es, compa. Tengo unas ganas de que sea domingo . . . .

—¡Ajá, pues yo tamién. Pero pa eso hay que esperá a que llegue! Nu hay di otra. A cada puerco le llega su San Martín.

—Sí, pero yo es para una cosa . . . .

—¿Aja? ¡Ya sé pa qué! . . . ¿Li adivino?

—A ver, diga Desiderio, pa qué . . . .

—Pues pa hacé lo qui hacemos todos cuando fina el trabajo: tomáse unas copitas de resacao y bailá con las mulatas.

—No, compadre.

—¿Pues pa qué antós? No doy pa qué otra cosa sea....

—Pues muy claro, compadre: para que usté me haga amigo de la Canchelo.

—¡Santo Dios, compadre! ¡Con güena fiera se vá a

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

meté! ¿Ya lu empendejó tamién esa maldita hembra? ¿Pero qué tendrá esa cursienta en los ojos qui a todo macho que mira lo deja como chiflao . . . ?

—Es que es muy linda, Desiderio . . .

—¡Qué linda ni qué pan caliente! Déjese de vainas, compadre. Yo lo que creo es que esa culipronta les da bebedizos pa embrujálos con yerbas malas. Eso debe de ser, pues todos los jorasteros que la miran se quedan caídos de las cuatro patas, como terneros por capá . . . .

—Todo será compadre, pero lo cierto es que usté me tiene que arrimar a ella.

—Pues por mí, valga la verdá, nu hay el menor inconveniente. Hasta caso li hará porque usté es blanco y ella ni siquiera repara en los que semos negros. Pero cuidao pues, no vaya y le pase lo que al dijunto Pedro Romero.

—Nu hay cuidado, hermano. Yo sé domar hembras con más baquianía que potros cerreros. Allá lo verá usté, compadre.

—Pues Dios l' oiga, mi blanco, pero me parece que esa hembra es fruta de pelá duro.

—Lo veremos, hermano. Usté no tiene más que arrimarme a ella y lo demás, déjelo de mi cuenta.

—Pues asina si hará, compañero. Cada uno es cada uno y Dios con todos en su santa gracia, amén . . . .

Muy cerca de ellos, apareció por fin, el potrero de "Pubenza". Era mediodía y el calor tórrido abrasaba el llano. Al pié de un gualanday bien vestido, el colegio infantil de becerros sesteaba bajo sus ramas, anestesiados por la canícula.

Juan Manuel, Desiderio y Angel, descendieron de sus caballos húmedos y espumosos de sudor, amarraron las bestias en un bramadero cercano, cubrieron las sillas con los ponchos y se adelantaron al terneraje.

Juan Manuel y Desiderio echaron mano a las sogas, describieron con ellas amplias espirales en el aire, y luego, de la primer enlazada, se fueron a tierra dos toretes de linda cara.

Cada uno llevó el suyo al poste de ignominia y lo amarró del testuz.

Para inmovilizarlo, Desiderio levantaba la cola del animal, verticalmente, y una vez quieto, Juan Manuel le abría las piernas y agarraba las verijas de la parte superior, para hacer bajar los testículos.

Entonces, con la punta de la cortante perica, empezaba a rasgar la bolsa como si fuese una papaya, ésta se abría en dos cascos, y al instante, reventaba una pluma de sangre que bautizaba el potrero.

Luego, aparecían las dos almendras interiores de color blanco moribundo, estríadas de arabescos azules. Juan Manuel las tomaba con ambas manos y tirándolas violentamente, se venían a la fuerza, trayendo consigo el cordón testicular, ensangrentado y amarillo. El envilecido animal apenas podía estremecerse.

Ya terminada la operación, Desiderio soltaba la cola y Angel el rejo. Entonces, una vez mutilado, el becerro salía cojitranco y trémulo de dolor, en tanto que de sus órbitas corrían lágrimas de vergüenza.

Como si se diera cuenta del alcance de la humillación, se iba taciturno y doliente, a paso de congoja, a sufrir sus torturas en la soledad del potrero. Y esquivando el mirar compasivo y burlón de las hembras, clavaba la cerviz afrentada bajo un guayacán con calvicie.

Allá, a la sombra del anciano árbol, iban llegando todos los eunucos que soltaban los vaqueros, y en muda asamblea de parias, masticaban su pena como yerba maldita, con nostalgias del bien perdido para siempre.

Así, de esta guisa, todos fueron castrados por la mano implacable de Juan Manuel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los vaqueros cumplían su oficio de verdugos con entera maestría y rapidez. Silenciosos y baquianos, iban arrumazando sobre el pasto los óvulos ensangrentados, hasta formar pirámide.

Sólo de vez en cuando, interrumpían la tarea para comentar brevemente:

—Hijueldiablo, compadre: míre qué criadillas tan güenas éstas. Tan calienticas y grandes como pa tortilla.

Los otros asentían y continuaban su trabajo. Algunas veces, al capar un becerro, le encontraban en el anca un volcán de gusanos que hervía sin misericordia. Entonces, aprovechando la manea del bruto, raspaban el cuero con el filo del machete hasta dejarlo limpio de animales. Después de estar la herida sin bicho alguno, le rociaban gotas de veterina cáustica.

El ternero apenas podía temblar de dolor, porque estaba imposibilitado de bramar a causa del bozal que clausuraba su trompa.

Mientras esto pasaba en los potreros, allá lejos, a orillas del Cauca o al pie de unos caracolíes sentimentales, unas parejas de terneros novios deletreaban párrafos de Dafnis y Cloe en el libro azul del pasto.

Oscurecía ya, cuando terminaron labores. El becerraje, entristecido y colérico, rodeaba el guayacán solitario, apretujándose unos contra otros como para atenuar mutuamente el dolor de la afrenta.

El negro Desiderio, Angel el morenito y Juan Manuel, se lavaron las manos resecas de sangre, en la quebrada vecina, encendieron sus churumbelas, empacaron en un costal las criadillas para hacer fritanga a la madrugada, y luego, a caballo, fuéronse al trote por el llano, camino de Portobelo.

Pero ya no iban locuaces y alegres por el sendero recorrido. Regresaban cansados de la faena, con los brazos

adoloridos de tánta maniobra y el cuerpo débil por el hambre. Ni siquiera las canciones de Juan Manuel abrían trocha ya, por entre el túnel de la oscuridad sin esperanza. Las chicharras, empezaron a soplar sus chirimías calentanas para adular a la noche bellaca. Los tres iban pensativos y callados, ganosos de llegar a la querencia. En las tinieblas, apenas se advertían las luces fatuas de sus cachimbas, como tres almas del purgatorio . . . .

Pero arriba, no obstante la cerrada oscuridad, la noche encendió en el cielo tropical millares de avisos luminosos escritos con luceros de oro antiguo.

UNIVERSIDAD EAFIT Bibliotecas Sala de Patrimonio Documental

22

El domingo floreció sobre el valle como un písamo ribereño. El sol del verano póstumo, chorreaba una luz filtrada y aliviadora que caía a los ojos, suavemente, como vista al través de un cristal azulado.

La cordillera aparecía barnizada y limpia por el alba, teñida de blanco a grandes trechos, por causa de los cafetales florecidos.

Las palmeras, solteronas y sentimentales, solitarias en el valle, hilaban su tedio, girando con molicie sus aspas de color antiguo, como queriendo abanicar con ellas la estufa azul del llano. En lontananza se abrían órbitas de perspectivas rutilantes.

Semana de eternidad terrible, semana de pasión, ésta primera de Juan Manuel en las dehesas de Portobelo. Contaba las horas con angustia, esperaba los días en vano, ahogaba su fastidio en el faenar de la hacienda, pero el domingo, con su séquito de holganza y de galantería, no llegaba: como un oasis, perdíase a medida que lo miraba más cercano.

Por fin, llegó el sábado, víspera del ansiado día. Esa tarde fue pagado el peonaje, por lo cual todos iban y venían alegres y dadivosos, con sus jornales bien escondidos en los guarnieles.

Por la noche, en el cuartel de hombres, los peones hi-

cieron charanga y programaron grandes fiestas para el día siguiente.

La tropilla de paisanos madrugó a tono con los pájaros. En los corredores de la casa, sentados en largas tarimas, recibían de manos de las cocineras, pocillos de café tinto, que ellos saboreaban con relamido gusto.

Luego se encaminaron a orillas del Cauca, el tórax al aire libre, con el objeto de verificar el aseo dominguero. Cada uno en su puesto, en la playa, colgaba de un arbusto su espejo de tapas rojas de madera, sacaba su navaja de afeitar, asentábala previamente contra la palma de la mano, y ya lista, empezaba a raparse despacito y con esmero, en tanto que, ladeando la cara, contaba a su vecino ocurrencias del trabajo, chismes de faldas, croquis de fiestas para el día, "cachos" y trovas de moda, o casi siempre, malecillos de amor por una negra que le escaldaba el alma.

En tanto que la charla corría por sus bocas como agua de la quebrada, el rostro se iba nevando de jabón, con grumos de espumosa blancura. Y entre dicho y chanza, terminaban su peluquería, gracias a la cual quedaban como resucitados. Ya no parecían esos ogros barbudos de manchado rostro que correteaban por el campo en días de semana: ahora se transformaban en hombres juveniles de caras seductoras y contentas.

Rapados ya, y embellecidos, se desnudaban entonces, y arrojábanse al río, para darse el baño general y después ir al puerto, conquistadores, dinerosos y bellos, a casa de sus hembras.

Pero no todos se iban a La Virginia. Como los había de distintos caracteres y aficiones, unos marchaban a cazar, otros a los esteros en persecución de patos montescos, y los más, viciosillos y gandules, a emborracharse a las tabernas cercanas.

Los que no se corrían sus vidrios, encaminábanse ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cia los potreros, tendían el poncho sobre la grama, y en circunferencia de jugadores, echaban a correr el "dao", hasta el atardecimiento del día, hora en que regresaban malencarados si perdidosos, o efusivos si ganadores.

Pero los que no eran tahúres, ni borrachos, ni mozos de caza o pesca, pero sí enamoradizos, y éstos eran los más, cogían una canoa, cruzaban el Risaralda y se iban para La Virginia.

Desde antes de llegar al puerto eran bienllegados, pues las cachondas negras los esperaban rivalizando por pescar los mozos más trabajadores, para escurrirles la virilidad y el dinero. Estos niños grandulazos pero inexpertos, caían voluptuosamente en la vorágine de las odaliscas porteñas, con la inocencia suicida del cervatillo que es atraído hacia las fauces del boa, con su aliento enervante y traicionero.

No eran pocos, sin embargo, los que en vez de salir al puerto, íbanse a los potreros portobelinos a correr el dado y a jugarse la ganancia semanera. Sobre la yerba tendían el lindo poncho recién lavado y hasta el anochecer se estaban, salpicando cada **parada** con traguillos de ron viejo que cada cual llevaba escondido en el bolsillo trasero de los pantalones.

Es el poncho calentano, prenda de mucho entono en nuestra tierra, y atavío imprescindible en la ciudad y el campo. Ruana se le llama en tierra fría y poncho en la caliente. Desde niños lo llevan con donaire, es el más ambicionado regalo de infancia junto con el machete, y cuando ya se es mozo, sirve para todo: de alfombra para montar en pelo en buena bestia, a escondidas del padre; de defensa, cuando con un canto le hace quites y pespuntes a los toros en las ferias del pueblo o en las corridas de la hacienda. En las riñas domingueras es símbolo de honor y el que se atreva a pisarlo tiene que pagar su atrevimiento con pena de la vida, porque el poncho es la honra y

como ésta, no puede ser pisoteado por nadie, mientras haya sangre en las venas y vergüenza en el alma. Cuando estalla la pelea, el labriego envuelve su brazo con el poncho para mejor resistir las cuchilladas del adversario. La prenda familiar y útil está siempre lista a servir a su dueño para todos los menesteres, aventuras y percances.

La ruana o poncho, tiene su lenguaje propio: tendida en el suelo, pero agarrada sólo de un canto, significa desafío para que sea pisada por el que se sienta macho; ambos extremos delanteros echados hacia atrás, sobre los hombros, quiere decir franqueza y pundonor; caídas las cuatro puntas hacia el suelo, laboriosidad y buena índole.

Es compañera inseparable del hombre del pueblo, en sus aventuras amorosas. Cuando quiere donjuanear, se la tercia con coquetería y desparpajo, y se requinta contra una esquina de la plaza rural, con el fin de amartelar doncellas; en el campo es tálamo nupcial porque la tiende sobre la llanura para la vendimia de una virginidad perseguida hace meses, y si en una riña queda herido, cubre la cuchillada con su poncho, para estancar la sangre.

En la guerra civil, es un complemento de su persona y está siempre a su lado como una juana fiel. Con sus pliegues se abriga cuando duerme a la intemperie o bajo el vivac, en las lóbregas noches de los páramos. La ruana sabanera siempre tiene para él calorcitos de hembra y dócilidades amorosas, en las desolaciones de su vida.

En las tierras cálidas, tiende el poncho en el potrero y sobre él, se echa a pensar, mientras le viene el sueño, en el combate del día siguiente, en el hogar distante, en el amor trunco que en la querencia dejó, o en la somentera fértil cuyos frutos no pudo coger porque una mañana las gentes del gobierno o los revolucionarios le echaron mano para enrolarlo en las filas del ejército.

Cuando la muerte lo sorprende en pleno combate, aprieta su ruana con avidez de náufrago, porque ella es

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para él escapulario en la última hora y tiene olor de hogar y reminiscencias de la casa lejana. Y al sentir los pasos silenciosos y matreros de la agonía, tan sólo pide al camarada más próximo, que lo envuelva en los pliegues de su poncho, para que le sirva de mortaja, a falta del regazo merecido de la bandera de la patria, que debería cubrirlo por derecho propio, por haber luchado como bravo y como bueno.

Todos los episodios gratos de su vida tienen tangencia con esta sencilla prenda campechana: bajo sus alas cómplices besó muchachitas chúcaras en dulces idilios de contrabando; sobre su poncho, en las tardes dominicales, echó a correr los "daos" por tentar suerte, o lo tendió en una barranca, para sentar castamente, a su lado, a la novia de sus quereres. Allí conversa con ella temas ingenuos de bucólica, mientras sus ojos se pierden en la lejanía, mirando cómo el sol de los venados se va desvaneciendo en el horizonte. Y si después de este idilio viene un hijo, a encender alegría en sus vidas serranas, entonces el que fue alfombra y testigo de sus amores, ahora servirá de cuna para el recién nacido, cuando envuelto en el poncho lo llevan al pueblo a cristianarlo.

De este modo, el poncho o la ruana, como se le quiera llamar, le sirve lo mismo de pañal para el hijo esperado, que de sudario para su cuerpo ofrecido en holocausto ante el altar de la república que sólo se nutre de vidas proletarias.

Por todo esto, el poncho calentano y la ruana orejona de la tierra fría, merecen mención honorífica en la historia de Colombia.

Juan Manuel no durmió en toda la noche, porque el pensamiento feliz del domingo inminente, le corría en la pista del alma con cascos de caballos galopero.

Al fin llegaba el suspirado día de hacerse amigo de

Carmelita Durán, linda y retrechera como una potranca chúcara, por todos los hombres deseada y por ninguno poseída.

Más que por bonita amábala Juan Manuel por arisca y desdeñosa, porque así le gustaban las hembras, como buen vaquero: difíciles de coger, duras de domar, tercas y resabiadas, de mala rienda, pajareras y espantadizas, para tener el gusto de volverlas modositas y aterciopeladas como bestia madrina.

Levantóse de mañanita, se acicaló como un galán y ya bienvestido, dijo a Desiderio:

—Vamonós temprano, Desiderio, que ya el sol va estando altico. La canoa la tengo lista en el muelle pa echar pal otro lao.

—Por supuesto, amigo. Deje qui arregle mis cuentas con ña María Inacia del lavao de la ropa, y antualito tamos en l' otra orilla.

—Apúrele, pues, compadre.

Y en tanto que Desiderio hacía cuentas con los dedos y discutía centavos con María Ignacia, la lavadora, Juan Manuel se atusaba el bozo adolescente con el índice ungido de cosmético.

Al fin, después de menudos percances, arrancaron de Portobelo, fuéronse al molino de agua, a cuyo pie estaba ensogada la canoa.

La cual echó serenamente por las aguas apacibles. Juan Manuel, adelante, peinaba más las ondas con su canelete paisa.

La barca rodaba al vaivén del agua, Juan Manuel, a proa, navegante de amor, era hermoso como un Ulises joven, que enrumbase hacia una isla florecida de mujeres maravillosas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

23

Se conocieron esa noche en la charanga de la Pacha Durán. Todo el día, durante el mercado, Juan Manuel estuvo paseándose por frente a la fonda, mirándola de seguido, pero no halló ocasión de acercársele, ni siquiera cuando salió a la plaza, de compras, muy bien vestida y donairosa, con su traje punzó, haciendo remilgos y coqueteos bajo el ala de la sombrilla de colores.

La Canchelo miraba al mozo, con esa curiosidad afectuosa que tienen las aldeanas cuando ven en el pueblo a un tipo forastero.

Así pasó el día, en ronda por la plaza, entre cruces de miradas y sonrisas de disimulo. Juan Manuel ansiaba hablarle, porque tenía ya la certidumbre de no ser indiferente a la desaprensiva muchacha.

Fue esa, la noche más feliz de su vida. Juan Manuel renació otra vez, con el ímpetu de otros días. El amor era su combustible, la mujer su ambiente necesario, y teniendo ambos elementos, producía un caudal inmenso de energía, de vitalidad, de valor y de fe. Era como un cruzado caballero, que sólo entiende la vida como una diaria peripecia, y vive urgido de tener siempre por delante una dama para consagrarle sus fervores.

La charanga empezó con la frenética alegría de todas las semanas. Y como Desiderio sabía que Pacha sólo de-

jaba a su hija bailar las primeras piezas, porque luego la mandaba a las interioridades de la casa, para que estuviese a cubierto de escándalos, puñetazos, palabrotas y disparos de calibre, necesario epílogo de sus fiestas, los puso en tangencia desde la primera pieza.

Aunque se dieron la mano jovialmente, sus miradas se encontraron con cariño, como si se hubiesen conocido desde hace muchos años, o regresasen ambos de un ancestro, o de las nebulosas cortinas de una vida anterior.

Comenzaron por bailar un bambuco macho, trenzado de picardía y de recelo; un bambuco paisa con tonos bandidos y recumbambeos de muchacha linda. Ambos lo estilizaban como bambuquistas de ley, y con tánta denosura y desgaire, que la concurrencia les hizo cancha espaciosa para qué revolaran en cuadro, y al terminar el baile los aturdieron con aplausos.

La Pacha, desde el mostrador, sonreía orgullosa de su hija y feliz con el presentimiento de que este mozo de tan noble pinta, llegara un día a ser su yerno, sueño dorado de su vida.

Pacha quería morir dejando a su Canchelo, casada con hombre blanco y de buenas maneras, no con un negro vulgar del puerto, ordinario y despreciable. Para algo había luchado ella heroicamente toda una vida de brega brava, de trabajo, de exponerse noche y día a perder el cuero y la honra por hacerla rica y con posición espectable.

La charanga siguió, muy comedida y urbana, pero los pichones ya no se separaron más. Pacha permitió a su hija colocarse a buen seguro con su amartelado galán, y toda la noche estuvieron a partir de un confite, besuqueándose a hurtadillas, entrelazadas las manos, mirándose con ojillos de paloma torcaz y susurrándose palabras de amor a la sordina.

—No sabe usté, Canchelito, lo feliz que soy esta noche.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Yo soy más feliz, Juan Manuel.

—Mire Canchelito: yo he andao mucho mundo y no había visto una mujer tan linda como usté. Valga la verdá . . . .

—Déjese de repelencias y no se burle de una pobre negra; usté viene de lejos y comu es tan recorrío, falta sabé cuántas novias dejó por allá, talvez hasta bien embolatadas las probecitas . . . .

—No diga esas cosas, Carmelita. ¿Pa qué le voy a negar que tuve novias? Mire: yo soy muy franco, Carmelita, pero con esa misma franqueza con que le digo que tuve novias, le aseguro a usted que el cariño que yo les tenía es al lado del suyo, como una gota di agua comparada con el Cauca.

—Esos son dichos de todos los hombres. Todos dicen lo mesmo; juegan con una, le dicen palabras zalameras y cualesquier día se largan. Yo por eso, no tengo novio . . . .

Juan Manuel, lívido ante la imprevista estocada, le pregunta nerviosamente:

—¿Cómo así, Carmelita? ¿Qué es lo que usté está diciendo? ¿Por manera pues, que yo qué soy?

—Pues un amigo no más, Juan Manuel.

—¿Un amigo no más?

—No más.

—Imposible, Carmelita. Eso no puede ser. Yo aspiro a ser para usté algo más que un amigo . . . .

La Canchelo se sonreía felinamente, con crueldad mujeril, y esa sonrisa eléctrica es para Juan Manuel como un miraje de esperanza. Y le responde con mohínes graciosos:

—En fin, Juan Manuel. No hay que perdé la esperanza que es lo último que si acaba. A lo mejor, más tarde vamos a sé más que amigos . . . .

—¿Me promete eso en serio, Carmelita?

—Sí, Juan Manuel.

Y su voz se adelgaza, hasta quebrarse en un suspiro de ternura. Y continúan así, un diálogo insubstancial y, delicioso, puntuado de querellas de amor, como las palomas de la tarde.

Juan Manuel, veterano de amoríos, que conoce todas las mañas de novillas y de hembras, comprende que ya la suya va estando en punto de querer.

Y entonces, la estrecha contra sí, la oprime con deleite, y sus bocas sufren un accidente de tránsito amoroso, porque chocan en un beso largo y sensual que sincronizan los tiples charangueros. La boca de la mulata es dulce y salada como el agua del coco.

La noche se iba despercudiendo para transformarse en alba. La fonda se fue quedando sola, y allá lejos, por los campos de Portobelo, se empezó a escuchar el toque del cuerno llamando a los trabajadores.

Juan Manuel, ebrio de amor, salió tambaleante, con el andar desacompasado de un marinero, rumbo a sus tierras, en compañía de Desiderio, su cómplice de idilio.

En el puerto quedaba la Canchelito, novillona de lindas carnes, atravesada de quereres, como una Dolorosa de puñales.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

24

Como siempre se quiebra la soga por lo forastero, el negrerío del puerto comenzó a vociferar contra Juan Manuel.

Los raizales virginianos no podían comprender cómo era posible que un blanco pudiera enamorarse sinceramente de una mujer de raza oscura, como no fuese con torvas intenciones.

Y en los corrillos en la fonda de Pacha, urgían a ésta a que no dejase adelantar los amoríos recién sembrados.

—¿Cómo es posible, comadre Pacha, qui usté deje engañá la niña por un cochino blanco que a lo mejó sólo quere desgraciála, pa en después dejála tirada com' un trapo viejo?

—Mire compadre: lo mejó, es que usté no se meta en lo que no l' importa. Yo sé cómu hago mis cosas. ¿Tamos?

—Comadre Pacha, no se caliente que yo se lo digo por su bien, y porque me interesa mucho la honra de su casa. Yo no intiendo cómo la virtú di una negra se puede guardá pa un blanco bandido. La negra es pal negro, comu el agua pal pescao, sin matrimoniarse ni náa, que entre negros todo sobra. ¿Aloye?

—Todo será compadre Juancho, pero lo cierto es que a yo me da la rial gana de que mija se case con un

blanco. Pa eso tengo plata. Además, ultimadamente, y pa decile las cosas derecho, nu hay en toos los negros del puerto, uno que sea capaz de llegále a los jarretes al niño Juan Manuel. ¿Intiende, mano Juancho?

—Comadre, blanco no la hace limpia. Allá verá usté lo que le va a costá su orgullo. Si deja qui un negro l' enamore su hija, todo tará bien: armarán rancho aparte, vivirán junticos y jelices y usté no tindrá dolores de cabeza. En cambio, ese blanco no tiene alma de nada. Le pierde la muchacha y en después del daño, es fijito que se güela. En después usté va a ser la jodida, porque le van a quedar dos bocas más pa mantené y la rabia del vecindario de que un blanco se hubiera comido lo que es del negro por derecho propio. Aloye, Pachita: blanco no la hace güena. Aloiga esta trova que dice asina:

"Si ves a un negro comiendo
di un blanco en la compañía,
o el blanco le debe al negro,
o es del negro la comía . . . .".

—Mire compadre: lo mejó es que no me joda. ¿Sabe? Aquí lo que hay, es gato enmuchilao. Lo que pasa aquí es que usté quere que m' hija se case con Pedrito su hijo, y eso sí que no. Primero se la pico a los pescaos en tajaítas como hizo el dijunto Esteban Rodas con la criatura suya, que soltásela yo a un negro patiabierto destos de la Virginia. ¿Me ha entendío, compadre?

—Mire misiá Pacha: hágame el favor de irse pal carajo y sepa que si se le pierde su hija, con su pan se lo coma. Yo cumplo con decíle las cosas como son, que pa eso hemos sido amigos dende cachorros. Pero si lo que quiere es joderse, yo no la puedo atajá. ¿Tamos?

Y el viejo Juancho, cascado ya por la edad, se tercia el poncho sobre los hombros y sale de la fonda maldi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ciendo los tiempos actuales en que el negro, envilecido por el látigo del amo, quebranta las tradiciones de la raza, traiciona a los suyos y hace mezcla inmunda con esos bichos blancos, que son crueles y perversos desde el principio del mundo.

Pedrito Marín tenía el puerto convertido en un hervidero de malas pasiones. El chisme, la suspicacia, la atrevida copla, susurraban por entre las callejuelas del caserío.

Pero el hijo de Juancho no había heredado de su padre el bizarro valor de enfrentarse mano a mano con otro macho, como solía hacerlo él en su juventud. Era cobardón y mañero, malentrañado y azuzador, resbaladizo en las pendencias, despoblado de ánimos, pero ducho en cazar riñas para escurrir el bulto con oportunidad.

Desde niño había amado a la Canchelo con todas sus pasiones salvajes. Con ella jugaba en el patio de su casa, juntos iban al río a traer agua en los cántaros, y ya hombrecito él y hembra la Canchelo, tenían amistad fraterna que el vecindario estimulaba con agrado, aunque ella nunca lo tuviese seriamente por novio.

Ya adultos los dos, se espació esa amistad y casi nunca volvieron a cruzar palabras. Carmelita tornóse en una maravillosa mujer, llena de vanidad y de atractivos. Su madre, desde chica, habíale inculcado sentimientos de superioridad y embelecos de jerarquía, sobre toda la negrocracia del puerto, por su belleza, y por su dinero.

Ella habíase esmerado por hacerla distinta a las mujeres virginianas, para poderla casar un día con hombre blanco y rentoso, o al menos de gran presencia, buen porvenir y ademanes no comunes entre la morralla de La Virginia.

Pedro Marín, sin embargo, seguíala queriendo en silencio, y vigilaba los pasos de Carmelita, sin permitir

nunca, que otro hombre intentara aspirar a su cariño. Y vivía en guardia, al acecho de quien quisiera robarle ese tesoro, solamente suyo con el pensamiento.

Con esta atmósfera pesada y hostil, empezó a luchar Juan Manuel desde un principio. Nada lo echaba atrás y como las dificultades eran sus deportes favoritos, todo esto lo encaprichaba más y lo ceñía con mayor poder al cariño de la hermosa Sulamita.

Todas las tardes, cuando había horas de holganza por haber terminado más temprano el trabajo, cruzaba el río y se iba a casa de la Pacha, en busca de su hija. La vieja los amaba y les hacía, con dulce complicidad, la manera de que disfrutaran horas felices bajo el alero de su tambo.

Afuera, en las encrucijadas de las calles, los negros murmuraban amenazas.

—¿Cómo li parece, compadre, las del jorastero de Portobelo? ¡Es que vení a inamorase nada menos que de la mejó mujé del pueblo!

—¡Avemaría, hermano, las cosas que se tan viendo en estos tiempos! ¿Y esa sinvergüenza de la Pacha qué tará pensando?

—¡Vaya usté a sabélo, compa, con lo cismática que es! Como el nagüetas ese es blanco, le ta haciendo la olla gorda izque pa que se casen. ¡Qué risa!

—¡Ja, já! . . . . ¡Casáse un blanco con una negra? ¿Onde si ha visto eso, compa? Yo lo que creo es que la Pacha se ta empendejando después de vieja. No hay di otra . . . . .

—No crea, compa. Ella siempre ha sido pretensiosita toa la vida y asina ha criao también a la hija. Agora va a creé que porque tiene un novio blanco si ha cojío el cielo con la mano. Y allá verá lo que el blancuzco de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Portobelo le va hacé. Me parece velo con estos ojos que se va a tragá la tierra . . . .

—Ese nagüetas, ni an macho será. Lo mejó será dále una tunda pa que no siá lambón y no güelva a metese en las cosas de los negros. Que se largue pa su Manizales que aquí naide le tocó cacho pa que se viniera.

—Muy güena idea, compa, y ajualá que se largara del pueblo. Pero lo malo es que dicen quesque es hasta machito. Is qui agarra un toro y lo colea como Dios manda, di un sólo guascazo. ¡Ahí que vé! . . .

—Eso si ta malo, compa, porque estos muchachos di agora son unos tuntunientos que no pueden ni con el sombrero y yo creo que no tienen ni an bolas. Mire que el hijo de Juancho Marín, con ser hijo de quien es, nu ha sido capaz de poné al jorastero en su puesto y hacé respetá su derecho. ¡Qué tiempos estos, compa! . . . .

—Es una virgüenza, hermano. ¡Y pensar que ese pandillero de mala clase es hijo de Juancho Marín! ¡Carajo! Si es que nos vamos a morí, compadre, sin volvé a vé esos guapos de nuestros tiempos, cuando el macho que quería una hembra tenía que peliála con toduel que se la ojiara, hasta quedáse con ella por habéla agarrao en güena lucha, o si iba pal cimenterio . . . ¡Pero agora! . . .

Y los dos viejos, mascando sus tabacos, y sentados en los umbrales de los portones de sus ranchos, siguen el diálogo, entre la soledad de la hora.

La color de sus rostros, y el recuerdo de los tiempos idos, oscurecen más la piel cobriza de la noche mulata.

25

No obstante los nubarrones de amenaza, la vida de los enamorados se deslizaba diáfana y tranquila. Mientras Juan Manuel medía inmensidad por el valle con los cascos de su potro, en hazañerías del oficio, la Canchelo tejía un poncho de colores para su mozo, sentada en el marco de la ventana de su bohío. En tanto que la aguja hogareña hilaba hebras sutiles, su pensamiento trenzaba también caminitos de amor, en la tela tosca de su fantasía. Alongaba sus ojos hacia las azules distancias en busca de la sombra amada que allá, muy lejos, al otro lado del Cauca, debería estar ocupado en duras bregas de vaquero.

Como Juan Manuel era un tanto poeta y sentimental, solía, en noches lunares, soltar su canoa a voluntad de la corriente, mientras su negra se adormecía sobre los flancos de la barca, ebria de amor y de selva fresca, soñolienta por el sopor de la hora.

Juan Manuel le cantaba trovas de cariño tan lindas como ésta:

"Las estrellas en el cielo,
la luna en el carrizal;
¡Boquita de caña dulce,
quién te pudiera besar! . . . ."

Y mientras cantaba, la barca se iba al amor del a-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gua, bajo los guaduales enguirnaldados de luceros que formaban arco nupcial para sus felicidades en vendimia.

—Sós linda comu esta noche, trompita de alfandoque, jetica de mejorana! . . . .

—Dejáte de repelencias y cantáme más bien una de esas cumbias lindas que trajítes de la costa . . . .

—¡Por supuesto, cogollito de yerbabuena! . . .

Y su voz de zorzal criollo se la va llevando el viento hacia el silencio y hacia la noche.

A boquita de la madrugada portobelina, regresaban al rancho, lívidos de amor y de luna. Juan Manuel la despedía con un largo beso campero, sobre sus labios de curuba.

La vida seguía así, tranquilaza y buena. El idilio se alargaba como un camino extraviado, y para ellos existir significaba tan sólo una manera de ser dichoso.

Pero una noche, se interrumpió la calma de este querer. Pacha Durán, alarmada por las confianzas que se iba tomando Juan Manuel, y en vista de que éste nada decía sobre matrimonio, lo abordó con estas palabras:

—Güeno, don Manuelito: como ya hace meses que usté li anda rastrillando el ala a mi hija, siempre es güeno que aclariemos las cosas y me diga cuándo se va a casá, o cuáles son sus intenciones.

—Por supuesto, misiá Pacha. Pa decirle la verdad, mis intenciones son las mejores del mundo. Yo me voy a casar con Carmelita a la primera oportunidad, y estoy juntando unos pesos pa eso, pero necesito un placito.

—Como cuánto, don Manuelito?

—Pues por lo menos tres meses, misiá Pacha.

—Güeno. Ta muy bien. Siga pues tratándose con m' hija, pero le alvierto, eso sí, que mucho respeto con ella, porque es honrada y porque le he guardao el honor como oro en paño. ¿Entiende? Como ustedes los blancos

son tan alebrestaos, siempre es güeno alvertirles estas cosas. ¿Sabe?

—No tenga cuidao, misiá Pacha. Yo soy un caballero.

—¡Pues ajualá! Los blancos son tan jodíos que ya ni an se les puede creer, manque juren por todas las cruces del cimenterio. Pero oíga una cosa don Manuel: por esta cruz que si usté me llega a deshonrá mi hija, lo capo. Usté sabe que yo nu hablo en charla ni me voy por sobre las ramas.

Y terminando la retahíla, penetró a los aposentos interiores, su majestad negra, con el entono de una emperatriz gravemente ofendida.

Juan Manuel sonrió discretamente del desenfado arrabalero de mi señora Pacha, y como ya la conocía demasiado bien, le hicieron mella sus palabras y se quedó un rato pensativo.

En tanto que Juan Manuel y la Canchelo se amartelaban en mimos y caricias, la negredumbre zurcía conjuraciones contra el blanco entremetido. La pechadora canalla negra, turbia de envidia, apelaba a maquinaciones desleales para derrumbar el amor de los mancebos. Pedrito Marín soplaba venticelos de insidia, indisponía a los nativos contra el forastero, y apelaba a todas las armas viles para oponerse a su matrimonio.

Entre tanto, Pacha Durán, de natural alebrestadiza y contradictoria, sostenía con rabia, ahora sí, a los amantes. Bastaba que la canalluza negra se opusiera a sus planes, para reforzarlos con más fervor. Su espíritu de contradicción y de lucha, hallaba deleite en este combate diario.

También a Juan Manuel le fascinaba el permanente pugilato y la oposición era un incentivo más para seguir adelante su idilio, y le servía de aliciente y estímulo a su pasión desaforada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Apelaban los negros a todos los recursos, inclusive a las supersticiones: en cada rancho se colocaron boca-arriba monicongos de Juan Manuel, alumbrados con velas de sebo, para implorar al diablo venganzas contra la raza intromisora y en especial contra el vaquero advenedizo.

Velaban noche y día su efigie, —un grotesco muñeco fabricado de madera tosca— para atraer contra el intruso toda clase de calamidades.

Pero éste, no se arredraba. Al contrario, hacía más ostensible su amor por la Canchelo, y paseábase con ella por todas partes, haciendo alarde de varonía y de entereza.

La pistola le brillaba en la cintura como una condecoración.

Y para mayor espectáculo, organizó en Portobelo una fiesta de toros en honor de su muchacha.

Desde una semana antes, empezó a hacer los preparativos para tan sonado festejo y el peonaje de la haeficaz y propia para la proyectada corrida de toros.
los detalles.

La mañana de la fiesta vino engalanada de un sol desfallecido, de luz lánguida, por causa del invierno que ya empezaba a despuntar por la cordillera, pero luz muy eficaz y propia para la proyectada corrida de todos.

El día vino, y con él la hora de la corrida. A las tres, ya estaban los corrales llenos de invitados y en el palco de honor, la Canchelo, en compañía de Pacha, presidía la fiesta con mucho señorío.

Primeramente, Ramoncito Escalante salió al ruedo y una vez en el centro, le soltaron del toril un ternero costeño con dos pitones de rompe y rasga.

Ramoncito lo dejó venir, esperándolo con el capote y cuando el bicho quiso ensartarlo, lo capeó con elegancia y ligereza. Casi ceñido a él, le bordó firuletes y pes-

puntes de mucho salero y luego varias verónicas y lances de alta escuela, todos ejecutados con pundonor y dentro de un escaso perímetro.

La multitud, contenida de emoción, seguía ansiosamente los detalles de la lucha y cuando ya el animal estaba flojo, fue llevado al toril, entre los aplausos de la concurrencia que batía palmas a la exitosa faena final.

Vinieron luego dos banderilleros chambones que clavaron rosetas a un torito malencarado y jesuístico que ocultaba sus matrerías entre los cuernos, sinuosos como culebras. Los lances de estos novicios fueron muy celebrados por la gracia y comicidad que demostraron a falta de coraje.

Por fin apareció el último toro, el señor toro de la tarde, escogido por el mismo Juan Manuel en persona para lucirse ante su hembra como Sevilla quiere y la Macarena manda.

Se trataba de un monstruo de pinta negra, finos cuadriles, estampa prócer y mirar vivo. Era un demonio con dos astas altivas que se abrían en ángulos de tragedia y de bravura.

Se fue directamente, como una bala, hacia Juan Manuel, que lo esperaba con su capote rojo, ganado en corrida de verdad en unas ferias tolimenses, por guapezas bizarras hechas ante una fiera del plan, en sus buenos tiempos de vaquería macha.

Juan Manuel, risueño y serenísimo, lo esperó con desparpajo. Ya en tangencia con él, pasóle el capote colorado por los ojos, le hizo unos burlones dibujos en el hocico y después ejecutó con gran soberanía un pase de muletas del más clásico estilo, que por tan serlo, hubiese sido autenticado por un pontífice español de tauromaquia.

Separóse del bruto, agarró una vara larga y pasó por encima de él, describiendo un perfecto semi-círculo en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

salto de garrocha. Esta maniobra le valió una ovación larga.

Pero la faena final fue más emocionante. Un negro pillo tocó el cacho y se hizo vasto silencio. Juan Manuel se acercó a la presidencia y ofreció el toro a su novia con unas trovas improvisadas que fueron aplaudidísimas.

En seguida se acercó a la fiera, le hizo unos quiebres, lo cuadró bien al són del capote, y una vez puesto en línea, agachado el testuz, en medio de un nervioso silencio colectivo, clavó en el morrillo el estoque, con un pinchazo fenomenal. El bruto dió un berrido feroz y se fue doblando, doblando, hasta que cayó sobre sí, con temblores de agonía y babazas de muerte.

Los invitados, trémulos de emoción, lo ovacionaron nuevamente, arrojándole al ruedo ponchos y corroscas en fe de homenaje. La presidencia ordenó rabo y oreja para el joven héroe y los asistentes lo llevaron en hombros hasta el palco de la Canchelo. Esta le estrechó la mano con ademán de orgullo por ser novia de tan cabal torero, y le obsequió, a la vista del público, el bello poncho que desde hacía meses estaba tejiendo para él, con paciente gusto y artificio.

Después vino el toro de los aficionados. El circo fue invadido por toreadores de todo pelambre y escuela. Entre risas, golpes, contusiones, lances ridículos y malos pases de los chambones, se clausuró la corrida. Poco después se sirvió una novilla a la llanera, las parejas salieron a danzar y todo se volvió alegría y entusiasmo.

Juan Manuel tomó un tiple por las orejas y desafió a trovar a un compadre rascapulgas. Los demás fiesteros se dispersaron por todas partes, cada cual con su botella de aguardiente, para atender a su gusto.

¡Dulce aguardiente de caña, dulce brebaje criollo que es heroísmo, simpatía, pundonor, sangre y espíritu de la raza nuestra! ¡Dulce aguardiente de caña, nacido a orillas

de los trapiches de las tierras cálidas que rezuman miel, destilado con curia y devoción monástica en rústicos alambiques de perfumadas maderas o en ollas de barro fresco, a hurtadillas de guardias y de alguaciles!

¡Dulce aguardiente de contrabando, trago macho de la tierra brava, donde el anís se espiritualiza y transparenta en ondas de aromas que embriagan! Pócima nativa, oculta siempre a las requisas oficiales bajo la tapia del fogón casero, en las profundidades de la tierra como una guaca, o escondida en calabazas, como al descuido, entre los tabacales . . . .

Nuestros trovadores han ensayado siempre sus mejores coplas para el grato licor nacional, porque resbala por el cogote como un chorro de alegría, es sabroso al paladar, perfuma las conversaciones montañeras, prende efusión en las almas tristes, y tonifica, conforta, aliviana y hace menores los sucesos malos de la vida.

Ellos laudan con vehemencia las virtudes y superioridades del aguardiente de caña contrabandeado, que es el preferido de los peones, paisanos, arrieros, mineros, vaqueros y montañeses de nuestra tierra mestiza. Y lo es, porque se fabrica en menor cantidad que el oficial, y está elaborado, por lo tanto, con aconductamiento y cariño, no contiene substancias tóxicas, se destila en olla de barro puro, con anís auténtico, y sobre todo, tiene el encanto de la clandestinidad, pues los celadores de la renta lo persiguen sin descanso, lo cual no sucede con el aguardiente del gobierno que carece de este aliño peligroso, está rodeado de garantías, se le destila en máquinas modernas que le dejan mal sabor y le escatiman el anís legítimo.

Muchas son las cualidades del aguardiente: es compañero de gustos y reveses de nuestro pueblo; el labrador que antes era tímido y temblaba de enfrentarse a una hembra remisa, con dos o tres copitas de tan exquisita toma, se vuelve insinuante y arriesgado y se siente en-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tonadito para hablar con desparpajo a la mujer más retrechera. Y con tres más, la saca a revolar en cuadro un bambuquito macho de dos pañuelos colorados, y ambos lo bailan en rueda de admiradores, con todas las vueltas de estilo, ante la admiración de la paisanada que se sorprende del cambio sufrido en el antes bambuquero pusilánime.

Es además, tónico casero para medicina o para holgorio, y se hace presente en todos los acontecimientos de la vida campesina: él preside los casamientos montañeros, el "velorio" de un "dijunto", la enfermedad de un compadre, el bautizo de un "angelito", las veladas en la fonda, las corridas de toros, los paseos a los pueblos vecinos. No puede faltar en ningún sitio porque a toda hora se le reclama, solicita, trova, adula, pide y consume.

El vaquero, montado en brioso táparo, corre por el llano con tánto brío, porque de vez en vez, pára el galope y sáca del bolsillo del zamarro o de la alforja el amado brebaje, con el cual se moja el guargüero a pico de botella para que tenga más sabor y lo alebreste más. Inmediatamente que le baja al cuerpo, su corazón se baña de contento, se aclara el paisaje, pierde distancia el camino y echa por el llano ahora sí, con un trotecito zalamero y caracoleador, que es como la expresión de su alegría.

También con aguardiente se hizo la guerra emancipadora y las mejores revoluciones tienen aroma suyo. Antes de entrar al combate, los generales se bajaban de sus cabalgaduras, y con la solemnidad del caso, ofrecían copas de aguardiente revuelto con pólvora a cada uno de sus soldados, con el fin de que entucaran con valor en la pelea.

Hasta Su Excelencia, el señor don Simón Bolívar, con ser que era sobrio, se volcaba sus copitas de aguardiente, bajo la ruana sabanera, antes de hundir las espuelas al caballo y adentrarse a la batalla.

El aguardiente ha sido el mejor combustible para movilizar la vida nacional; él es el motor que impulsa nuestro mecanismo y bajo su influencia se ha realizado nuestra historia: revoluciones, guerras largas, victorias, descalabros, todas las peripecias colombianas tienen aroma de anís y están bautizadas con gotas claras de aguardiente. Por eso, es un benemérito de la patria.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

26

Vino una época tremenda de terror, y sobre el valle de paz de Risaralda, donde se hacía vida de égloga, se cernieron nubes cargadas de tragedia. La región se estremeció de espanto con estertores de cataclismo. Por su suelo próvido cruzaron hálitos de pavidez, y el horror empezó a galopar en los llanos como una horda bárbara de potros cerriles.

La cuatrería, institución desconocida hasta entonces, instaló sus tiendas vandálicas en la llanura inocente, y las noches del invierno en perspectiva se oscurecían más con el latrocinio y el asesinato.

Tan sólo, de cuando en vez por la nocturna soledad del llano, relampagueaban, con parpadear siniestro, los puñales y las carabinas de los bandoleros.

Las gentes labriegas, santas de timidez y temerosas del bandidaje en acción, empezaron a emigrar hacia las propiedades mayores, en busca de refugio, porque en ellas sentíanse más seguros, como que en sus dominios vivían familias más numerosas y contaban con armas más eficaces para librarse de los cuatreros.

Al anuncio del abigeato, los campesinos evacuaron sus siembras y cortijos, la pequeña propiedad se quedó sola y desvalorizada, y las autoridades fueron insuficientes e incapaces de reprimir la bandolería en boga.

La consternación era general y los comentarios alarmantes. Unos aseguraban que la plaga había caído como un azote de Dios sobre los fundos de Risaralda, y otros, creían haber escuchado caballerías en la alta noche y disparos por los lados de las dehesas.

Los propietarios y trabajadores de la zona risaraldina suplicaban ayuda a las autoridades de Manizales. Estas enviaban comisiones de policía montada a los lugares afectados, pero sin éxito alguno. Parecía que voces misteriosas llevaran noticias a los cuatreros sobre la persecución del gobierno y los pusieran al tanto de sus planes de ataque.

Reinaban el terror y la zozobra, y los relatos eran cada día más pavorosos. Algunos vecinos, dificultosamente llegados de Anserma, juraban que Víctor Malo había invadido las haciendas cercanas a la cordillera. Otros aseguraban que el legendario bandido se guarecía en los potreros de los Salazares, ya en pleno valle de Risaralda, y anunciaban como segura la próxima llegada del salteador a las dehesas de Portobelo.

La historia de Víctor Malo es una relación fantástica, salpicada de hechos inverosímiles y heroicos, con cierto perfume de leyenda y de caballería. Sus admiradores se fanatizaban cada vez más, cuando oían el relato de sus últimas hazañas, y la plebe, de mínima cultura, encendía cirios ante su efigie o monicongo. Su fama volaba a miles de kilómetros, sobre las hélices andariegas de las canciones.

Víctor Malo, desde en vida, había entrado ya por los umbrales de la mitología lugareña. Los trovadores cantaban su valor y la belleza de su rostro, en coplas de dulce sonsonete; las mujeres se enamoraban de su bizarría, y hasta sus enemigos capitales tocábanse el ala del sombrero al mencionarlo, como un litúrgico homenaje a su bravura sin descanso.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Víctor Malo no era el nombre suyo, el habido en pila de bautismo. Llamábase Víctor Manuel Restrepo, pero desde niño recibió el apodo de Víctor Malo, porque malas eran sus acciones y mucho peores sus fechorías. Tenía ya celebridad en los claustros infantiles, por su destreza navajera y su agilidad felina para la lucha. Después lo llamaron el Puto Erizo, que es el nombre que los montañeros dan al Diablo.

Era el paisa malo, el cuatrero guapo, el bandido de alma atravesada, gentil siempre, jamás cobarde, vencedor en toda riña, justo en sus venganzas y cóleras. Tenía el corazón varonil y fuerte como un puño crispado.

Desde que era niño, espigó entre el muchachaje como un mozuelo malentrañado. Por un tenés los ojos negros, armaba a sus compañeritos broncas arrabaleras. Era un tigre para los puñetazos y en la escuela se hizo temer por sus acometidas.

Agredía a los maestros, domaba a fuerza hasta a sus camaradas mayores, era terror del barrio, y donde él estaba surgían al momento, la bronca y el escándalo.

Ya más cachorrito, rubricó a navaja la cara de un muchacho que se atrevió a mirarle una novia. Esta camorra le valió la expulsión del colegio. Luego las autoridades lo recluyeron en la cárcel, en castigo de su precocidad delictuosa.

De prisión salió más engallado y agresivo y detrás de él seguían la zozobra, el desasosiego, el temor y otras cosas que intranquilizaban la modesta vida de su villorrio.

Esta es su estampa: la pata al suelo, calzón de dril, poncho a rayas, el ala delantera del sombrero caída hacia los ojos, matrero mirar y hosca facha, apesar de su bello rostro de facciones finas. Blanco, ni alto ni pequeño, claros ojos de simpatía, todo él hubiese sido hermoso si ese atisbar sosegado y esa ala del sombrero hacia abajo no le diesen aspecto patibulario.

Paseábase por las calles de Anorí, su pueblo de leche, sembrando escalofríos de pavor en las gentes bonachonas de la aldea. Las tardes de todos los sábados, henchido de copetines del aguardiente más auténtico, que es el de contrabando, iniciaba la chichonera con su peinilla de buenos filos, que él rastrillaba contra los empedrados de las calles, para sacarle chispas y aterrorizar a los transeúntes.

La policía era incapaz de echarle mano, y el mocetón se paseaba con desafío y descaro por las callejas pacíficas. Parecía una zabaleta por lo ágil y escurridizo. Cuando por milagro o gana suya, se dejaba apresar, al día siguiente no aparecía por parte alguna. Era capaz de fugarse de entre una caja de caudales.

Un día desapareció del pueblo y los vecinos respiraron con júbilo. Poco más tarde, llegaron noticias aterradoras: Víctor Malo se había dedicado a la cuatrería y andaba por las haciendas circunvecinas robando ganado y cometiendo toda clase de delitos, en asocio de una patrulla de reconocidos reos.

En curso de pocos meses su fama se fue extendiendo por todos los ámbitos de Antioquia. Los alcaldes despachaban comisiones de caballería para capturarlo. Pero él nunca se dejaba atrapar en manos de alguaciles, porque su viveza no tenía limitaciones.

Cuando estaba de buen genio, hacíase el mansurrón, se dejaba coger, pero luego se les escabullía de entre las manos a los gendarmes como por arte de magia. O si su buen humor estaba alto de punto, se dejaba conducir a la cárcel, lo aseguraban con todas las precauciones que se estilan para pillos de gran calado, y en un abrir y cerrar de ojos, desaparecía.

Alrededor de sus hazañas, se fueron haciendo en la comarca las fábulas más extraordinarias. La leyenda comenzó a enmarcar su vida novelesca, hasta que su nom-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salade Patrimonio Documental

bre se fue aureolando de una mística popular que le atribuía los hechos más fantásticos y brujos.

Los campesinos estaban convencidos de que el diablo era su compañero y amigo y de que por eso no perdía batalla. Decían que estaba "ayudao" y que tenía pacto con el demonio a fin de que le prestase auxilios oportunos en sus momentos más difíciles, a cambio de su alma. Por eso lo llamaban el Puto Erizo y él se enorgullecía del apodo.

Víctor Malo sabía oraciones para tener éxito en las peleas, para que las balas le rozaran el cuerpo sin hacerle el menor daño, para evadirse fácilmente de las más seguras prisiones, para hacerse amar de las mujeres y para triunfar en cuantas dificultades se le presentaran.

Formó su cuadrilla cuatrera con la peor morralla de los trabajadores de las minas, perdularios reos de varios asesinatos impunes, prófugos célebres, negros bellacoides que lo seguían con silenciosa obediencia.

Llegaba a una hacienda con su séquito fatídico, a altas horas de la noche. Llamaba al dueño de casa, le decía su nombre por si lo ignoraba, refulgían en la oscuridad puñales y carabinas, alzábanse las manos de los asaltados, y la cuadrilla se regaba por todos los aposentos de la casa y por sus alrededores, entre el grito del hembraje, en busca de caudales y de joyas.

Luego se encaminaban hacia los potreros, formaban tropilla con el mejor ganado, se despedían muy amablemente del patrón, y tomaban camino de regreso.

Víctor Malo iba seguro de no ser delatado. Sólo una vez lo denunció un traidor y pagó con la vida su falsía. Los comarcanos estaban ciertos de que Víctor Malo no perdonaba una traición y de que su venganza llegaría tarde o temprano, pero que llegaría con precisión absoluta.

Era generoso y compadecido con la pobrecía. A su costa vivían familias menesterosas, a las que él hacía llegar por misteriosos conductos, ayudas de dinero. Era además, un hijo ejemplar y querencioso.

Víctor Malo sólo anidaba víboras de odio para dos instituciones: los ricos y la policía. A los primeros, porque desde niño conoció hambres y flagelos, fríos y desventuras y la vida le enseñó que el mundo era perverso porque los hombres dinerosos estaban vacíos de corazón y no se ablandaban ante las humanas miserias. Se daba exacta cuenta de la mala distribución de la riqueza, y él creía obrar bien, cuando quitaba al prepotente parte de sus sobras, para dárselas al pobre o a sí mismo, que también lo era hasta la inopia.

Y a los segundos los odiaba con todo el ímpetu de su alma encendida, porque desde niño la policía lo persiguió como una sombra mala, amargó días de su niñez y lo llenó de rencores turbios contra los que llevaban uniforme de autoridad.

No le placía asesinar por gusto de morbosa complacencia: sólo experimentaba fruiciones hundiendo su cuchillo en carne oficial o en corazones burgueses, pero a éstos, sólo en casos extremos para defenderse de ataques de soslayo. Procuraba, por sistema, robar solamente, sin dejar rastros de sangre, y tan sólo asesinaba cuando se veía obligado por las circunstancias. Pero a los únicos que no les daba cuartel, era a los gendarmes. Aun a los ricos los perdonaba a veces a trueque de dinero. Y a los pobres, apenas los asustaba, les quitaba lo estrictamente necesario para seguir sus viajes o realizar sus planes, y se cuidaba de molestarlos o de hacerlos sufrir.

Víctor Malo amaba a su madre más que a sí mismo. Cuando huía de las persecuciones de los corchetes, se refugiaba en su regazo, tornábase niño ante ella, se dejaba reprender de hembra tan quebradiza, y en diálogos afectuosos, al regreso de cualquier aventura, hundía su cabe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

za de león sobre las frágiles rodillas maternales, como el gavilán sobre el pecho de una paloma.

Le decía palabras dulcesitas y arrulladoras, la llenaba de obsequios, y si la vieja, llorando, le pedía cambio de vida, él le contestaba:

—Si yo quero ser güeno, madre, peru es que no me dejan. Es que esa maldita polecía nu hace sino perseguíme y no me deja tranquilo un solo momento y no me deja ni an resollar. Yo no tengo la culpa, mamita. Son ellos, madre, son ellos los que lo güelven a uno asina, por meterse a lambones . . . .

Y comenzaba a destrenzar ante ella toda su dialéctica fachendosa de bandolero baquiano. La vieja, después de escucharlo, terminaba por absolver los pecados del hijo, con la mansedumbre de sus manos antiguas, en tanto que acariciaba las melenas en borrasca del muchacho vagabundo.

Y amistado con ella, feliz por su absolución, tornaba de nuevo a sus andanzas, por los caminos de la aventura.

Ante la imposibilidad de pescar al escurridizo prófugo, las autoridades de Anorí resolvieron pedir auxilio al gobierno de Medellín. De esta ciudad les enviaron nada menos que a don Pedro Juan Ramírez, un guapetón de doce cilindros que había batido a los más prestigiosos cuatreros del centro de Antioquia.

Era popular y temido entre los maleantes de todo el departamento. De sus uñas nadie se había escapado; y por lo guapo y arriesgado y porque donde él estaba había tranquilidad y protección, las gentes laboriosas le colocaron el remoquete de "Mi Padre".

Pedro Juan Ramírez era el único digno de medir sus fuerzas con Víctor Malo, en concepto de las personas sensatas, porque donde "Mi Padre" clavaba el ojo, en el mismo lugar ponía la mano. Por eso, nunca regresó a la ciu-

dad sin su provisión de bandidos en gavilla, y por tal razón, se le señaló desde un principio, como el único capaz de poner en jaque a Víctor Malo el "ayudao".

En completo sigilo, con todas las precauciones del caso, salió "Mi Padre" en busca del cuatrero.

"Mi Padre" era cuarentón y musculado de fortaleza, cetrino, rostro seriote, pelo con rebeliones de hurañía, y malos modos que le quedaron de su vida cuartelaria cuando fue sargento del gobierno en la última guerra. Los bigotes, poblados como un corregimiento, montaban guardia de adustez sobre el grueso labio mulato, un labio conservador y reaccionario que traducía exactamente la violencia clerical del régimen. Sus enemigos, para ponderar su zambaje lampiño, decían que del poste de un pelo al otro pelo, no se oía un grito "carcajiao". De las puntas de sus mostachos marinillos colgaban perpendicularmente el principio de autoridad y la constitución del 86, como dos argumentos con púas, no menos convincentes por lo erizados que por lo puntiagudos.

La cuadrilla oficial se dividió en grupos de asalto, hacia la cordillera. Víctor Malo, señor de malicia, ladino como un indio, se les escondía en vericuetos igual que un venado, pasábales por cerca, mostrándoseles, para escurrirse luego y hacer más sangrienta la burla. Lo veían cercano, casi tangible, y cuando esperaban echarle mano, brincaba como un conejo y se les escabullía de entre los dedos con agilidad de sabandija.

Víctor Malo llevaba la mejor parte porque se defendía en terreno propio que conocía como sus manos, con todos sus accidentes geográficos. En cambio, "Mi Padre" era bizoño en la comarca, no estaba familiarizado con sus arrugas y hontanares y por lo tanto su pericia se tornaba nula.

Una noche, estando "Mi Padre" en guerrillas con Víctor Malo, por un descuido táctico, separóse de la escolta y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

extravió la ruta. En la oscuridad, silencioso, constante y prudente como una culebra, Víctor Malo lo siguió.

En una encrucijada de colinas, se encontraron los dos, frente a frente. "Mi Padre" fue a sacar el revólver, pero apenas tuvo tiempo de hacer el ademán. En un minuto de celeridad eléctrica, Víctor Malo dió un brinco y le enterró hasta las cachas su puñal de acero.

Víctor Malo se colgó el cadáver a la espalda, anduvo con él toda la noche y al amanecer lo sacó al camino. A su vera descansó un instante, y luego, amarró al muerto de un árbol ejemplar que tendía sus ramas fuertes hasta la mitad del sendero.

Después, Víctor Malo transitó un trecho por el camino hosco, y para borrar sus huellas, se ató a las pantorrillas unas ramas tupidas que iban borrando el rastro de sus pisadas.

Los alguaciles compañeros estuvieron toda la noche buscando inútilmente a "Mi Padre". Desesperanzados de no hallarlo, optaron por regresar al caserío a fin de pedir auxilio a los vecinos y autoridades del lugar, para continuar la búsqueda.

Al fulgor de la media mañana, toparon intempestivamente con el cadáver de un hombre, que se balanceaba con vaivén trágico de la rama de un árbol, en mitad del camino real. Tenía los ojos fuera de las órbitas, desmelenado el cabello, abiertas las mandíbulas sensuales, y de su herida anchurosa destilaba lentamente un hilo de sangre pálida.

Todos reconocieron el cuerpo robustísimo de don Pedro Juan Ramírez, Comisario Mayor, denominado "Mi Padre" entre las gentes del vulgo.

Los compañeros miraron con indecible terror, al hombre sacrificado.

El pánico les azotaba el rostro como un viento bandido.

27

La muerte de "Mi Padre" acreció la fama de Víctor Malo en forma inverosímil. Los campesinos la aumentaban con esa vanidad pueril de sus imaginaciones sencillas, y la fábula corrió por todos los campos, vestida con ropajes de fantasía.

Definitivamente, Víctor Malo resultaba invencible por estar "ayudao" por el diablo. Era inútil oponerle resistencia. Por todo esto, los campos se quedaban solos, sin cuido los ganados, indefensos los labrantíos, todo en zozobra y sin seguridades.

Las emigraciones de los campesinos, hacia partes pobladas y grandes haciendas, aumentaban cada día, y la desolación y el hambre amenazaban toda la comarca.

Por fin, Víctor Malo, fatigado de fechorías y aburrido de actuar en una misma zona, dejó descansar una temporada su tierra nativa y se encaminó a las de Caldas a sembrar pavor.

Varios meses hacía que en lugares caldenses actuaba, y ya su fama se extendía como un huracán, por todas partes. Víctor Malo hacía estragos por donde pasaba, pero los campesinos, tan simples siempre, lejos de odiarle por los daños que les causaba, lo negaban a las comisiones de policía que lo buscaban; lo escondían en lugares seguros; lo ayudaban en sus dificultades y tenían para él frases de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

admiración y trovas de cariño. Era imposible precisar si ésto hacían por terror o por afecto.

Sin embargo, decían que Víctor Malo era bello y valiente como un guerrero antiguo; que amaba a las mujeres con mimos delicados y dulces canciones; que sólo robaba a los ricos para ayudar a los pobres y que jamás mató a nadie con mano traicionera, ni manchó su pistola niquelada de odios, con socaliñas que abajaran su reputación caballeresca.

A veces, acosado por las persecuciones, llegaba a media noche, bajo lluvias torrenciales, a pedir posada a los humildes ranchos.

El dueño de casa, al verse frente a la fiera, comenzaba a temblar de miedo. Víctor lo sosegaba con voz suave:

—No si atortole hermano, que yo no como gente. Lo que pasa es que a mí me la tienen pinchada y mi acomodan todo lo malo que resulta por estos laos. Yo soy güeno con el que es güeno con yo, y malo con el que me quiera joder. Déme posada, alguito de comer, y a la madrugada me voy sin tocále a usté ni un pelo. Peru eso sí, cuidao me lambonea a la autoridá, diciéndole que dormí en su casa, pues es mejor que vaya contratando cura, porque me lo embodego. ¿Entendítes?

El campesino, tranquilizado ya, jura guardar reserva y empieza a atender al bandolero a cuerpo de rey.

Su mujer saca del baúl las sábanas más limpias para tenderle cama, las cobijas más abrigadas son para el huésped, el dueño de casa le obsequia tabacos y mecha, en tanto que la cocinera prepara la mejor gallina en honor del recién venido .

La cordialidad vuelve al rancho, y Víctor Malo, sentado alrededor de la familia, cuenta sus aventuras, salpicadas de dichos picarescos y graciosos que hacen reír a la sencilla concurrencia. Y si, como sucede en todo rancho campesino, encuentra a la mano un tiple colgado de la

pared de la sala, toma el instrumento, lo rasga con primor y canta con linda voz, penas de ausencia, tonadas de amor, ingratitudes de hembra, rondeles a la madre lejana, y a la novia distante.

El sueño va rociando poco a poco partículas de opio sobre los párpados de los familiares, por lo cual, Víctor Malo, sintiéndose dueño de casa, invita a dormir.

La señora lo lleva a la cama y se despide. Víctor cierra la puerta, abre la ventana, para tenerla lista en caso de fuga, y coloca sobre la silla un par de puñales y una pistola. Apaga la luz y se queda dormido como un niño, Al alba, dispara velozmente a campo traviesa y se pierde entre el boscaje.

Los campesinos, madrugan a llevarle el desayuno, y corren al lecho del bandido con la taza de café tinto, pero encuentran la cama fría y ni huellas de su presencia.

Sienten zozobra por la fuga, aunque interiormente dan gracias a Dios por no haber perdido el pellejo, pero la alegría regresa a sus espíritus, al verificar que no falta nada en el rancho, y que todo está lo mismo, como si Víctor Malo no hubiese dormido esa noche bajo su alero.

Todo el día, es tema obligado el extraordinario hecho, salen a casa de los vecinos a narrar el gran suceso y éstos sienten disimulada envidia por no haber sido ellos los que tuvieron la honra de darle asilo.

Víctor Malo, como Fra Diávolo, pasó por los caminos dorados de sol y por las montañas hostiles, escribiendo romances criollos con los cascos de su caballo cerrero, y levantando polvaredas de fábulas con el viento de sus hazañas limpias.

Por el camino del llano, vienen Juan Manuel y Desiderio de la doma de potros, faenar macho en que la muerte es cortejada a cada minuto.

Apenas se ven, desde lejos, las dos corroscas que cu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bren sus cabezas del sol tórrido, pues los parales son tan altos y frondosos, que cubren las cabalgaduras y el resto de sus cuerpos hercúleos.

Después de comentar sucesos de la doma, Juan Manuel da un suspiro y hace un ademán preocupativo como si fuese a decir alguna cosa.

Desiderio, su compinche, advierte que algo hay raro dentro de Juan Manuel, que le escuece como una pena.

—¡Ay, compadre Juan Manué! Trae usté una cara de viernes santo. Cuente a vé, qué le pasa . . . .

—Nada, compadre. Cosas de la vidurria . . . .

—¿Ajá? No faltaba más. Desembuche, hermano, que pa eso semos amigos. Díga a vé . . . .

—¡Ay, Desiderio! Qui anoche me dijo la Canchelo que estaba en cinta y eso me tiene muy apenao . . . .

—Di harta cosa si apena usté, compa. A vé cuál es el hombre que a estas horas de la vida nu ha desgraciao por ahi a una mujé y le ha dao un criaturo . . . .

—Sí, pero . . . .

—¿Pero qué? ¿Qué tiene todu eso de particulá?

—Pues que yo la quiero mucho, compadre, pero no tanto como para casarme . . . .

—Pues mala cosa, hermano. ¿Luego, ustedes los blancos, no izque se casan? ¿No izque son tan caballeros? Yo creía que usté quería a la Canchelo con sinceridá, pa casase con ella . . . .

—No compadre. Yo la quiero mucho, pero no tanto como para casarme. Eso es imposible.

—¿Imposible por qué? Lo que pasa, hermano, es que usté, como toos los blancos, está criyendo que sólo se puede casá con blanca y que las negras no son sino pa tiráselas. Eso es too . . . .

—No, compadre. Es que . . . .

—No hay tal, hermano. Mire: yo le doy un consejo de

negro amigo: cuando un blanco inamora a una negra, debe casáse con ella.

—¿Y ustedes por qué no se casan?

—Precisamente, pues porque semos negros. Si juéramos blancos nos casaríamos. Pero como nosotros nu acostumbramos eso . . . . Para eso nos ajuntamos con la hembra que nos gusta y san si acabó . . . .

—¿Y por qué no quieren ustedes que nosotros hagamos lo mismo?

—Pues como ustedes inventaron eso izque del casorio, siempre es güeno que lu hagan con nuestras mujeres. Además, nosotros no vamos onde el cura, pero cumplimos con nuestras obligaciones. Ustedes, compadre, en cambio, cuando se casan con una blanca, le cumplen, pero si una negra les cae en gracia, no es pa casáse con ella sino pa tirásela. ¿Estamos?

—Yo estoy como atembao, Desiderio, y ni sé lo que está diciendo. Lo único que le digo es que no puedo casarme con la Canchelito. Yo la quiero mucho, pero no puedo hacer esa calaverada.

—¿Que no puede? Claro: los probes negros no servimos a ustedes, sino pa que nos carguen como mulas y nos desgracien las mujeres, nada má.

—No diga eso, Desiderio . . . .

—Sí señó. Pero oíga esti otro consejo de negro amigo: si usté no se va a casá con la Canchelo, güélese de aquí, porque si no, la Pacha lo va a perseguir hasta los injiernos pa cortale la cara, porque ella podría tolerá que a su hija se la llevara un negro, pero no dejará nunca qui lu haga un blanco sin pasá antes por onde el cura. La Pacha no si aguantará la ojensa. Figúrese, con lo pretensiosa que es, y con los aspavientos que taba haciendo con los amores de su hija con un blanco . . . . Yo siento mucho, hermano qui usté se largue di aquí, porque güenos amigos semos y nos hemos aquerenciao mucho. Yo no sé qué

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tiene usté, mi blanco, pero lo cierto es que usté se da a querer . . . . Pero yo conozco mucho el almendrón y el genio de mi señora Pacha. Güélese, compa, antes de que Pacha gieda el tocino y le mire el buche a la Canchelo y haga con usté las de Dios es Cristo . . . . Mire compadre: yo más bien me intiendo con veinte tigres en manada, que aguatame a la Pacha encima.

—Yo no sé qué hacer Desiderio . . . .

—Mire compa: déjese de pendejiar más y no vacile: güélese di aquí y mientras más presto, mejó . . . .

—Imposible, Desiderio: yo no me le he corrido a nadie en esta vida y mucho menos a una mujer.

—Precisamente, el hombre verdaderamente macho es el que le corre a una mujé. Porque, ¿quién es el que tiene cojones pa dale un zurriagazo? No sabe usté, que la Pacha no tiene de hembra más que las naguas y que es capaz de sacá corriendo un ejército, con la lengua no más? ¿No ve? Esto es lo malo: que la Pacha es guapa como un macho, y si aprovecha de las naguas pa abusá. Ella sabe que usté no li puede hacé nada porque es mujé y en cambio a usté sí puede tiráselo como le dé la gana. ¡Si es que hay que tené entendederas, Juan Manué! . . .

—Yo no puedo hacer eso, Desiderio . . . .

—Pues tiene que hacer eso y si no, jodése, porque se lo lleva el Puto Erizo. ¡Ahi si hay cacao! Usté, como es macho, no puede peliále a una hembra. Por eso, lo mejó es que se largue. Y no olvide esti otro consejo de negro amigo, pa otra vez que si le ocurra: el macho, con macho pelea, pero no con hembra ni con muchacho chiquito, porque siempre sale muendiao . . . .

—¡Ay, Desiderio: en las cosas en que uno se mete!

—¿No vé? Esas son muchachadas por jalta de esperiencia. ¿Por qué, más bien, no se buscó una blanca? ¿Qué afán tenía de desgraciá a una pobre negra, pa en después burláse públicamente de ella? ¿Por qué no l' hizo esa

ojensa a una igual suya? Oíga, compa, esti otro consejo de negro amigo: cada oveja con su pareja y Dios con todos. ¿Tamos?

En esta conversa iban, cuando vieron que allá, en lontananza, venía un jinete, ronceando en una bestia de acompasado paso.

Desiderio observó:

—Puallá viene un cristiano.

Juan Manuel, que tenía ojo de llanero, que es mirar de marino, respondió:

—Si no me equivoco, ese que viene allá es nada menos que Angel.

—Pues por lo menos, la color del táparo sí es como el de él. Pero, ¿qué diablos lo traerá pu estos laos y a estas horas? Créame, compa, que se mi hace muy raro . . . .

—Pero no tendrá tanta prisa cuando viene contando los pasos . . . .

Al divisarlos Angel, apresuró el paso de la bestia y se fue acercando hacia ellos.

—¿Saben ustedes la güena? se apresuró a decirles.

—Diga a vé ligero, que no tamos pa mucha espera, morenito . . .

—Pues qui anoche izque oyeron por los laos del cacaotal de Pacho Mena galopes de caballos jorasteros. Todu el mundo anda conjundío porque dicen quesque es el mesmo Vítor Malo en persona el que tuvo anoche, que es lo mesmo que decir el diablo. Anoche mesmo se desaparecieron del potrero de "Pozorrubio" una partida de potrancos pa domá, y unas novillas de "Perolindo". ¡Ahi que ve . . . .

—Y¿ qué nos mandan a decir? preguntó Desiderio.

—Pues que se güelvan pa la casa, paren lo que tan ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ciendo, y se vayan pronto pa allá, pues tan organizando la defensa, por si aca . . . .

Esto oyeron los vaqueros y rumbearon hacia la casa, que en la lejanía se estilizaba con luces meridianas.

El día era de un color rubio gringo.

28

En el puerto era todo vocerío y alarma. Los hombres, bien armados, hacían guardia desde el atardecer, y el hembraje se recluyó en casa, a puerta cerrada, en espera de la horda bárbara.

También en Portobelo las peonadas suspendieron desde temprano labores agrícolas y vaqueras, a fin de prepararse para la invasión.

Llegó la noche cómplice, y las horas se alargaron de tedio. Vino el alba, aclaró el día, y el azote cuatrero no se hizo presente.

Así transcurrió una semana, luego otra, después otra, y la huella brava del bandido no se advertía ni por trochas. Tampoco en las altas horas nocturnas se escucharon pasos desconocidos de potros atorrantes. Una tranquilidad idiota triscaba por los herbazales de la égloga portobelina. La calma peinaba en ondas de letargo el miedo del vecindario y le hacía soflamas y roncerías como para adormecerlo con la tranquilidad confianzuda.

Pero una noche, al amanecer, el peonaje de Portobelo se alzó eléctricamente de sus camas, al oír cascos de caballos, piafares, relinchos, tascar de frenos, ruidos de carabinas y choques de machetes y puñales.

Juan Manuel, el primero, pistola en mano, gritó a la pandilla:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—A ver cuál es Víctor Malo, pa que se entienda conmigo si es que es tan macho.

—Yo soy, y toy listo mi don, dijo un hombre ágil, de suave modular en las palabras.

—Pues, amigo, mi han dicho que usté dizque es muy macho, pero que también es caballero.

—Pues es la verdá, manque le pese. A yo me llaman quesque bandido, pero valga la verdá, yo nu he matao a naides por la espalda.

—¿Y si es tan macho, por qué anda en pandilla haciendo daños?

—Mire amigo: últimamente, no me joda qui usté no es cura pa yo confesame. ¡Párese machito qui ahi voy!

—Un momento, don Víctor: vamos a pelear lealmente, pero usté me promete una cosa, por su palabra.

—Díga a ver.

—Que si usté me derrota, como será muy posible, me promete no tocar de esta casa ni del puerto a una sola alma. Llévese el ganao que quiera, pero sin hacer daño a las personas.

—Convenido, hermano.

—Bueno: ahora vamos al grano. ¿Cómo quiere, don Víctor, que la peliemos?

—Póngala como quiera, mi amigo: a puñal, a pistola, a machete, como usté guste. Yo sirvo pa too y toy siempre listo a complacé a los amigos.

—Pues entonces, aliste su peinilla qui ahi voy como un toro.

Juan Manuel escogió el arma en cuyo uso tenía más destreza y confianza, por haberla aprendido a manejar con habilidad en las haciendas del Tolima, donde nadie le llegó a pisar el poncho. En Lérida tuvo profesor de machetería y éste le enseñó todos los secretos para no ser vencido. Sabía los quites, vueltas, escapes, dibujos, socaliñas, efectos, gambetas, saques, escurridas y defensas del

arma insidiosa, y era tan baquiano para lidiar con peinilla como para domar un potranco cerrero.

El alba les clareaba ya el círculo de lucha, y el duelo criollo comenzó, con la nobleza y caballería de nuestros paisanos de las tierras caldenses.

Todos hicieron cancha para presenciar el desafío. Los dos adversarios, frente a frente, aparecían amenazadores y atléticos, como dos gimnastas griegos educados para el circo.

—¡Aentro, pues, compadre, y párese en la raya que a yo me llaman el Puto Erizo!, dijo el cuatrero, en tanto que ambos, simultáneamente, envolvían los brazos con las ruanas, para atajar mejor los golpes y hacerlos menos peligrosos.

La barra de mirones iba abriendo más y más la circunferencia, a medida que los contendores necesitaban terreno. El silencio hería más que los puñales.

Acezantes, brincaban, escurrían el bulto, hacían quiebres estilizados, de pronto se acercaban casi hasta el roce, para retirarse luego rápidamente, eludían los peinillazos con ágil esguince, y los minutos de angustia se alargaban, se alargaban . . . .

De pronto, en una maniobra, ambos se agarraron entre sí, pugnando por derribar cada uno a su contrario. Después de lucha recia, sin zancadilla y con toda nobleza, Víctor Malo, haciendo uso de sus mañas técnicas, logró echar abajo a Juan Manuel, pero eso sí, ambos trenzados, como dos culebras en riña.

Allí, convertidos en un solo cuerpo, cada uno asiendo la mano del otro para detener el arma y con la siniestra abrazándose por la espalda, pugnaba por estar encima; Juan Manuel por subirse y Víctor Manuel por sostenerse en su posición privilegiada. De tanto esfuerzo, rodaban por el patio como un solo fardo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Mientras estuvieron entreverados, las fuerzas se equilibraban, pues tan pronto estaba encima Juan Manuel como Víctor Malo; pero en pura ciencia, era notoria la superioridad del cuatrero sobre Juan Manuel.

Los esbirros de Víctor Malo, tenían la certeza del triunfo de su jefe, no sólo porque estaban seguros de la eficacia de su mano, sino porque en caso de verse acosado, él sabía oraciones al diablo que nunca le fallaban, para vencer al enemigo en un momento de apuro y también para hacerse invulnerable al filo de los machetes.

En cambio, la barra de amigos de Juan Manuel, estaba pesimista. Aunque ellos conocían el arrojo de su carácter macho, era tal la fama del cuatrero y tan ingenuas sus creencias, que temían el triunfo de Víctor Malo, porque sabían que estaba "ayudao" y que rezando sus jaculatorias al revés y diciendo Satanás donde dicen Dios los cristianos, se haría impenetrable a la punta de la peinilla.

Así, entre hosco silencio, continuó la lucha. Mas de golpe, vino lo imprevisto, lo por nadie pensado: un alarido feroz salió de boca de Víctor Malo, y luego una blasfemia.

Todos acercaron sus linternas, aunque ya casi la claridad matutina las hacía inútiles.

Debajo de Juan Manuel, se convulsionaba Víctor Malo, en tanto que de su boca salían espumarajos de sanguinolenta baba. Por la mitad del patio, corría un pequeño Risaralda de sangre fresca.

De su costado, abierto como el de Cristo, chorreaba un surtidor de sangre moza. El rostro tenía una doliente palidez de cocaína .

Juan Manuel, tambaleante y sudoroso, cruzado de heridas también, se desató del adversario trabajosamente y logró ponerse en pie.

Se hizo otra vez silencio, y hubo este diálogo:

—Acérquese pacá, hermano, dijo con voz quebrada por la agonía, el bandolero.

El otro se acercó con recelo.

—Acérquese, amigo, sin cuidao, que yo no mato a naides a la traición. Yo juego limpio como un macho y a la prueba me remito.

Aun así, con este discurso, Juan Manuel se fue acercando con precaución, porque era rejugado y listo.

—Acérquese más, paisano, que toy débil y oíga estas palabras: preste esa mano, amigo, porque es de mucho macho.

Juan Manuel se la extendió fraternalmente, y el herido agregó con tono trémulo:

—Preste esa mano, amigo, que bien merece ajuntáse con la mía, porque es mano de valiente. Usté es un muchacho de porvenir porque tiene agallas y güenos cojones y sabe manejá el machete como Dios manda. Usté va a hacé carrera, porque mi ha podío . . . .

Volvió otra vez el silencio. La barra, confundida castellanamente, fraternizaba con las miradas. Había una secreta simpatía entre los dos bandos antes hostiles. Los acercaba entre sí la tragedia, y la mutua admiración por el heroísmo de los dos caudillos. Todo esto era como un romance de caballería.

Víctor Malo hizo señas a su segundo.

Este se acercó devotamente, con unción de discípulo amado. Y escuchó sus palabras postreras:

—Mire, hèrmano: agora que voy a morí, después de güena lucha con un machito que me merece, es güeno que mi hagan caso y me escuchen este consejo: váyanse pa sus casas, que nu hay como el trabajo honrao. Yo sé cómo se los digo. Esto de vivir uno toa la vida juyendo a la polecía, es una vaina. Yu andaba en esta vida por las circunstancias y porque, valga la verdá, le tengo mucha rabia a la polecía porque no mi ha dejao vivir tranquilo un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

momentico siquiera. Pero agora que me voy pal otro toldo, váyanse ustedes también pa sus casas que nu hay como ser honraos . . . .

Pero su voz, más crespuscular ya, después de este largo esfuerzo verbal, apenas tenía tono para oírse. Sin embargo, se le escucharon con relativa claridad estas palabras desfallecidas:

—Sacáme, Pedro, del carriel, cien pesos que tengo, y lleváselos a la vieja. Y decíle que ahi se los mando junto con este escapulario de la Virgen del Carmen que ella me colgó dende chiquito. Y decíle tamién que supe morir como cristiano y como macho.

Hizo ademán de zafarse la reliquia del pescuezo herido pero el brazo se le descolgó y dió un resuello largo.

Pedro Antonio Escobar, su segundo y favorito, quitó de la garganta del patrón el escapulario donado a la viejecita ausente y se lo guardó junto con las monedas. Al desprenderle la prenda sacra, apareció el ancho pecho peludo condecorado de tatuajes. Tenía una Virgen del Carmen, patrona de los cuatreros, bien diseñada sobre la mamila izquierda, coincidiendo la cabecita del Niño Dios con el lunar carnoso de la tetilla. La estampa era un prodigio de filigrana y de miniatura. En el duro bíceps derecho, estaba dibujado un corazón terriblemente herido por un puñal siciliano cuya punta chorreaba sangre de celos y de venganzas. Al pie del corazón, en letras claras, se leía esta frase veraz: "De la cárcel se sale un día; del cementerio, nunca".

Una vez que Pedro Antonio, dolido como Juan el evangelista, hubo guardado en su carriel las prendas testadas, rodearon el cadáver todos los circunstantes y descubriéndose ante él, oraron rezos de ánimas en sufragio suyo. En seguida, los cuatreros tomaron el cuerpo del querido caporal, lo amarraron con fuertes sogas a la montura de su caballo desjinetado, y volvieron grupas. Se oyó

un galope fúnebre, y luego perdiéronse en la lejanía. La escolta de paladines iba taciturna y adolecida y por la primera vez llovió llanto sobre sus ojos varoniles nunca dados a lágrimas.

Los cuatreros llegaron a la cordillera. En un laberinto de rocas depiladas y ásperas, pararon el cortejo. Luego descendieron del caballo huérfano, el cadáver del caudillo. En la montaña lo enterraron, porque en ella libró sus batallas más ilustres, y en tierra amiga debería descansar, por las muchas bravuras que hizo sobre ella, y como un homenaje a su heroísmo.

Cuando del ruedo de lucha se alejó el séquito de Víctor Malo, Juan Manuel, ensangrentado y debilísimo por varias heridas en el cuerpo, no pudiendo sostenerse más en pie, cayó en desmayo.

Angel y Desiderio lo llevaron en hombros, hasta su cama.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

29

Cuando al día siguiente despertó Juan Manuel de su letargo, vió que lo guardaba el triángulo que componía su vida: Carmelita, Angel y Desiderio.

Callados y sobrecogidos, miraban su faz brumada de golpes, como siguiendo en su expresión facial el proceso de su salud. Estaba transparente y pálido, y de su rostro sangraba una sonrisa. Una sonrisa triste de máscara o de niño enfermo.

Nuevamente la fiebre lo adormiló en delirios errantes. En su imaginación se dibujaban caminitos de ensueños, largas tierras lejanas, barcos a la deriva, mares azules florecidos de islas aromáticas como las pipas de los marineros.

La Canchelo, a su lado, ataba retazos de las palabras del enfermo, para reconstruír la tragedia de quedarse sola. Su nombre de dulce són, aparecía de cuando en vez, enredado como una liana enferma a las ruinas de nombres y de lugares que la temperatura febril envolvía en ponchos de ausencia.

Sus dos perfectos brazos de ébano ceñían los desangrados de él, en tanto que las lágrimas, trazaban en su rostro moreno, angulosas rutas de abandono.

Así, a su lado siempre, constante y fiel como una lámpara votiva de humilde llama, la Canchelo pasó los días en vigilia, gozosa de ser esclava, de servir a tan bello señor, feliz aún, con la sospecha de la traición y con el presentimiento de oscuros años.

Su ancestro de esclavitud salía a flote, y por eso, apesar de sus aprensiones, estaba gustosa de ser sierva y de sufrir con deleite el imperio varonil de saberse hembra de un hombre blanco que estaba entre su alma, como el corazón dentro del árbol.

Juan Manuel empezó a reaccionar con lentitud, gracias a su maravillosa fortaleza y a los mimos y cuidados de su amantísima enfermera.

Ya estaba casi bueno y sus heridas cicatrizaban con premura. La convalescencia vino acariciadora, evanescente y sutil, y en las tardes tropicales de la hacienda, sentado en un sillón de cuero, desde los corredores de la casa miraba la pizarra del río, donde el crepúsculo escribía paisajes árabes, que tildaban suavemente las plumas garceras y las barcas peregrinas.

Al pie de su silla, la Canchelo bordaba lienzos, le decía palabras alabanciosas, y le miraba con pupilas asombradas y tristes, como sus abuelos esclavos debieron de mirar a sus señores.

—¿Sabe, amorcito, que tengo un viaje?

—¡Ah! . . . ¿Sí? Ya me lo figuraba, Juan Manuel. Desde hace días tengo la corazonada de que vos me ibas a salí con esas. Con razón que durante la fiebre hablabas cada rato de viajes y de cosas raras. Lo que pasa es que vos ya no me querés, que tas jarto conmigo porque ya matates tus antojos y te querés volá pa dejame a mí, puay tirada, com' ún cuero.

—No mijita. No te pongás a pensar esas pendejadas. Yo lo único que quiero en esta vida es a vos, amorcito. Pero valga la verdá, tengo que ir a Manizales a ver a mi madre que hace tiempos no la veo y a traer unos pesitos, a ver si juntamos una platica pal casorio.

—Eso lo decís vos, por alegráme el oído. Pero tengo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la seguridá de que vos te vas a volá y me vas a dejá solita. Y ti aprovechás de todo, porque ves que soy una pobre negra que no te merezco. Y abusás del cariño que te tengo, porque sabés que no soy capaz de contále a mi madre todo lo que ha habido entre los dos, ni lo del criaturito, porque si ella llega a sabélo, otro gallo te cantara.

Y remató el reclamo con llanto vivo y vehemente.

Juan Manuel, rozando sus cabellos y acariciándola con ternura la consuela:

—Mirá, Carmelita: vos sabés que yo soy muy hombre y que lo que digo es pa sostener. Creéme que si voy a Manizales apenas me alivie, es con el compromiso de que vuelvo de todas maneras. Si no, no me comprometiera . . . . Hacéme el favor de creerme lo que te digo . . . .

—No, Juan Manuel. No te largués porque soy capaz de matame si no golvés. Quedáte aquí conmigo si querés ser feliz. No lu hagás por mí si no te da la gana. Pero hacélo siquiera por el mulatico que va a ví . . . .

—Pero si yo vuelvo, negrita . . . .

—Qué vas a golver! El corazón me ta gritando que eso es mentira. Yo no te dejo ir, pa no perderte pa siempre. Me voy a agarrá a tu ropa como cardo e monte, pa que no te podás ir sin llevame con vos.

—Calmáte pues, negrita, que te juro que no me quedo puallá . . . .

—Lo que pasa, es que vos no comprendés mi pena. Vos, como sos blanco, no sabés de estos dolores de los negros. Ustedes tan creyendo que sólo los blancos son cristianos. Pero nosotros tamién tenemos alma y nos duele el corazón . . . .

—Mire mijita: vos sabés que yo no te engaño. Te juro por mi madre que yo vuelvo de todos modos. Mire, mija:

Por esta cruz que vuelvo y que me trague la tierra si te toy engañando . . . .

—¿Palabra?

—¡Palabra!

La hembra se queda silenciosa y desconfiadiza. En sus ojos se dibujan los últimos fulgores de una esperanza mutilada. Luego, entristecida y seria, sigue hilando con el convalesciente un diálogo de resignación y espera.

Sin embargo, la noche inmediata y la frescura de la hora, empiezan a bautizar de ensueño sus melancolías irremediables.

Las palabras, entre ellos, se van espaciando, espaciando, como ondas de un mismo río.

Se quedan pensativos bajo el hechizo de la tarde mustia, y tan sólo vuelven en ellos, cuando escuchan en el patio de la casa, el zurrungueo de un tiple bandolero que acompaña las coplas de un versiador que viene por el camino.

Son unas trovas dolidas, improvisadas por un trovador maula, en las que se canta ya, en tono "versiao", la vida hazañosa de Víctor Manuel Restrepo, su muerte macha, sus proezas de varón cojudo, y su alma a todos los vientos.

Es la fama que sigue esculpiendo para la posteridad su vida legendaria, y los rapsodas de la campiña son los primeros que la magnifican, al calor de coplas laudosas de ingenuo encanto.

Juan Manuel las oye con cierta dulzura melancólica de remordimiento pramaturo. Escucha, taciturno y huraño, el cantar sencillo, en cuyos versos se evocan las acciones varoniles de aquel Atila pálido que él ensartó con su peinilla, una madrugada trágica, en pura riña criolla:

"En 1915
se murió Vítor Manué,
el más guapo entre los guapos
qui ha parío una mujé . . . . "

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Las negras de Risaralda
se peliaban su queré,
porque él las encaramaba
a la grupa del corcel".

"Lo llamaban Vítor Malo
peru era un hombre de bien;
sólo al rico daba guerra
y a la polecía tamién".

"Murió de muerte de macho
porque así era su queré;
¡siempre burlaba a la muerte
sin la muerte dar con él!"

Ensartao en un machete,
primera y última vez,
se jue de la vida perra
el pobre Vítor Manué . . . ."

"Por el diablo era "ayudao"
y nunca daban con él;
peru una noche maldita
hasta el diablo le jue infiel,
pues dicen que el diablo tiene
muchas mañas de mujer . . . . "

"El llano de Risaralda
era un pite para él.
¡Malditos sian los injiernos
puel macho que si nos jue!"

"Lo llamaban Vítor Malo
y el Puto Erizo tamién,
porque era más rejugao
que el mesmito Lucifer.

"En 1915
se murió Vítor Manué.
Pa incontrar un macho de esos,
¡hay que vé . . . . hay que vé! . . .

Cuando Carmelita se dió cuenta de que estas trovas eran estocadas de reproche que se le habían ido más hondo a Juan Manuel que las propias recibidas por Víctor Malo, le echó el brazo al hombro, lo llevó a la alcoba, y acostándolo como si fuera un niño pequeño, ambos lloraron silenciosamente, sin saber por qué.

Esa noche, la Canchelo sintió, por la primera vez, el deleite de ser madre, sin serlo todavía de veras.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

30

(Proyección cinemática en cámara lenta)

El invierno se insinuaba ya con inusitado brío. Tal cual aguacero fuerte se venía encima, amagando estación cruda. El cielo fue adquiriendo un tono de opacidad de plomo sucio, y el sol, cuando aparecía, daba una luz tímida y descolorida, color de barro viejo. La cordillera manteníase arrebujada entre su abrigo de pies de neblina y los ríos se arrojaban hacia el valle, sonoros de aguas turbias.

Empezó a esbozarse la estación con cierta maña traicionera, pero luego la lluvia se tornó tenaz, arreciaron los truenos, el sol se fue de turismo hacia otros paisajes y los trabajos de la hacienda hubieron de suspenderse porque el agua no daba tregua. Después vino francamente el invierno. Llovía, llovía, llovía. Las mañanas venían cargadas de tempestad, el agua chorreaba sin misericordia, y por las noches, arreciaban los aguaceros sobre la desolación de la tierra. Los rayos y relámpagos subrayaban con firmas ininteligibles los temporales imponentes, y el estampido anarquista de los truenos conmovía los flancos todos de la comarca. Los ventarrones ladraban como galgos tristes por las praderas sórdidas.

El agua terca, sin descansar un instante, bajaba implacable, inundando silenciosamente, poco a poco, el indefenso llano. Las semanas pasaban y el invierno seguía adelante su obra de destrucción, con caudales cada vez mayores.

Era una época de pavor: los ríos, salidos de madre, se regaban sobre el valle trayendo en sus crecidas corrientes inmensos árboles desarraigados, moles de piedra, zonas enteras de cultivo, troncos viejos florecidos de orquídeas, humildes ranchos, animales muertos, cadáveres de viejos, mujeres y niños que la inundación sorprendió sin darles tiempo de salvarse. Pasados los primeros temporales, el llano quedó inundado casi totalmente. La mayoría de las casas fueron abandonadas por los campesinos, las carreteras y caminos se volvieron ríos navegables, de modo que las partes bajas del valle se podían cruzar a golpes de remo, en todas direcciones.

Los vecinos de las haciendas comenzaron a emigrar hacia los centros poblados, o rumbo a los ranchos de las colinas hasta donde el agua no llegaba, o llegaría en última instancia.

El salvataje se hacía en canoas y dentro de ellas iban mujeres y niños aviados de los menesteres caseros más urgentes y de los escasos víveres que lograron robar a la voracidad de las aguas. El pánico se adueñó de los risaraldinos que en otros años habían conocido el ímpetu de las crecidas del Cauca, y cuyos estragos narraban a los que no sabían la historia.

Dos compadres, canaleteando una canoa, comentaban con azorado gesto:

—¡Ay, mano Juan: nos llevó el diablo! Mi primo Fabricio que vino anoche de Cartago, dice que la corriente viene ya por "La Fresneda" y que mañana, a más tardar, tará pu aquí. Nos fregamos, compa.

Efectivamente, al anochecer, la inundación llegó avasalladora. Era una inmensa montaña móvil que se llevaba por delante cuanto encontraba, como un tanque de gue-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rra. La cordillera, tenebrosa y oscura, encapotada de neblina, seguía alimentando los cauces de los ríos que bajaban de sus cavernas, flancos y arrugas, con ímpetu sin freno de aguas sucias.

Casi todo el llano desapareció por fin, transformándose en un océano del que apenas surgían, a flor de agua, pequeñas islas que eran los picachos de antiguos oteros o partes altas del valle, inaccesibles al gran diluvio.

Mientras esto pasaba en el valle, en la cordillera los estragos eran también apocalípticos: los aguaceros iban horadando la montaña, lentamente, hasta que la cuarteaban. Entonces se desprendían grandes bloques de tierra y de cascajo, cerros enteros y colinas que arrastraban consigo grandes lotes de piedras gigantescas y de palizadas.

En las cuchillas refugiábanse los animales más diversos: ganados, caballos, mulas, culebras, gallinas, arañas, todos revueltos como en el arca de Noé, y sin hacerse daño. Allí anclaban cuantos bichos, obedeciendo instintos de conservación, podían acercarse a seguro puerto.

Era verdaderamente horrible la lucha por salvarse de cada uno de estos seres vivientes. En este huír desesperado de la cercana muerte hacia la vida probable, los caballos y los toros llevábanse por delante, en sus desenfrenadas carreras, alambradas de púas, vallados de hosca piedra, zanjones de traicioneras aguas y cuantos obstáculos se les oponían.

Extraordinaria la fraternidad de todos estos animales disímiles: las serpientes, trémulas de cobardía, merodeaban al lado de los novillos que pasturaban con más recelo con las aguas que con sus vecinas. El miedo mutuo desvanecía las diferencias y temores, y el ansia de vivir los ayuntaba, sin tiempo para hacerse males .

Sobre las cúpulas de los árboles, las arañas instalaban sus telas de pavor, en compañía de infinidad de insectos que subían a las cúspides por resguardarse de las aguas.

Entre estos animales inferiores se entablaban batallas descomunales por disputarse centímetro a centímetro el gajo más alto de un árbol o el vértice de un otero no inundado. Estas riñas eran crueles y de mayor ferocidad, cuando al acercarse la marea inexorable, luchaban todos entre sí, en pugilatos sin entrañas, trepándose unos sobre otros, para no morir primero.

De los animales ruines, ninguno como la serpiente para organizar su salvación. Agrupadas en tropas de gran número, desde los primeros días del diluvio, con olfato infalible, aperciben el peligro próximo y salen premurosamente de los matojos de caña, de los rastrojales y de los potreros en busca de seguridad para sus vidas, como convocadas por la voz de un cuerno. Trepan, arrastrándose con rapidez, por las colinas, escóndense en las arrugas de sus faldas, suben al vértice de los árboles, y se destrozan unas a otras por disputarse el puesto más seguro.

La peregrinación hacia las alturas hácenla día y noche, heroicas ante las descargas del aguacero, sabias en evadir sus furias, deseosas de llegar a buen puerto.

Entre tanto, la creciente, cada vez más fuerte, lanza a las ondas nuevas ediciones de pajizos ranchos, hileras de islas flotantes que fueron sementeras, y troncos de árboles corpulentísimos sobre los cuales van en viaje de bodas parejas líricas de pájaros que el temporal los separó de la querencia cuando dormían en el nido, y ahora, más bien que separarse, corren juntos a la aventura, al amor del agua, dichosos de vivir, sin saber que el gajo que los lleva tiene rumbo hacia la muerte.

Sobre el buche de un toro pútrido que flota río abajo, viaja también un seminario de cuervos lúgubres, en jira excursionista. Van hartos de mortecinos, y sin pagar tiquetes de navegación, como los polizones. Un gallinazo, más filósofo aún que sus compañeros, con las garras pren-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

didas a una de las astas, mira con displiscencia la desolación de la comarca.

Y como contraste a estos navegantes fúnebres, las garzas, sonrosadas de optimismo, autentican el fosco cielo de estaño, con pausados vuelos. Y si se fatigan, salen en busca de un písamo en ruinas para reposar, o aterrizan en una isla portátil de esas que lleva el río en su corriente, o sobre la panza de un novillo muerto que baja al amor del agua.

La vida y la muerte sólo se encuentran frente a frente para entrar en riña sin cuartel, cada una en defensa de sus fueros, en tanto que el cielo, imperturbable y bellaco, sigue emitiendo diluvios sin piedad, sobre una naturaleza fatigada.

Cuando la marea está alta, aquiétanse las aguas, los cauces de los ríos se silencian, el viento amaina, escampa la lluvia, y se tiende sobre la llanura un mutismo que da miedo. Entonces, adquiere el agua una musicalidad exótica, que es un sarcasmo irónico en medio de la venganza de los cielos. La acústica toma extrañas sonoridades, el eco aumenta de volumen y las palabras estiran sus vocales como con resortes. Una pedrada que se arroja al fondo, produce instantáneamente los más dulces y delicados sones. Es esta armonía como una reparación humilde que hace el agua a los hombres victimados.

Entre tanto, sobre el lomo de los ríos sigue bajando el trabajo de los labriegos y no hay esperanza de reanudar la apacible vida del campo.

Los dos ríos padres, Cauca y Risaralda, desparramados sobre el valle, han destruído ya sementeras, dehesas, estancias, tabacales, tambos de la pobrecía, hatos de ganado, platanares y sembradíos de todo linaje, y han unido sus aguas en plena plaza de La Virginia, que es un mar sin sosiego.

Cada cual procuraba salvar lo que podía. De los almacenes del puerto sacaban efectos y abalorios, y de las trilladoras aledañas miles de sacos de café, para ponerlos a buen seguro. En las calles del pueblecito, convertidas totalmente en ríos navegables, los vecinos se movilizaban en obedientes canoas y los más dinerosos evacuaban el puerto rumbo a las ciudades vecinas, en tanto que los pobres apenas se resignaban a desocupar los interiores de sus ranchos, para guarecerse en los zarzos, con la esperanza inútil de que hasta éstos no habría de subir el agua.

Pero como la corriente continúa sin freno, los vecinos abandonan la villa, y por las que antes eran calles anchurosas y florecidas, y hoy lagos fétidos, navegan ahora muebles de gente pobre, aves muertas y sencillas ropas de trabajo.

Mientras esto acontece en el poblado, en las haciendas los estragos de la inundación son inmensos: día y noche, los vaqueros, desnudos como centauros, montados en pelo, echan sus caballos sobre las aguas díscolas, cruzan a nado el valle vuelto mar, y otras veces, a horcajadas sobre mulas baquianas, ganan opuestas orillas, desafiando con impavidez a la muerte que los sigue con fidelidad canina. Ellos pasan canales hondos, derriban alambradas de púas y hazañean por todas partes en busca de salvar lotes del mejor ganado.

Vastos trayectos hay, que tienen que recorrer a fuerza de larga natación, o detrás de sus caballos, aferrados a las colas de éstos, lo cual es labor dura y heroica porque están cercados por una circunferencia de peligros.

Sobre las puntas de los parales y de las copas de los árboles que apenas se insinúan a flor de agua, se agarran desesperadamente enormes arañas negras, peludas y venenosas que otean el paso de un árbol por la corriente, de un cadáver o de una canoa, para prenderse a ellos con angustia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los vaqueros, al cruzar a nado el valle, tienen que mirar atentamente a todas partes para evitar que las tarántulas brinquen sobre sus espaldas en un esfuerzo de náufragos. Tienen, además, que hacer gambetas a las enormes palizadas que bajan por el río, y a una multitud de acechanzas que conspiran cada minuto contra sus vidas.

Al empezar el descenso de las aguas, aparecen de nuevo esqueletos de chozas y de árboles que no fueron deshechos por el temporal y ahora están convertidos en cementerio de animales, porque la inundación los cubrió totalmente. Y como resultado de todo esto, se riega por la atmósfera una oleada pútrida de hediondez infecta que produce fiebres intermitentes y vértigos enervantes. Los huracanes pasan untados de epidemia y de podredumbre, y la peste empieza a arrasar lo que la inundación no pudo. Detrás de las enfermedades viene su comedido escudero: el hambre, con su séquito de dolores y tragedias. La peste, nacida de la putrefacción de los árboles, peces y animales que el agua corrompió, recorre las zonas ilesas para arruinar a los campesinos, y todo el valle toma ahora, más que nunca, un aspecto de escombros desolados.

En estas excursiones, los vaqueros sufren lo indecible porque apesar del descenso de las aguas, no hay un refugio para sus vagabundajes. Ni siquiera las chozas abandonadas porque se han convertido en asilos de cuantos bichos acuden a sus techos para precaverse. Las arañas pueblan todos sus rincones y las culebras se trenzan unas con otras, entre los balaústres de las barandas, formando una red, tejida con sus cuerpos, a la manera de una verja de alambres con vida. De allí sólo emigran a los zarzos cuando el agua está invadiendo las habitaciones provisorias. Entonces, desesperadamente, huyen hacia los techos, y una vez que la inundación va llegando, se escapan a los caballetes del rancho, instalan allí su terror,

y cuando el agua quiere tragarse ya la última prominencia del tambo, todavía las culebras hacen esfuerzos desesperados por escapar, y se yerguen, casi verticalmente, hasta que el agua llega ya al pescuezo. Y al verse así acosadas, locas ante lo inevitable, frente a la muerte que abre sus fauces, silban con desespero, se retuercen en convulsiones de pánico y con resolución heroica de morir, apresuran el martirio, arrojándose estoicamente a las voraces aguas, aún con la esperanza de salir con vida.

Sobre las colinas, los ganados pacen con desgano, y frecuentemente alzan el testuz al horizonte, para recorrer, con los ojos apostólicos, el paisaje mustio. La tristeza de sus mirares, es como una silenciosa plegaria que elevan a los cielos, con súplicas de verano.

Los que ayer fueron novillos de altivas cornamentas, y soberanos señores del valle entero, ahora conviven fraternalmente con toda clase de bichos abyectos. El peligro los une, las jerarquías palidecen y la desgracia los iguala con raseros de conformidad y de esperanza.

Las algas verdes empiezan a florecer corolas moradas con el aliento de las aguas pútridas. Hay retazos de valle que parecen estar cubiertos con un manto prelaticio. En los esteros y sobre el llano húmedo, se tiende un tapiz de algas lilas y verdinegras por donde caminan, con pesadez de matronas, en peregrinación fugitiva, arañas gordas y peludas.

La tierra se va purificando lentamente, con aguas de dolor, de todos los pecados de los hombres.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

31

Portobelo fué de los fundos más flagelados por la inundación bíblica. La mayor parte de sus predios podían recorrerse a canoa, y sólo las colinas de su valle escaparon a la creciente. Sobre la epidermis del agua, tal cual palmera exánime asomaba sus derruídas veletas a flor de superficie.

El ganado pacía sobre las pequeñas colinas ilesas, o había sido transportado a las partes altas de la hacienda, próximas a los contrafuertes cordilleranos.

Duros días aquellos para el vaquero: salir con el alba, montado en un caballo curtido en las dificultades, arriar el novillaje hacia zonas de menos peligro, cruzar a nado infinitas distancias inundadas, recorrer baches profundos, derribar cercas de alambre para dar paso a la tropilla, tolerar el lento paso de ésta, volver a la recua a los novillos díscolos que se dispersan, correr tras ellos hasta entroparlos nuevamente, tender el poncho en las noches de faena y dormir sobre él, a la intemperie, en espera de la mañana inútil.

En lo más arduo de la inundación, Juan Manuel se portó como un héroe de fiera raza. Ya fuerte y vigoroso, aunque recién convalecido, decidió aplazar su viaje a fin de ayudar a las bregas camperas, cada vez más urgentes y dispendiosas.

Desde el amanecer hasta la noche, recorría la llanura oceánica, a nado sobre su caballo predilecto. Revisaba las reses, las ponía a buen seguro, curaba sus males, atendía a todo, y dispersaba sus energías en ayuda de numerosas dificultades.

—Mire compadre, —le dice Desiderio,— usté ta tuavía medio delicao y es güeno que se cuide, no vaya y recaiga nuevamente a la cama.

—¡Qué va, compadre Desiderio!, nadie se muere la víspera y además, yo me siento completamente bueno. Allá verá que nada pasa.

—Pues quién sabe, compa. A lo mejó va agarrá un rematiz de todu el diablo, por no cuidáse y por tarse chapuciando todu el día entre los barriales.

—Ello no, compa.

—Pues allá verá, Juan Manué.

—¿Y qué quiere usté que yo haga? ¿Cómo se figura que yo me voy a estar en casa, como muchacha bonita, cuando todos los vaqueros andan por la finca, salvando el ganao y haciendo los quehaceres de la hacienda?

—Pues si tan siquiera no se bajara de su bestia, todo taría bien. Pero con esa bajadera del carajo, pa cruzá a nado los esteros, sí va a cojé más males qui un limosnero.

—Déjese de molestar, compadrito, y prepárese pa que mañana nos repartamos un trabajito muy urgente que tenemos.

—Diga a vé, compa.

—Pues yo me voy pal pie de la cordillera a subir un ganao que me falta asegurar, porque onde está corre peligro de inundarse.

—¿Y yo, qué hago?

—Pues usté se va para Bengala a ver cómo están las bestias, y que Angel se vaya para Cuba a revisar una partida de novillonas que tan guardadas entre el monte.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Güeno, Juan Manué. Y agora, hablando di otra cosa, cuente cuándo es el viaje.

—Pues ya será apenitas pase el diluvio. ¡Quién sabe cuántas semanas más irá a durar este bunde!

Y tirando Juan Manuel su bestia del ronzal, entra, empapado de agua, al patio de la casa. La amarra en el bramadero y se va derechamente a la cocina, a secar sus ropas en el fogón, que arde con llamas alegres, como salutación a su llegada.

Vino un amanecer feo, envuelto en neblina tan densa, que a un paso de distancia las cosas no se distinguían.

Apesar de lo cálido del clima, las mañanas eran friolentas y destempladas, por lo cual reemplazaban el clásico poncho por las suaves y cariciosas ruanas orejonas, dulces amigas que resisten todos los pellizcos de la lluvia, y que por debajo tienen calorcitos de mujer biche y es compañera de los penares criollos y testigo de sus calamidades y luchas.

Asunción, la cocinera, prende candela y sopla las brasas, inflando los carrillos enormes, como globos de charol brillante. Las llamas fraternales van floreciendo en farolillos móviles de linda color bermeja.

Sobre la tapia del fogón, sobándose las manos bajo las ruanas cundinamarquesas, y chupando tabaco negro en sus cachimbas, Juan Manuel, Angel y Desiderio, buscan calor de hogar y hablan del largo invierno que tiene frustrada la vida del valle risaraldino.

Fuera, los gallos tocan retreta con el jazz-band de sus bocinas madrugadoras, en tanto que por las puertas de la cocina, se cuela con maña un vientecillo maluco.

La noche despótica se va destiñendo. Los vaqueros esperan la mañana total para poder empezar sus menesteres con una relativa claridad confusa.

Ya claro, clarito, los tres ensillan sus bestias, y al tomar rumbo diverso, Juan Manuel se despide:

—Bueno, muchachos, que les rinda mucho y hasta lueguito porque se ta haciendo tarde.

—Güen día Juan Manué y que mi Dios lo lleve con bien, responden sus camaradas.

Y a los dos pasos no mas, tal es la densidad de la neblina, Juan Manuel se pierde con su caballo cimarrón, por entre el túnel de la niebla.

Angel y Desiderio, cada cual por su lado, se esfuman también, al trotecito, con rutas distintas, hacia sus tareas de campo.

El cielo está cargado de nubes plomizas, amenazantes de tempestad.

La tristeza del campo ladra baladas de pesadumbre por entre los desnudos písamos.

Al paso de su caballo amigo, Juan Manuel va por la orilla de los restos de camino que ha dejado la creciente. Cuando llega a un caño profundo de pinta traicionera, se desnuda con rapidez, manda adelante su caballo y tras él, bracea y gana el ribazo opuesto. Otra vez monta en su bestia y sigue los senderos encharcados hasta encontrar otro obstáculo y repetir la operación. De vez en cuando mira hacia el cielo apático, quizás para calcular la proximidad o remotez de la tormenta.

Va pasando revista a los potreros, entra a los ranchos desinundados, examina los animales cuidadosamente, y luego rumbea con dirección a la cordillera, en donde tiene a salvo el novillaje fino, orgullo de la hacienda, hambre de cuatreros, tentación de amigos, lujo de la comarca, envidia de los vecinos y cena de oro en las ferias de Pereira.

Hacia la cordillera va, aprensivo y tristón. El, de natural tan alegre, que anda siempre al trotecito en todas sus correrías, acompasando el paso con los repiques

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de sus canciones, hoy marcha pesaroso y raro, tal vez con hondos presentimientos.

También hay en su alma amagos de tormenta y nublado está su corazón, por ese no satisfacerse de nada, por ese faltarle algo que no sabe qué, en su espíritu. Y su interior está a tono con la mañana triste.

El tiene alma de llanero y corazón de trópico; es alegre y trovador, es auténticamente él, pero sólo en las mañanas claras, en los transparentes mediodías o en las tardes rubias, cuando el paisaje se enciende en colores que riman con su alborozo, canta la vida en el rumor del río o en el carillón de las cigarras, y todo el campo es una invitación al vivir macho, al luchar con bríos, al goce de las faenas guapas.

Pero este panorama apócrifo, esta boreal llanura recortada y tristosa, le vuelve mustio el espíritu, lo torna neurasténico y saudóso, y el pensamiento se le entenebrece con secretas angustias.

Juan Manuel ama el sol franco del estío, no este sol inofensivo y palúdico de invierno que no tiene glóbulos rojos de luminiscencia. Ama el perfume de la selva doncellona, el cantar de los pájaros en las amanecidas veraniegas, el llano con su color de verde láudano, las casitas blancas que ribetean la azulidad de las faldas cordilleranas, como lunares de cal, el claro río compañero de sus éxodos, y la transparencia lustral de los días estivales.

Este paisaje esmerilado, nubla su alma andariega y gitana. Esta desolación hiperbórea lo hace pensar en cosas tristes: en su madre que se muere lentamente de años y de viudez, como una lámpara pobre; en esas tres hermanas que atardecen de virginidad estéril en los claustros de su casa, y sobre todo, piensa en su negra sensual y triste, que sabe caricias embriagantes y que le entrega el Africa de su cuerpo con la sabiduría de una

sacerdotisa. El la quiere cada día más porque es hermosa y sabe todas las exigencias del amor. La ama porque ella es la cuna calorosita que guarda la inmensidad pequeña de su hijo, largamente esperado.

La quiere como a un lindo juguete, porque limpia sus nostalgias con paños de cariño y ademanes sabrosos de hembra en celo, pero teme unirse a ella con vínculos indestructibles. Tiene miedo de verla envejecer, de presenciar día a día cómo se destiñe su belleza magnífica, y siente repulsión de que ella logre coartar su libertad de llanura, cuando en un arranque de aburrimiento y de saudades por regiones distantes, el amor a su negra lo prive de soltar las amarras de su nave hacia otros horizontes de lucha.

El no quiere vivir días intrascendentes en un mismo predio, hacerse viejo en un solo lugar, opacándose en bregas cotidianas bajo un cielo igual. El desea vivir en diario errabundaje, como la gota de agua que nunca pasa por el mismo sitio. Quiere ser móvil, buscar distintas aventuras y diversos amores, con la emoción a flor de alma, entre encrucijadas de peligros e interrogaciones permanentes.

No es la suya, alma de vulgar existir, ni quiere morir de égloga, como los patriarcas antiguos, o como esos árboles ancianos de los caminos viejos, que miran desde su inmovilidad sarracena, cómo las caravanas pasan por sus orillas, rumbo a otros países, en tanto que ellos, arraigados para siempre a la tierra dura, se quedan allí, quietos de pesadumbre, con ansias de itinerarios fugaces que los lleven a los más remotos confines.

Esta asombrosa soledad, este sordo rodar de un río cruel que sólo lleva entre sus aguas cadáveres y ruinas, estas nieblas oscuras que velan la claridad de la naturaleza y esfuman sus gracias y dones, le producen una dejadez que es pena.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Añora los planes del Tolima donde las quebradas son diáfanas y cantan bambucos por la llanura abajo; recuerda los valles del Sinú, que tienen una exuberancia lasciva como la de las doncellas, ríos que se desmayan sobre la esbeltez del llano con afectos mujeriles, y tierra donde la luz da un tono de santidad que envuelve los cuerpos y las almas con aureolas de alegría.

Sigue Juan Manuel por la desolación del valle, pasa el último tremedal y se interna por los flancos bajos de la cordillera, en donde hay un oasis para sus novillos predilectos.

Hilaba sus mejores ensueños y melancolías, cuando la tempestad se desgajó sobre él como un alud de odio.

El día se ruborizó de negro, la neblina se hizo tangible de puro espesa, enmudecieron los pájaros, hubo un silencio trágico, y luego, una descarga de rayos iracundos apuñaleó la tierra.

Relámpagos intermitentes le abrían el camino con luces siniestras. Después se descolgó del cielo un aguacero tórrido, arreció el vendaval, se desataron los huracanes con avidez de destrucción, y con tánta furia, que ladeaban al corcel y al chalán, casi hasta derribarlos.

Juan Manuel siguió adelante, indiferente a la ira de Dios.

De pronto, en el menos pensado momento, la montaña se estremeció en un envión horripilante, y luego se desmoronó un cerro monstruoso que echó a rodar por las faldas de la cordillera abajo, rumbo al valle.

La tierra, movediza y socavada por el largo invierno, se desprendió del contrafuerte en forma de derrumbe gigantesco que arrolló cuanto encontró a su paso. Una detonación de artillería recorrió todos los ámbitos y la repitieron las distancias. Con la mole de tierra, se vinieron también árboles de abarcadura, inmensas rocas y lodazales que rodaron velozmente hacia la llanura mártir.

En vista de que la tempestad tomaba caracteres de hecatombe, Juan Manuel apuró sus faenas a fin de desocuparse temprano para regresar a casa antes de la anochecida.

Pero al entropar las reses hacia una de las cuchillas de los valles altos, vió que "El Cocuyo", su toro predilecto por el buen linaje, tenía en la testa un nido de gusanos, por lo cual resolvió enlazarlo para hacerle una detenida curación.

"El Cocuyo", que era un relámpago rascapulgas de lo arisco, olfateó las intenciones del vaquero y disparó a todo galope por el llano húmedo. Juan Manuel hundió las espuelas en la barriga de su táparo y partió tras el bicho, rectamente y veloz como una flecha. "El Cocuyo", al verse perseguido así, redoblaba su carrera con rapidez tánta, que el caballo y el toro recorrieron en un instante una gran extensión de la llanura.

La persecución siguió su curso y cuando Juan Manuel iba ya a alcanzarlo, echó mano a la soga, ensayó un lance "guasquivoliao", es decir, abrió el rejo en un ancho óvalo con el cual describió varios círculos en el aire antes de tirarlo al toro. Una vez cerca de éste, arrojó la soga a los cuernos de la fiera, y el rejo cayó en las astas con precisión de baquiano. Al verse enlazado, el toro redobló su furia y multiplicó la velocidad que llevaba.

Juan Manuel enroscó ágilmente la soga en la cabeza de la montura, y el caballo vaquero, firme sobre sus cuatro patas hacía esfuerzos por detener el galope de la res rabiosa. Sin embargo, "El Cocuyo" les iba resultando con un poderío superior al suyo y al del caballo veterano, porque, impávido ante la fuerza que hacían chalán y caballo, continuó su galope raudo arrastrándolos consigo como si fueran un juguete liviano. Entonces Juan Manuel, en vista del peligro inminente, aprovechó el tronco de un písamo que tenía orgullosa apariencia de ser

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lo suficientemente fuerte para detener el toro. Con toda rapidez, describió un 8 con el rejo, pero el ágil vaquero, en la angustia del instante, no se dió cuenta de que se trataba de uno de esos tantos troncos podridos interiormente pero de exterior engañadizo que hay en el valle de Risaralda. No había acabado de atar el toro al improvisado bramadero, cuando éste, vencido por la inaudita fuerza del cornúpeto, se les vino encima con rapidez tan vertiginosa que Juan Manuel no tuvo tiempo de hacerle un quite.

El traicionero tronco cayó con estrépito sobre él, y bestia y chalán, hechos trizas por su peso, cogidos con la misma soga, fueron arrastrados varias cuadras más, por la fuerza bárbara del toro.

Después de un largo trayecto, la soga se destrenzó y el caballo y el jinete quedaron despanzurrados junto a un charco garcero.

Luego, Juan Manuel quedó inerte, bajo las sombras de la noche hipócrita.

A la mañana siguiente, como Juan Manuel no hubiese aparecido, salieron a buscarlo, repartidos en grupos, todos los peones de la hacienda y amigos suyos del puerto. Después de dispendiosa búsqueda dieron con él, a la orilla de un charco turbio. Como era vaquero de sangre, y muy de veras, lo encontraron montado sobre su caballo, y prendido a la montura, aunque hendido por el tronco inmenso. Ni siquiera el golpe brutal fué capaz de desasirlo de sus dos compañeros: el caballo amigo y la querida silla chocontana. De sus heridas ya no manaba sangre.

Hicieron óvalo en rededor, se quitaron las corroscas y doblando las cabezas sudorosas, rezaron plegarias para pedir el descanso de su alma. Luego, en una pequeña

prominencia, en pleno valle, abrieron un hueco entre la tierra húmeda.

Mientras esto hacían, llegó desalada, a todo correr, Carmelita Durán, flor del puerto. A ella le habían ocultado la veracidad de la tragedia, pero fué tánta la conmoción del lugar, que al fin llegó a oídos suyos la fatal noticia.

Y como corza herida, corrió a todo escape en busca de su destrozado amor. Arrojóse, cual una bestezuela, al querido cuerpo del vaquero, con cierto oculto goce de sufrir, como deleitosamente echábanse a las llamas las antiguas hechiceras.

Todos los vecinos del puerto se encaminaron al lugar de los sucesos, condolidos de que la víctima fuese Juan Manuel, el más popular y querido de los vaqueros, el trovador de dulce voz, el guapo entre los guapos que nunca supo una traición, el macho a quien nadie le pisaba el poncho para "versiar" una trova serenatera, engatusar de amor a una mujer, o entendérselas con cualquier matón de fama.

Su victoria sobre Víctor Malo, el cuatrero, lo diademó con halos de leyenda, y su prestigio llegó a los límites de la fábula. Sólo unos pequeños malquerientes del difunto, encabezados por Pedro Marín, se abstuvieron de ayudar a buscarlo bajo los escombros, y no pudiendo reprimir su gozo, encendieron velas a los monicongos, a quienes atribuían la catástrofe, en acción de gracias por haberlos vengado en forma tan completa.

Con desesperos de náufrago, emitiendo alaridos de dolor, la Canchelo se agarraba al cadáver, temblorosa y enloquecida.

Pero en medio de la pena, había una secreta dicha de tenerlo ahora sí, seguro y suyo, aunque muerto, cerca de su cariño, para siempre.

Ella se sabía abandonada, tenía la certeza de que en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

llegando el verano, su amante emigraría hacia otras tierras, y en cambio ahora, apesar de no tener vida, lo tendría cerca de sí, y nadie podría disputarle su pertenencia.

Entre penares de lágrimas, se decía, a guisa de consuelo:

—Gracias a Dios, que agora sí es mío pa siempre y ya no me lo puede quitá naide . . . .

La desligaron del muerto con fuerza de varones. Los campesinos cogieron el cadáver para colocarlo en el hueco, pero Angel, el morenito, alzó la mano, haciendo ademán de que aún no era tiempo.

En seguida dijo:

—Esperen, muchachos, porque hay que cavá más hondo tuavía.

—¿ Y pa qué, hermano? Con esi hondo es suficiente . . . . repuso uno de los circunstantes.

—Pa interralo, como güen vaquero que era, en compañía de su caballo. Juntos vivieron esta vida perra, juntos los agarró la muerte, y juntos deben quedá pa siempre bajo esta sepoltura.

—Mu cierto, hermano; hay que hacéle un intierro de vaquero.

Cavaron más hondo, más hondo, más hondo. Cuando el hoyo adquirió la profundidad requerida para dar hospedaje eterno a los dos amigos muertos, amarraron el caballo con sogas, y tirando de los extremos de éstas, lo arrastraron hasta el hueco profundo. El animal cayó, produciendo un ruido desacompasado y sordo.

En seguida bajaron, también con rejos, el cuerpo de Juan Manuel. Un adolescente ágil descendió a la fosa y colocó el cuerpo deformado en un rinconcito de afecto, junto al caballo fiel.

—Después, mozos fornidos arrojaron tierra sobre la tumba, con lentas paletadas. Al poco rato, la hondura quedó llena y Juan Manuel sepultado.

Un pequeño montón de tierra removida indicaba el lugar en donde un vaquero de veras, el más vaquero de todos los vaqueros, habría de dormir para siempre la siesta definitiva.

Allí quedó Juan Manuel Vallejo, vaquero de verdad, trovador sin rivales, el de la dulce voz sedosa de llanura, el guapo a quien nadie le pisaba el poncho en ningún percance de la existencia.

Allí quedó Juan Manuel Vallejo, solitario de los hombres, pero cercano de su verdadera vida. Desde su tumba pastoril podrá escuchar, en las mañanitas veraniegas, el organillo portátil de los pájaros del alba, el bramido cariñoso de las vacas apostólicas, y el paso de los labriegos, cuando regresan del pueblo, en los atardeceres dominicales, arriando sus yeguas cargadas con el mercado de la semana, y cantando bambucos paisas al són de sus tiples montañeros.

Allí quedó Juan Manuel Vallejo, a solas con ese su valle que él tanto amó, y que fue suyo con todas sus reconditeces, porque nunca tuvo secretos para él, a la manera de aquellas mujeres queridas, que por tan ser amadas, se muestran siempre francas, con total desnudez, y sin ocultas traiciones. Por algo su apelativo era "Vallejo", que quiere decir llano pequeño y lindo como los prados risaraldinos . . . .

A fuer de vaquero de estirpe, murió en su ley: es decir, montado en su caballo criollo, sobre la calentana tierra de sus quereres, y prendido a la montura que fue su confidente, su moza, su almohada, su todo, en los vagabundajes del oficio.

Murió, caballero sobre su potro, porque así lo manda la orden de la vaquería. Fiel a ella, la muerte lo sorpren-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dió en el campo del deber, con su caballo y con su apero, frente al valle de Risaralda, próximo a sus ganados favoritos. Murió de muerte de macho, que es buen morir, al pie de su faena, como los marineros mueren en el mar y los labriegos sobre el surco.

Escurridizo, mañero y ágil, como buen criollo, ganó todas las batallas de la vida, hasta que el azar lo quiso. Ahora, por la primera vez, fue vencido en desleal combate, por que la muerte le echó zancadilla de modo traicionero, tirándole la soga de su oculta felonía, y derribándolo a tierra, sin el valor caballeresco que él estilaba para arrojar al suelo a sus más fuertes novillos.

Esta fue la única enlazada, el único "guasquivoliao" que no acertó en la vida. Otra cosa hubiera sido, si la muerte, en vez de emboscarse cobardemente tras de un tronco engañadizo, lo hubiese retado a singular pelea, en colombiana riña, es decir, con franqueza, como luchan los machos de veras y los vaqueros de ley.

Allá quedó Juan Manuel Vallejo, solitario de los hombres, pero acompañado por sus caballos fieles y sus novillas de linda cara, que merodearán todos los días, muy cerca de su fosa.

Cada mañana, desde su lecho mojado, Juan Manuel escuchará con ternura cómo sobre su tumba triscan y juguetean los terneritos recién paridos que van en busca de las ubres maternas, cómo las vacas, apacibles y teosóficas, se echan a calentar su sepultura, igual que en el cementerio campesino que cantó un poeta de Colombia; y cómo también los bueyes laboriosos inciensan su sepulcro salvaje, con el vaho tibio de sus trompas humedecidas por el rocío de la tarde, talvez para darle calor a él, a él un vaquero desconocido que está bajo la tierra, definitivamente helado por un frío de incertidumbre.

Y en los atardeceres de julio, cuando el sol tuesta de oro la llanura de un verde irrevocable, oirá el galope fino de los vaqueros, sus gritos de arriería y las voces del cuerno que invitan al ganado a congregarse bajo la marquesina vegetal de un cámbulo florido . . . .

Y él, Juan Manuel Vallejo, seguirá, desde su tumba agraria, viviendo su vida de vaquero romántico. Los domingos por la tarde, como en cualquier bambuco, la Canchelo, su novillona favorita, abonará su fosa con la sal tibia de sus lágrimas.

Lo sepultaron allí, en pleno valle desnudo, para obedecer la copla llanera que manda enterrar de este modo a un vaquero de pura sangre:

"Por si acaso yo me muero,
no me intierren en sagrao;
intiérrenme en un llanito,
onde me pise el ganao . . . . "

Los labriegos, una vez concluída la tarea fúnebre, erigieron una tosca cruz de guadua, ornamentada con sumisas flores del llano, sobre la tumba recién abierta. Luego, arrojaron piedrezuelas al pie del calvario, al compás de oraciones campesinas.

¡Adiós, Juan Manuel Vallejo, criollo lindo, chino macho, corazón baquiano, y alma bien puesta para guasquivoliar un toro fiero o rendir una potranca chúcara a fuerza de palmaditas en el anca, como si fuese una muchacha arisca!

El valle de Risaralda ya no volverá a ponerse el pañuelo rabuegallo de tus canciones paisas que daban color y luz a la llanura india, ni sentirá otra vez el galopito fachendoso y fafarachero de tu fiel caballo.

¡Adiós, compadre Juan Manuel, viejo querido, mucha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cho bueno y cabal que hoy vas al trote por los valles altos de las nubes amansando vientos bravos a falta de potrancas briosas! Cuando todos te olviden, cuando tu nombre apenas se trove en coplas charangueras o en un bambuco guapo, estas tus tardes risaraldinas te llevarán en sus aires ecos de pasillos tristes y de guabinas machas, mezclados con el bramido de los toros huérfanos y con el relincho amistoso de tus potrancos cimarrones.

¡Adiós, compadre Juan Manuel, vaquero de verdá, viejo querido! . . .

Después, diseminados en grupos, los paisanos tomaron el camino del regreso, comentando hazañerías del "finao", episodios de su vida romancera, hechos y dichos suyos, y hasta algunas mujeres hicieron loanzas de su belleza varonil, de su valor y de su gracia.

Al llegar a una venta del camino, penetraron a ella para guarecerse de la lluvia. Unos se quedaron de pie, cerca a la puerta, otros se acomodaron sobre el mostrador, y los menos, sentáronse en bultos de café que en los rincones de la fonda había.

Pensativos además y taciturnos, embalsamaban sus tristezas con el sudario de humo de sus churumbelas. De vez en cuando, tendían la mirada hacia lo lejos, y solazaban sus pesares viendo caer la monótona lluvia sobre el campo entumecido.

Como el silencio continuara, Desiderio, el más dineroso de la partida y el mejor amigo de Juan Manuel, que no había hablado palabra durante el entierro, dijo a la ventera:

—Cuente cabezas, misiá Juana, y sirva trago por mi cuenta.

Las palabras del vaquero trajeron ánimo a los abstraídos camaradas.

Cada uno fue recibiendo su copa de aguardiente. En-

tonces Desiderio, haciendo de tripas corazón y sobreponiéndose a la pena, dijo, aunque con voz quebradiza:

—Brindemos, muchachos, esta copita de resacao, en sufragio del alma del dijunto Juan Manué . . . .

Y llevándosela lentamente a los labios, agregó:

—¡Salú, pues, hermanos! . . .

Todos, a un tiempo, repechándose hacia atrás, apuraron las copas de aguardiente, después de responder con voz dolida:

—¡Salú! . . .



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Esta película se filmó en Portobelo, valle de Risaralda, a los treinta y un días del mes de diciembre del año de mil novecientos treinta y cuatro, y se editó en Manizales en el mes de noviembre de 1935

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Esta segunda edición de RISARALDA, se acabó de imprimir por orden de la LIBRERIA SIGLO XX en los talleres de la Editorial Zapata de Manizales el día 8 de Septiembre de 1942.

DEL MISMO AUTOR:

"En Carne Viva". (Prosas políticas). Agotada.
"Balada de la Cárcel de Reading". — Traducción - Agotada
"Diccionario de Emociones". — Ensayos. — Agotada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Gabriel Hurtado V.
Biblioteca
Medellín

FAES

SALA DE PATRIMONIO DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100070908

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental